



ANT

212

21





T. V. Biblioteca económica popular.



16 cm
R43.553

EL AMANTE



Por Paul de Koch.

Traducida por

D. José Ignacio de Michelena.

TOMO V.



Sevilla.

IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.º 58½.

1847.

Es propiedad de la casa de Arjona.

1.

Vuelta á Corbeil.

MIENTRAS que el confiado Isidoro entablaba con Monvillars unas relaciones que podian serle funestas, veamos lo que pasaba en nuestro abandonado (por algun tiempo) Corbeil.

Elmonda sigue cada vez mas enamorada de su primo, porque este la olvida y la desprecia (muchas mugeres, las mas de ellas, mientras mas las despreciamos, mas nos quieren) Elmonda veia que las visitas del joven primo se iban disminuyendo progresivamente

y que sus caricias iban en proporcion con sus visitas. Elmonda sabia que Isidoro habia estado herido y se habia curado en casa de sus vecinas; porque en un pueblecito pequeño, las casas son de vidrio y todo el mundo ve lo que pasa dentro. Lo cierto es, que todo se sabe, ya sea porque la sirviente sea una picotera, ya porque los vecinos están en perpetuo acecho escudriñando y guipando todo; lo indudable era que Elmonda sabia al pié de la letra todo lo que habia ocurrido. En su cólera excesiva; se habia dirigido à su gerdo consorte y le habia dicho:

—Qué te parece Isidorito? ha sido herido, y en vez de venir á casa á curarse, se ha instalado en la de madama Clermont.

Bouchonnier se habia sonado las narices con mucha pasimonia y habia contestado:

— Eso no tiene nada de particular. No sabes que Isidoro es el amante de la señorita Clermont? Vé ahí la causa de haber preferido su casa à la nuestra. Pero lo que me pasma es que la madre haya consentido en admitirlo y para una señora tan severa... tan ejemplar en su conducta, me parece eso muy extraño.

— Es decir, caballero, que esa modestia y virtud no es mas que un velo de hipocresia... Esa dama quiere atrapar à Isidoro y ca-

sarlo á todo trance con su hija... Y la creíamos un prodigio de santidad!

Poco tiempo despues, cuando fueron madama Clerimont y su hija á hacer una visita á su vecina, esta las habia recibido con frialdad extrema y en medio de su conversacion no habia dejado de lanzarle algunas de esas palabras irónicas, esas indirectas picantes que las mujeres saben tambien decir cuando miran á algunos ó algunas con indiferencia. Estas clases de personas son en extremo presuntuosas y se creen de mucho talento... Sin embargo, seria bien fácil de probarles lo contrario.

Reunid tres imbéciles, tres tontos y vereis que no pasan cinco minutos sin que mezclen en su conversacion, la critica mordaz del prójimo. Por el contrario, reunid tres de talento y vereis como jamás tocan este punto.

Como es fácil comprender, Clemencia y su hija volvian á su casa sorprendidas de la acogida tan extraña que madama Bouchonnier las hiciera. Emelina, sobre todo, mas cándida y sencilla y menos ducha en los caprichos del mundo, no cesaba de repetir á su madre:

—Qué podrá tener Elmon-la? Nosotras no le hemos hecho mal alguno... Y por que nos habra recibido hoy con esa burla y esa iro-

nia?... Por qué será , mamá?

—Querida hija, yo opino que será porque madama Bouchonnier habrá sabido que Mr. Isidoro ha pasado algunos dias enfermo en casa.

—Y eso es un crimen?

—No , pero el mundo visionario , crítico y cruel , trata de figurar à su modo hasta las acciones filantrópicas de la caridad fraterna.

—Elmonda que es prima de Mr. Isidoro, no debia darnos las gracias por lo que hemos hecho con él?

—Lo cierto es que no volverémos mas á su casa. Si lo hemos hecho hasta aquí , no ha sido porque sus reiteradas instancias nos han obligado á ello? Pero aun cuando volviera otra vez à instarnos , lo que harémos será negar que estamos en casa. Si , hija mia , en el mundo debémos perdonar una blasfemia , una mentira , una calumnia , una injuria tambien; pero no debémos perdonar una falta de urbanidad y política ; porque entonces nos espondríamos á que nos despreciaran de nuevo.

Emelina echaba menos la reunion de madama Bouchonnier ; sin embargo , conocia que su madre tenia razon. Tambien hacia tiempo que notàra que Elmonda no la tratara como antes , con aquella familiaridad , ni con aquel

carriño. Pero en su inocencia, la jöven no adivinaba la causa de este cambio; lo atribuia solamente al carácter caprichoso de la bella dama.

Cuando madama Clermont contara á Isidoro lo que le pasara con su prima Elmonda, finjib este sorprenderse en sumo grado y extrañar mucho la accion de madama Bouchonnier; pero se alegró infinito de aquel rompimiento.

Qué le importaba á el, que Clemencia y Elmondo fueran ò no amigas? Necesitaba acaso de la cooperacion de esta, para ver á su Emelina? No podia entrar en su casa cuantas veces quisiera y contemplarla y admirarla á su placer? Además, ya no se veria mas en el compromiso que se vé todo hombre cuando está entre dos mujeres que lo quieren y que con las dos está relacionado.

Por otra parte, el enamorado doncel no iba sino muy de tarde en tarde á casa de su primo Bouchonnier, lo que ecasasperaba mas á Elmonda.

Y un dia que apareció, el amado primo, del brazo de su gordo esposo, no pudo menos de esclamar:

—Cómo! sois vos, Isidoro?... Conque es preciso que Tiburcio os violente para que vengaís.

Yo creía que no nos veríamos mas.

—Yo no lo he violentado, respondiera Bouchonnier; te aseguro que él ha venido voluntariamente.

—Creyendo quizá encontrar aquí á las vecinas... Pero podiais ir allá sin embarazo. No teneis la puerta franca?... Las damas que con tanto esmero curan á los heridos!... ¡já! ¡já! ¡já! Que comedia!.. Yo hubiera deseado ver la herida... Verse atacado por unos asesinos! ¡já! ¡já! ¡já! Pero querido, ese modo que habeis tomado para penetrar en su casa, es bastante antiguo en verdad; pero no obstante, produce buenos resultados. ¿No es cierto, primo mio? Sobre todo, cuando las personas los desean mas que uno mismo.

Herido Isidoro por este modo indirecto de hablar de Elmonda, le contestó con un tono bastante seco:

—Ignoro, madama, que cosa sea la que es obligue à pensar que he necesitado de jugar una comedia para penetrar en casa de madama Clermont. Deberiais recordar que esta señora hacia tiempo me habia concedido el favor de que la visitara. Si un tan desgraciado accidente (cuya causa ignoro) ha tenido lugar delante de la casa de esa señora. Si al verme herido han tenido la caridad de ofrecermec un

esilo, no es una razon para que sufras, esas
danas, los rigurosos embates de la maledicencia
y tampoco para que se menoscabe en nada
su acreditada virtud, y como quiera que me
honro de ser su amigo, como quiera que estoy
orgulloso con haber pisado sus umbrales y
haber dormido bajo su techo; sabed, señora,
que no me gusta ni aun hablar con personas
que no las amen como yo.

Y diciendo esto, les volvió la espalda dejando
à Elmonda furiosa y à Bouchonnier atónito.

—Haz hecho mal, hija mia, dijo el pan-
zudo consorte, te has ido muy allá, y has
incomodado a Isidorito.

Y Elmonda, olvidando toda prudencia,
esclamó:

—Dejadme tranquila, caballero, sois un
mochuelo impertinente.

En efecto, Bouchonnier era mas que mochuelo
cuando no adivinaba la causa que tenia su
mujer para tratar asi à su primo. Pero la
providencia ha permitido que la mayor parte
de los maridos adolezcan de la misma falta.

Desde este dia, Isidoro no volvió mas à
casa de Bouchonnier; y este que no habia
vuelto à ver à Felicia, que habia sido despreciado
por Tintin y que cada vez que encon-

traba á alguna de las tertuliantas de casa de la Mirobelly, oía que le murmuraban: «Ahí va el caballero del chaleco de franela.» Habia variado un poco y no era ya tan enamorado y coqueton. Como quiera que el otoño se pasara y el invierno empezaba á despuntar, el barrigudo esposo dijo á su muger, en cierta ocasion, despues de la escena referida con el jöven primo:

—Me parece, amiga mia, que podemos volvernös ya á la capital: la campiña no ofrece distraccion alguna.

Pero Elmonda sabia muy bien que su primo venia continuamente á Corbeil, aunque no la visitara: esperando siempre verlo y encontrarlo, habia contestado á su marido:

—No quiero volver tan pronto á Paris: no es de buen tono entrar tan temprano en la capital. ¡Apenas se ha acabado la estacion! Además, yo estoy mas contenta en el campo que en la ciudad. Si vos os fastidiáis aquí, sois muy dueño de iros á Paris cuando mejor os parezca.

Bouchonnier, pasmado de aquellas palabras tan lisonjeras para él, murmuró:

—Hombre! ya mi muger no es celosa! Es una cosa extraordinaria. Como cambian los ánimos los aires puros del campo!

Ved aquí, amado lector, en el estado que estaban las cosas cuando una mañana, poco después de las doce, un caballero, muy elegante, embozado en una ancha capa azul, entraba en la hostería que nosotros ya conocemos, después de haber examinado detenidamente las casas y sus contornos.

El hostelero corrió al recién venido, cuya postura y decencia, le revelara un buen parroquiano.

Monvillars (porque no es otro sino él, el que acababa de entrar en la hostería) de una soía ojeada lanzada á su alrededor convencióse que no era esta la hostería á que arrivara aquella noche fatal con la ingrata Valeria. Completamente asegurado sobre este punto penetró por los aposentos seguido del hostelero que se deshacía en cortesías é inclinaciones.

Los cafés y hosterías de un pueblo pequeño muy rara vez están concurridos, de manera que apenas Monvillars entrara, se convenciera que no había en la hostería mas parroquianos que él y otros dos sujetos sentados al lado de una mesa inmediata.

—Eh! amiga mía, gritó el hostelero á su mujer; llama á los muchachos... Caballero, que quiere usted que se le sirva? pedid todo cuanto querais... en mi casa hay de todo.

Antes de responder Monvillars al hosteleiro, sentóse á una mesa inmediata á la que estaban los otros dos sujetos que hemos dicho. Estos eran dos hombres, el uno de ellos sumamente gordo y el otro eminentemente delgado; el primero chupaba muy despacio el hueso de una costilla de lomo y el segundo comia con mucha pasimonia un huevecito frito.

Me parece que en estos dos personajes habreis reconocido yá á los hermanos Tourinet que se desayunaban juntos en este dia por ser cumple años de Periquito.

Un movimiento nervioso se operaba en el tonel Periquito cada vez que entraba cualquiera en la hostería.

—Que tienes, Pedro? le preguntaba su hermano mirándolo con sorpresa.

—Ay! me asusto, creia que eran esos tu-
nantes.

—Quienes?

—Esos ganapanes... tus antiguos amigos, Mr. Almenor y Saucissard.

—Y bien, aunque vinieran ¿qué temes?.. No somos dueño de almorzar aquí?.. Tienen ellos nada que ver con nosotros?.. Ya no somos amigos, ni nos hablamos... tuvimos el otro dia una peleona por una partida de do-

minò... me querian hacer creer que la habia perdido y... anduvimos à pescozones.

—Sí, pero al fin tubistes que pagar.

—Y què habia de hacer? Te veia llorar porque me peleaba; y dije para mí: «Si no acabo, mi hermano se va á convertir en fuente como la ninfa Aretusa (1).» Pagué y concluyó la discordia.

—No habia de llorar si te veia un ojo mas hinchado que un huevo y el otro mas colorado que un tomate.

—Ah! pero buena bofetada la pegastes á uno de ellos, pobre Periquito.

—No, no lo creas: traté de defenderte; pero el doctor Saucissard me emblistió como un leon y me pegò una patada en un sitio... muy delicado.

—Pobrecito hermano!

—Desengañate Joselito, esos señores son unos pillos, unos borrachos, tienen en el país la mas mala reputacion que pueda concebirse... Si los toleran, en algun tanto, es por con-

[1] Diana la convirtió en fuente para librarla del cazador Alfeo, que la venia persiguiendo; y á este lo convirtió en río, en castigo de su temeridad.

sideraciones á su mamá, pero hay muchas casas en las cuales ya ni aun los reciben... No hay duda que fueron ellos los que sorprendieron y robaron la guitarra á Mr. Pastoureau y los que la colgaron en el balcon de madama Beltrand...

—Puede ser.

—Sí, ellos han sido los que robaron el vino y las gallinas y dejáron escapar los conejos de madama Michelette... Creo á esos hombres capaces de todo... Y mira, José, si llegas á alternar mucho tiempo con ellos, indudablemente te hubieran pervertido.

—No seas mas tonto, Periquito, chupa el hueso y callate.

Mientras que esta fraternal conversacion habia tenido lugar, Monvillars que, como hemos referido, se habia sentado en una mesa inmediata á la de los dos hermanos, sin poner atencion á lo que ellos departieran, dijo al hostelero:

—Dadme de almorzar... lo mejor que tengais.

El hostelero partió.

—Vea usted unos vecinos que parecen dos monigotes: murmuró Monvillars. Quien diablos ha de tantearlos? Seria una simpleza!... Hablarèmos al hostelero. Pero que voy á hacer con

eso? Qué voy á adelantar?... Ah! diablo! y que negocio tan fastidioso!

Y Monvillars, con la mano en la mejilla, se puso á reflexionar completamente absorto.

—Muchachos, qué diablos hacen ustedes corriendo de aquí para allí y sin traer nada á ese caballero? preguntó la hostelera á los galopines que entraban y salían de la cocina. No ven ustedes que si llegais á desesperarlo se marchará y perdemos tan buen marchante?

Después de muchas vueltas y revueltas del amo y de los mozos, pusieron delante de Monvillars un plato de sardinas aliñadas en un caldibache que olía á azufre.

Monvillars hizo un gesto desdeñoso al oler aquel combustible infernal. El hostelero, inclinándose hasta el suelo, dijo con humilde acento:

—Señor, dentro de un momento tendrá usted listo un excelente plato de riñones. Entretanto quiere usted un medio pollo?

—Cualquier cosa.

—Bueno. Ya verá usted que tiernecito está:

La dama del mostrador tocó la campanilla y cuando vió pasar cerca de ella á su marido, le dijo muy quedito:

—Hombre, eres un animal.

—Muger.

—Sí, lo eres.

—Por qué?

—Porque te pide ese señor lo mejor que tengas y tienes valor de proponerle un medio pollo... Que vergüenza!

—Calla, chica, yo me entiendo... Ese es un elegante de París, que ha entrado aquí para descansar y... no tiene hambre por cierto... Lo ves? Todavía no ha tocado à las sardinas. Regla general: cuando un individuo entra muy elegante y dice: *coladme cualquier cosa* es obligacion del repostero ú hostelero darle lo peor y mas añejo.

—Patron: llamó Monvillars.

El hostelero corrió desatentado.

—Dígame usted, qué viene à ser este plato?

—Sardinas en escabeche.

Monvillars olió el plato de las sardinas.

—Qué creía usted que era?

—Creía que era un plato...

—De qué?

—De fuegos artificiales.

—Por qué?

—Porque huele à pólvora, á azufre y... á demonios.

Los hermanos Tourinet se echaron á reír, lo cual sirvió de pretexto para que Monvillars cambiara algunas palabras con ellos. Pedro,

que no habla cuando come, solo respondia por monosílabos; y Pepito, mas atrevido y parlanchin, rajaba à todo trapo con Monvillars; pero la conversacion del delgado Tourinet, no interesaba al hombre de la capa, que no se atrevia à hablar de madama Clermont y de su hija, porque conocia que sus interlocutores no le podrian dar razon de nada.

En efecto, la conversacion de José Tourinet no salia de los caminos de hierro, de lo fértil que era la poblacion y de lo concurrida que estaba en la temporada del verano.

El hostelero, sin la menor vergüenza por su parte, habia servido el medio pollo y una botella de vino en infusion (pues efectivamente parecia una botella de agua-zarzapartilla) que Monvillars mirò, saboreò y escupió haciendo mil gestos y figuras.

De repente abrese la puerta del café y dos nuevos personajes aparecen en la escena. Al momento el gordo Periquito palidece y tiembla, derramándose el vino sobre la corbata y murmura con apagado acento:

—Ah! Dios mio! son ellos!

Eran efectivamente Almenor y Saurissard, los que acababan de entrar en el café. Nuestros antiguos conocidos continuaban llevando su misma innoble y original facha: siempre puer-

eos , siempre mal peinados y dispuestos à andar á cachetes á cada momento.

—Que tienes, Periquito? dijo Tourinet el delgado á su hermano. De cuando acá bebes el vino por la corbata?

—Ay!

—Qué tienes , pichon dorado?

—Mira.

—Què?

—Son ellos.

—Quienes son ellos?

—Mr. Almenor y el doctor Saucissard.

—Y bien , què tenemos con eso?... ellos son dueños de venir aquí... este es un establecimiento abierto para todo el mundo y...

—Vendrán á buscar nuevas peleas?

—A pretesto de qué?

—Del seis doble como la vez pasada.

—Vàmos , Periquito , no tiembles.

—Tengo vértigos.

—Irás à ponerte malo , monono?

—Solamente de ver al doctor me dà un frío...

Por su parte al ver los carpantones amigos , á los hermanos Tourinet cambiaron una mirada significativa y se sonrieron con ironía. Monvillars los examinò detenidamente, y cierta cosa le decia que ya habia encontrado lo

que buscaba. Hay entre los funantes una sagacidad tan extraordinaria, que se comprenden y adivinan en un momento. Esto no es en efecto de la simpatía, es sí del instinto.

Con la mayor tranquilidad, continuaba José Tourinnet comiéndose su huevo frito, mientras que el gordo Periquito, turbado y mas colorado que una amapola, se obstinaba en trinchar un hueso, creyéndolo un trozo de carne. Almenor se paseaba por la sala con acelerado paso y talarando la polka; mientras su derrotado amigo se habia sentado en una silla y habia empezado á llenar su pipa.

—Ustedes no quieren hoy nada, señores? preguntó el hostelero á los recién venidos con cierta expresion de disgusto.

—Verémos, querido, contestò el bello Almenor con una voz algo gangosa en verdad. Qué te parece, Saucissard? tomámos aunque sea cualquier cosa calorífica y confortativa?

—Es muy justo. Entrar en un café sin tomar nada, es una cosa muy indecente y mezquina...

—Eso es una máxima digna de los antiguos sábios de la Grecia. Apuesto cualquier cosa á que no se desayunaban con un huevecito frito.

—Ni con huesos de chuletas, añadió el

hombre de la calva soltando una carcajada que hizo temblar las vidrieras.

—No les responda, Pepe, yo te lo ruego; no hagas caso de lo que dicen: murmuró el gordo Tourinet con tono suplicante.

—Vámos, Perico, déjate de majaderías y acaba de chupar tu hueso. A no ser que creas es un caramelo!

—Qué quieres? no se lo que hago.

—Eres demasiado simple, hermanito.

De pronto Almenor y Saucissard dejaron de reir, pues se habian encontrado con las miradas de Monvillar; pero en estas miradas habia cierto carácter tan enérgico y sobre todo tan sombrío, que los dos amigos habian sentido su magnética influencia; los deseos de chocar con los Tourinet se habian desvanecidos repentinamente.

—Traedme Champafia, dijo Monvillars mirando á su alrededor.

—Al momento, caballero, dijo el hostelero corriendo hácia dentro.

—Sobre todo, que sea superior.

Al nombre de Champafia, Saucissard cesó un suspiro y Almenor se frotó el estómago.

José Tourinet dirigió á su vecino una mirada de envidia, mientras que su hermano, tirándole del brazo, le decía:

—Haz acabado ya?... Yo por mi parte sí...
Anda , vámonos.

—No quieres nada mas?

—Nó. Vámonos.

—Todavía nó.

—Por qué?

—Porque voy á tomar media taza de café.

—Harás muy mal.

—Caya , tonto!

—Te se quitará el sueño.

—Vive Dios! que me aburres , Periquito.

—Tú no estás acostumbrado á tomar tanto café de una vez...

—Y bien , qué?

—Que te se puede cargar una gran irritacion...

—Si tú te quieres ir , hazlo.

—Marcharme yo , y dejarte aquí solo... espuesto al furor de esos condenados!.. Eso jamás.

—Pero si...

—No te abandono , hermanito mio.

—Crees tú que si se metieran conmigo no tengo yo alma para responderles.

—Sí , se que eres un César y eso mismo me hace temblar mas por tí , pichoncito mio.

La Lotella de Champaña pedida , habia sido presentada á Monvillars ; el cual la cogió

é hizo partir el tapon como una bala. Pero se conocia que deseaba que sus vecinos se fueran para empezar su plan.

La media taza de café pedida por el flaco Tourinet, la llevaron á este: Periquito que deseaba hallarse bien lejos, no cesaba de repetir:

—José, tómalo caliente... no lo dejes enfriar: es preciso tomar el café ardiendo, para que haga provecho.

—Que el diablo te lleve! exclamó José desviándose la taza de la boca. Por tu causa me he achicharrado toda la lengua. Cualquiera dia vengo yo mas á almorzar contigo.

—Por tu bien lo hago.

—Canario! como me ardo!

—Bebe agua, hijo mio.

—Eres mas fastidioso que una vieja portera!..

Por último, tomaron el café, pagaron el gasto y salieron del establecimiento: José saludando en general y Periquito deshaciéndose en cortesias é inclinándose hasta el suelo, pero sin mirar á nadie.

—Allá vá el tonel de Periquito; murmuró Almenor al ver salir á los dos hermanos Tourinet.

—Acompañado de su edecan, cara de

horma; añadió Saucissard mirando la botella de Champaña.

Marchados los Tourinet, Monvillars y los amigos inseparables quedaron solos.

Eso era lo que buscaba el amante de Camila.



2.

Almenor apasionado.

MONVILLARS hizo de modo que al destapar su botella , el tapon fuera á pegar en el chaleco de Almenor. Salió de modo que él lo imaginó ; á las mil maravillas.

El hijo de madama Michelette sonrió al tapon que acababa de abatirse á sus pies y cogiéndolo del suelo , lo llevó á Monvillars diciéndole con aire amable:

—Vea usted unas balas con las cuales quisiera que me afusilaran todos los dias.

Monvillars levantóse y recibiendo el tapón con esquisita política, contestó:

—Caballero, sois muy amable; siento mucho mi poca destreza y no se como disculparme.

—Caballero, que disparate! No hay una rosa para mí mas lisonjera que hacer saltar los tapones de las botellas.

—Pues bien, caballero, para probadme que no os habeis disgustado, dignaos de acompañarme á gastarla en compañía de vuestro amigo.

—Oh! como podeis figuraros siquiera que yo me haya incomodado con vuestra galantería y prueba de ello, acepto con mil amores.

Al momento sentóse Almenor frente á Monvillars y Saucissard, al ver que su inseparable habia tomado asiento á la mesa con aquel caballero, corrió tambien á hacer lo mismo, dando tan fuerte empellon al hostelero, que desgraciadamente pasaba por delante, que lo tumbó patas arriba en medio de la sala.

—Habrá pedazo de gazonpiro! murmuró el hostelero levantándose á duras penas y corriendo á Monvillars que lo llamaba.

—Traigase usted otras dos botellas de

Champaña y sus correspondientes vasos: dijo el querido de Camila. Despues, dirigiéndose á sus convidados, añadió;

—Cuando uno gusta del Champaña, es preciso beber mucho para que no haga daño. No lo sabiais, amigos míos?

—No, señor, lo ignoraba completamente; pero os prometo componer un tratado de higiene práctica, sobre este género.

Saucissard no respondió nada. No hizo mas que mirar á Monvillars con estraordinaria admiracion.

Llenáanse los vasos y la primera botella se agota en un momento. A esta sigue la segunda; pero á la tercera ya estaban Almenor y Saucissard alumbrados completamente.

—Son ustedes de este pueblo? preguntó Monvillars.

—No, señor, contestò Almenor; tengo la dicha de ser parisiense. Pero hace tiempo que mi madre se ha fijado en este pueblo donde tiene una buena posesion... Yo tendria mucho honor en proponerosla para que la visitais. Pero tengo una madre tan ridicula!.. tan uraña!

—Tan cicatera!.. tan rosiosa! añadió Saucissard.

—Y os ama?

—Es una madre que hace toda mi desgracia.

Monvillars sonrióse.

—Y que podía hacer toda mi felicidad si los cordones de su bolsillo no estuvieran tan apretados... Y qué es lo que yo pido?... Que me den para divertirme... pero no comprende el axioma.

—Y que nos deja morir de sed, murmuró el doctor.

—Y vivís con vuestra madre, caballero?

—En el día sí.

—Pero quiero decir, si estais precisado à no abandonarla nunca.

—Oh! diablo! eso no, puedo abandonarla cuando mejor se me antoje. Yo he viajado mucho... acompañado de mi amigo Saneissard, que tengo el honor de presentaros, es un doctor consumado... en pillerías.

—Calla, hablador; no soy mas que bachiller.

—Entonces conocereis pocas personas en Corbeil.

—Oh! no, ya hace seis meses que estímos aquí y conocímos toda la aldea de cabo à rabo. Si buscáis à alguien, al momento dicémos donde vive.

—Mil gracias... Pero bebed, señores.

—Con mil amores.

—Sois generoso cual ninguno.

Monvillars llenò los vasos y continuò:

—Un amigo mio de Paris , pretende que aqui todas las mugeres son à cual mas divinas.

—Sí... en efecto.

—Mira que te equivocas.

—Como es eso?

—A lo menos que tú llares divina á madama Samsonet , con la que bailastes en casa de la mamà.

—Y madama Bouchonnier; donde la dejas?

—Es verdad , no me acordaba de ella... Además , tenemos la huri de tus pensamientos la seductora Emelina.

—Calla , Saucissard , calla ; yo te lo ruego... no me toques ese punto... no despiertes una pasion que es preciso combatir... Bebe y... calla.

Monvillars , al oir el nombre de Emelina, dijo à Almenor sonriéndose:

—Segun parece estais apasionado.

—Enamorado hasta el cogote ; respondió Saucissard... pero eso no le molesta ni impide para que marisque por otro lado , ni pesque cuanto pueda.

—Lo hago... por hacer algo.

—Ah! yo creí que estabas enamorado.

—Sí ; lo estoy.

—Locura!

—No , Saucissard , no es locura ; contéstame Almenor procurando tomar un aspecto grave que contrastaba muy mal con su fisonomía medio ebria. Sí , he caído en los lazos del amor... del verdadero amor... Y qué he de hacer? Eso le sucede hasta á los mas tunantes La imagen de esa jóven me persigue por todas partes... Yo quisiera pensar en otra cosa... en otras mugeres que he amado tambien, y cuidado que la lista es larga , pero esa jóven sobrepaja á todas.

—Y entonces , amigo , dijo Monvillars, por qué no os casais con ella?... ¿no sois rico?... no debe haber obstáculos en vuestros amores, de ninguna clase.

—Al contrario , querido amigo , replicó Almenor tocando á Monvillars familiarmente en la espalda como si ya fueran antiguos conocidos. Al contrario ; y vais á comprenderlo todo al momento. Si fuera unas de esas jóvenes de las que no hay mas que *llegar y pegar*... Oh! entonces el asunto estaria ya concluido tiempo hace. Pero esa señorita es sabia... virtuosa... no conoce mas bienes que el matrimonio... Ah! me direis vos: «Pues casaos con ella.» Pero hay mas , amiguito , mañana u

otro día... quedo yo heredero de una mediana fortuna; y la mamá Michelette no consentirá jamás en que yo me case con una mujer que no lleva nada de dote; y mi bella es una por ese estilo.

Monvillars no contestó nada: reflexionó y llenó los vasos de nuevo. Saucissard que se había envalentonado con el vino, apuró otro vaso y murmuró:

—Además, aunque tú quisieras casarte con ella, no lo aceptaría. Ignoras que está en relaciones con Mr. Isidoro, el primo de madama Bouchonnier?

—Sí, lo sé; pero eso me importa poco. Dí tú que yo tuviera moscas, haber si no se la bailaba al joven primo.

—Y luego, madama Clermont...

—Madama Clermont!!! exclamó Monvillars aparentando gran sorpresa:

—Sí, esa es la madre de mi adorada.

—La conocéis vos?

—Pero tal vez no sea la misma.

—Por qué?

—La dama que yo conozco, hará como unos diez ó doce años que vive en Corbeil...

—Es ella.

—Tiene una hija que tendrá ahora sobre diez y siete à diez y ocho años.

—La misma.

—Madama Clermont es una muger hermosa y de maneras distinguidas. Ella debe vivir aquí sola, oculta y sin tratarse con nadie.

—Pardiez! no hay mas, su esacto retrato.

—Un profundo misterio oculta el pasado de esas dos mugeres.

—Cabal, es la misma! Si tuvierais la bondad de contarnos algo sobre ella... os lo agradeceríamos.

Monvillars reflexionó un poco y murmuró:

—Si me prometeis ser discretos.

—Os lo juro por la cabeza de Napoleon; exclamó Almenor.

—Yo soy una verdadera muralla, añadió Saucissard; al momento de oír las cosas, maldito si me acuerdo de ellas.

—A fé mia, querido Mr. Almenor, que sin querer me veo obligado à trataros como un amigo... Hay simpatias que uno...

—Sí, pardiez! venga vuestra mano.

—Con mucho gusto.

—Caballero, permitid que os estreche entre mis brazos; dijo Saucis sard abalanzándose á Monvillars y estrech ándolo contra su pecho con toda la ternura de un borracho.

—Quítate zopenco, que derramas el vino.

— Sí... yo soy amigo íntimo del señor.

— Bueno.

— Y lo abrazaré y... besaré cuantas veces quiera.

— Pero, ponte derecho.

— No es usted mi amigo íntimo?

— Quien lo duda.

— Viva... quien?... el Champaña.

— Pues escuchad, mi querido Mr. Almenor; he venido á Corbeil justamente para saber como se conducen madama Clermont y su hija: me he hecho cargo de esta comision para agradar á un caballero... bastante bruto... un pariente lejano de ellas... Y sabeis por què ese pariente me obliga á que tome tantas informaciones? Porque quiere casarse con la muchacha sabiendo que algun dia será riquísima. En efecto, su padre es millonario; pero madama Clermont lo engañó y este la hizo tomar el portante con su hija; pero esto no impide para que algun dia la muchacha herede los millones de su padre.

— Millonaria!!!! exclamó Almenor abriendo los ojos, que el Champaña empezaba á eclipsar. Mi bella Emelina será algun dia millonaria!! Voto á brios! Saucissard, cuando yo te decia que era una muchacha completa... palabra de honor, que en este momento la quiero mas.

—Sí... en efecto, balbució el doctor de la mugre... ahora que tiene monedas... es una joven... perdurable.

—Que te aturrullas.

—Adorable, quise decir.

—Millonaria! repitió Almenor frotándose los ojos para ver mas claro. Estais cierto amigo mio, de lo que decís?

—Y tan cierto. Ya comprendereis que si ese pariente no estuviera perfectamente enterado, no me mandaria á mí á humo de paja para que las vijilase.

—Es verdad.

—Quien... lo dudaba... tú?

—Y el nombre de ese padre millonario?

—Mr. Riberprè.

—Riberprè!

—Sí, uno de los mas ricos banqueros de Paris.

—Me parece que tengo noticias.

—Oh! en la bolsa es bastante conocido. Y además, sino me creéis, podeis informaros.

—Sí, os creo, caro amigo, sí, os creo; porque al fin no teneis motivo ninguno para engañarme.

—Tengo yo cara de engañador.

—Que! amigo mio, no quiero decir eso.

—Es solamente... un verbo posesivo.

—Y decidme, vuestro pariente os envia quizá á que la pidáis por esposa?

—Pues, eso es... Pero como lo habeis dicho ahora poco. Si ya tiene otro amante haria mi embajada en valde... lo que pienso hacer es volver á Paris y decirle á ese pariente que ya llegó tarde.

—Es consiguiente.

—Además, yo creo que lo sentirá poco; porque me parece que de lo que estaba enamorado era únicamente del dinero.

De repente Almenor que habia permanecido por algun tiempo pensativo, dióse una palmada en la frente y levantándose de su asiento, empezó á dar por la sala paseos acelerados.

—Vive Dios! exclamaba; es posible que esa jóven á quien adoro, me pase por delante las narices y no pueda atraparla?... No... no... no será así; y aunque tenga que cometer mil monstruosidades, me he de casar con la muchacha... es indispensable que se llame madama Almenor... y si se llamará... Y qué, me rehusará ella? No soy yo bueno para padre de familia? No estoy aun en sazón?... Sí, Emelina, alégrate y regocíjate, porque has conseguido lo que no ha podido ninguna mujer; que es cautivar el corazon del caballero Alme-

nor Michelette... Emelina... Emelina, yo te... adoro.

Monvillars miró à su rededor para orientarse mejor si estaban ó no solos. Pero era así: la sala estaba desierta: asegurado sobre tan esencial punto, dijo al hijo de madama Michelette:

—Vámos, mi querido Mr. Almenor, no desesperéis.

—No he de desesperar cuando estoy re-
apasionadísimo de esa muchacha... cuando por ella daría...

—Venid aquí y sentaos à mi lado.

—Ay! caballero, una pasión frustrada, es un bocado duro de tragar.

—Hablemos, que tal vez haya un medio para conseguir vuestro objeto.

—Sí, dijo Saucissard, ven acá, siéntate à mi lado, tírate dos vasos con colmo y verás como te se apasigua el pecho.

Almenor sentóse otra vez y se bebió dos vasos sin decir una palabra. No había que dudarlo, estaba terriblemente preocupado, aumentándose mas este estado por los vapores del Champaña, que eccalaba su avinado vientre.

—Pero por que os desesperais?... Si sabéis que esa joven sera tan rica algun dia... y vuestra intencion es el casaros con ella ¿por que no

perdis su mano?... ò si no ¿por qué vuestra señora madre no la pide para vos?

Y Monvillars, al decir estas palabras, miraba fijamente à Almenor que continuaba callado y no contestaba nada.

—Yo os diré por qué, amado amigo, dijo Saucissard. Almenor no se atreve á decíroslo porque le dará vergüenza, pero con un hombre tan franco y espléndido como vos y que nos ha dado un tan suntuoso convite, es preciso ser franco y no callar nada. Yo por mi parte no tengo secretos para nadie, porque soy un hombre de...

—Ya os escucho, Mr. Saucissard.

—Pues bien, que mi amigo haga por si la demanda; ò que por él la haga su madre, es escusado llevarán un nò como una casa.

—Ah! ya comprendo por el otro jòven... que será él preferido...

—No solamente por el jòven Isidoro, sino porque... un dia... no, que fuè una noche... En efecto, una noche, escitados por el vino de la manà Michelette... que es un vino de Jerez muy espirituoso... Ya conocereis lo peligroso que es beber mucho vino de Jerez.

—Sin duda, pero acabad.

—Pues bien, el vinito nos puso en un estado poco afirmativo... es decir, que estabamos

en un completo balanceo y la cabeza se nos quería largar del pescuezo.. en una palabra, borrachos completamente. Pero esta es una cosa que no se puede remediar... à cualquiera le puede suceder, y sino mirad los ingleses, es muy rara la vez que se levantan de la mesa à paso firme y sin dar cabriolas. No habeis estado en Inglaterra?

—Sí, señor, pero deciais que...

—En efecto, decia, que hallándonos aquella noche convertidos en pipas de vino y despues de haber cometido mil locuras de todo género, tuvimos la bestialidad de querer ir à ver à esas niñas, en contra de su voluntad; pues fuimos, y sacamos lo del negro del sermón y nos espusimos à ir à casa de abuela y sabe Dios donde mas. Sin embargo, uno que nos acompañò en la expedicion, nos asegura que no nos habian conocido; pero prueba de que mintió es, que así que esas damas nos ven huyen de nosotros como de dos basiliscos... La comparacion no es agradable; pero no he encontrado otra mas apropiada.

—Diablo!.. diablo! que es asunto complicado! murmurò Monvillars y como deciais ahora poro pedir la mano de la muchacha seria inútil, es verdad. De modo, que para que Mr. Almenor llegase à poseerla, era in-

dispensable que diera un gran golpe... Como por ejemplo robar á la muchacha... Llevarla muy lejos y despues de haber pasado quince dias con ella en amorosa compañía, escribirle á la madre, vereis como consiente en el enlace de su hija, aunque no sea mas que por cubrir su honor... Por último, si esa jóven es tan virtuosa como decís, ella misma será la primera en rogaros que os caseis con ella y os perdonará; porque ya qué ha de hacer?..

—Oh! eso es, eso es; exclamò Almenor estrechando la mano de Monvillars con una especie de frenesí. Oh! sois un ángel.

—Teneis un pico de oro.

—Hablaís como un Séneca. Ah! he comprendido la marcha que debo seguir... robo á Emelia y...

—No griteis, alguien pudiera oirnos y so perderia todo.

—Y luego, como tienes ese eco que parece una zambomba.

—Pues bien, robo esa muger que idolatro, huyo con ella... Pero ah! para eso se necesita dinero y yo no tengo un cuarto... Vive Dios! que hasta ese inconveniente hay.

—Es verdad, objetò Saucissard... sin dinero y sin tener por donde buscarlo... Ah! yo

te lo prestaria, bajo recibo, pero era indispensable que antes me lo prestáran á mí.

Monvillars pareció sumirse en una profunda meditacion; mas levantándose de repente, se dirigió al mostrador de la hosteria.



5.

El rapto.

SENORA , no habrá por aquí un villar? preguntó Monvillars à la dama de la posada.

—Sí , señor , arriba en el primer piso está.

Y la hostelera tocó la campanilla , à cuyo sonido acudió el galopin corriendo , mientras que Monvillars preguntaba á sus nuevos amigos:

—Señores , jugais al villar?

Almenor miró à Saucissard con ironia como quien dice: pregunta si sé jugar al villar? ah!

sino fuera porque es un tan buen amigo, ya le daría un julepe bueno.»

—Subámos, señores; arriba estaremos mas á nuestras anchas... Señora, ordéne usted que nos hagan abundante ponche.

Y Monvillars subia la escalera precedido del galopin, mientras que Saucissard, tirando á Almenor del paletó, murmuraba:

—Has oído?... ha mandado hacer poche... No hay duda que es nuestro ángel tutelar este hombre tan elegante.

—Sí, parece que tiene los bolsillos llenos de oro, mientras que yo no tengo... ni un ochavo. Vive Dios!

Llegaron á la sala del villar y Monvillars, tomando un taco, dijo á Almenor:

—Es preciso interesar las partidas... de lo contrario nos quedaremos dormidos sobre las bolas.

—Hablais perfectísimamente...

—Un napoleon el tanto.

—Sea así.

—Olo que es lo mismo, cinco francos, murmuró Saucissard llenando su pipa.

En este tiempo habian traído el ponche y el doctor de la calavera, tirándose sendos vasos. llenaba los de los jugadores pegando un sorbo tambien á estos, que segun él decia, era

para que no se derramaran.

Monvillars, aunque jugaba al billar perfectamente, siempre se daba trazas para perder todas las partidas; y como quiera que él siempre doblaba, resultó que á las cinco partidas debía ya á su compañero diez y seis napoleones.

Almenor lo miró asombrado y le dijo:

—Palabra de honor, amigo mio, que me confundis... y me parece que vuestra destreza es una ficción.

—Es decir, que rehusais mi revancha: dijo Monvillars con aire incòmodo.

—No os incomodeis, amigo mio... juguèmos hasta mañana si quereis... pero mirad que si gano, no tengo la culpa.

—Oh! no tengais cuidado por eso.

Vuelve á empezar la partida: Monvillars pierde, dobla otra vez y vuelve á perder; mientras que Saucissard, cojiendo un lápiz blanco, empezó á escribir en una pizarra, lo que su amigo ganaba; pero como quiera que su pulso no estaba muy firme, á la par de ir escribiendo los números, los iba borrando con la boca manga de su redingote.

—Otra vez he perdido, exclamò Monvillars, no hay duda que no estoy de suerte y os rindo las armas.

—Vos lo habeis querido.

—Son sesenta y cuatro napoleones lo que tengo que daros.

—Que hacen doce mil ochocientos francos: balbució Saucissard que empezaba ya á ver doble.

—Será posible! exclamó Almenor con aire aplado. Pero no puede ser; tú te has equivocado sin remedio.

—En dos ceros nada menos; dijo Monvillars. No son mas que mil doscientos ochenta francos.

—Es verdad, me he equivocado en dos ceros... Pues es friolera el bajon que ha pegado la cantidad! Y dirán los matemáticos que el cero es igual á nada!!

Monvillars metió la mano en el bolsillo y sacando de su cartera un billete de mil francos, contó doscientos ochenta en piezas de oro.

A la vista del dinero, Saucissard mudó el color y abrió desmesuradamente las narices; mientras que Almenor, cediendo á un bello impulso, dijo á Monvillars presentándole el dinero:

—Si os hace falta no tomare mas que la mitad; lo demás me lo debereis y estamos despachados.

—Caballero, me queda en la faltriquera

el triple de lo que os he dado.

—Ah! entonces decididamente sois mi providencia... y os deberé toda mi dicha... Ya nada se opone á mis deseos, con mil doscientos francos seria capaz hasta de robar á una sultana con su prole... Ya lo veis, la fortuna quiere que Emelina sea mia.

—Si es así, dijo Monvillars, me alegro mil veces de haber perdido; pues soy un medio inocente para la consecucion de vuestros deseos.

—Sí, encantadora muger, de pelo rubio y ojos negros... Se me habia olvidado añadir esta circunstancia... Ya veis que una rubia con ojos negros, no es un bocado que tan fácilmente se encuentra... Ah! serás mia, querube divino, serás de Almenor; porque ya nada lo impide; pues tengo los bolsillos llenos de oro, única cosa que me faltaba... Ah! soy feliz; gracias á vos, mi querido... ignoro vuestro nombre.

Monvillars reflexionó un breve rato y contestó al fin.

—Renoncourt.

—Mi querido Renoncourt, sí, habeis hecho mi felicidad en este mundo y si algun dia Saucissard ó yo os podemos servir de algo, contad con nosotros con la mayor confianza...

Sí, porque Saucissard es el dedo sexto de mi mano; él no hace mas que lo que yo quiero, y cuando sea millonario, con mi muger, podeis venir á comer á casa todos los dias sin cumplimiento y con la mayor franqueza... Pero bebámos, señores... A la celebridad de mi proximo casamiento.

Almenor se llega á embriagar hasta el extremo de no poder estar en pie; lo que es Saucissard ya queria fumar hasta por las narices. Monvillars que està como al principio, acorde y en un punto, sin que el poco vino que bebiera le trastornara nada, dijo dirigiéndose á Almenor.

—Y sepámos como os vais á manejar para robar á la muchacha?

—Como...

—La cosa es bien fácil.

—Es verdad, murmuró Almenor. Como haré para robarla?... Vea usted que todas mis ideas se embrollan terriblemente.

—No hay duda que el asunto tiene pelos: balbució Saucissard retirando el cañon de su pipa de la ventanilla izquierda de las narices.

—Para esas cosas no es menester mas que destreza; murmuró Monvillars.

—Vive Dios! eso lo se perfectamente.

—Destreza... esa es la que nos hace falta:

dijo Saucissard. Lo que es por mi parte maldito si comprendo el cómo.

—Esas damas tienen sirviente?

—De qué género? masculino ó femenino?

—De cualquiera.

—Una muchacha solamente.

—Y la señorita Clermont, sale sola algunas veces?

—Nunca.

—Y con la criada?

—Muy rara vez.

—Sí, sí, replicó Saucissard; yo la he encontrado una mañana que volvian del mercado... La sirviente llevaba una espuerta con legumbre y un manojo de rábanos en la mano... y la señorita, que parecia una deidad, llevaba una canastilla llena de manzanas y cerezas.

—Sin embargo, nada de eso nos interesa, dijo Monvillars; y dado caso que esperásemos á mañana, perderíamos el día de hoy; y lo que interesa es despachar el asunto cuanto antes.

—Esperaremos á mañana, y con eso robaremos á las dos; tú á Emelina y yo á la criada, que en verdad, tambien tiene un buen palmito.

—Cállate, Saucissard, no haces mas que decir barbaridades y embrollarnos... Voto á brios! que por mas que me devaneo los cascos

no encuentro medio alguno para consumir mi intento!

—Pues es fácil; oid el cómo: dijo Monvillars recostándose sobre la mesa. Buscad á uno que sea de vuestra confianza y le dais una carta para madama Clermont, en la cual le direis que Mr. Riberpré desea hablarla... á solas y que la espera al momento... El lugar de la cita lo pondreis bastante lejano... Comprendéis? Ella irá, pues como creerá que es su marido quien la espera y que probablemente la hablará de su hija, partirá sin réplica.

—Perfectamente, contestó Almenor, ya tenemos á la madre tomando el tole... Pero y despues?

—Por san Luis que no comprendo nada! murmuró Saucissard bamboleándose.

—Silencio, Saucissard y deja hablar á nuestro amigo... Renon ..

—Renonculo, bruto, no te acuerdas?

Monvillars sonrióse de la equivocacion y continuó:

—Pues el resto es bien fácil. Cinco minutos despues que madama Clermont haya salido, el mismo individuo que lleve la carta, volverá á casa de estas damas y dirá á la jóven Emelina: «Señorita, vuestra madre me ordena os

diga , que tengais la bondad de seguirme: pues quiere llevaros consigo. La joven seguirá sin desconfianza al hombre que acaba de entregar una carta á su madre. Entonces este , la conducirá á donde vos esteis , acompañado de una lijera berlina , la obligais á subir á ella y... lo demás lo determinareis vos.

Almenor , loco de alegría , saltó casi por cima de la mesa , y corriendo á Monvillars , estrechólo con frenesí exclamando:

—Magnífico , sublime , todo lo he comprendido á las mil maravillas. Eh! Saucissard? Qué te parece el plan?

—Es bastante sencillo , y sin embargo , somos tan bestias , tú y yo , que no habíamos caído en ello.

En efecto , Mr. Renoncule , posees una famosa táctica para los casos imprevistos. Pero quien será el que escriba esa carta?

—Tú mismo.

—Yo?

—Madama Clermont no conoce tu letra , y además escribes muy bien.

—Me parece que tengo el pulso muy temblon.

—Eso no le hace.

—No hay duda que estoy atacado de los nervios.

—Efectos del Champafia.

—Tanto he bebido? palabra de honor que no llega á seis botellas... Pero en fin, escribiré esa carta con tal que me la dicten.

—Lo mas indispensable, dijo Monvillars, es la berlina... Una especie de cabriolé cerrado.

—Si, como los carros de la carne; dijo Sancissard.

—Y despues, un hombre seguro que lleve la carta y saque á la hija.

—Una berlina! pardiez! el posadero de la celled Grande, tiene una especie de vehiculo que alquila para las romerias de campo. Es cerrado completamente, á especie de galera... Lo mejor será que vayamos á verla.

—Eso será lo mas acertado.

—Y con eso vos mismo juzgareis.

—Vámos, mi querido Mr. Renoncule.

—Aquí cerca, es lo principal del pueblo... La llaman la *posada del duelo*, desde que dos viajeros vinieron á ella y se batieron á la pistola y...

—Está bien, está bien, replicó Monvillars con voz entrecortada; yo no tengo necesidad de ver ese carruaje, vedlo vos mismo y decididlo.

—Y por qué no venis vos con nosotros.

mi querido señor? preguntó Saucissard haciendo una profunda cortesía.

—Porque no quiero.

—Es una razón concluyente.

—Yo iré, la ajustaré y daré las órdenes convenientes; pues tengo fondos suficientes para ello.

—Sobre todo un buen caballo.

—Preven que no te pongan el mulo de la atahona.

—Oh! tiene uno que es mas ligero que una pluma.

—Pues bien, aprovechad el tiempo; los dias ahora son muy cortos y à las cuatro es casi ya de noche. Enviad vuestra carta à las cuatro y media; de modo que al anocheecer vayais en posta con vuestra amada.

—Teneis razón... este hombre piensa en todo.

—Tiene una imaginacion caprichoso... quiero decir, prodigiosa.

—Vaya otro vaso, entre tanto bebámos.

—Eso sí, bebámos, riámos, comámos y...

—Basta, Saucissard.

—Ahora falta otra cosa.

—Cual?

—Un hombre seguro que lleve la carta.

—Yo la llevaré; murmuro Saucissard.

—Imbécil!

—Por qué?

—No te acuerdas ya de aquella noche?

—Ah! es justo. Serian capaces de despedirme á escobazos.

—Un hombre seguro, diestro y que conozca la malicia de su comision.

Almenor escuchaba á Monvillars con toda la atencion posible: despues de haber reflexionado un buen rato, murmuró:

—Es tan difícil encontrar un hombre por ese estilo en este pais, principalmente en la aldea no hay de quien echar mano... Oh! si estuviéramos en amistad con nuestro amigo Creps, ese sí que es un pillastron consumado.

—Pero hubiera rehusado la comision.

—Por qué?

—Porque bien sabes que se ha hecho virtuoso de la noche á la mañana.

—Lo que no deja de ser sorprendente en un vagamundo.

—Item mas, cuando se trata de sus protejidas.

—Quién es ese Creps de que estais hablando? preguntó Monvillars, que á la palabra vagamundo, redobló toda su atencion.

—Es... es... rigurosamente no sabemos quien es. No es verdad, Saucissard?

—Es un perillan de puño duro y que enarbola su enorme garrote como si fuera un junquillo.

—Y en qué se ocupa ese hombre?

—En ponerse á la luz de la luna y en comerse los frutos y legumbres que roba por los campos.

—Luego es un pordiosero.

—Oh! nò, no mendiga por cierto; es demasiado orgulloso para eso.

—Es un hombre incomprensible.

—No sabemos si habrá vuelto à encontrar algun tesoro como antes; pues hace tiempo que no lo vemos por ninguna parte.

—Sí, no hay duda; ese truan se ha hecho otra vez de moscas. Si vierais, mi querido Mr. Renonculo...

—Renoncourt, caballero.

—Lo mismo dás. Si vierais, repito, cuando eràmos amigos, lo que tragàbamos, lo que bebiamos... oh! nos poniamos la barriga como un tambor.

—Y despues de este tiempo, volvió otra vez á su vida miserable.

Durante esta narracion, Monvillars, divido como un cadáver, se apresuró á preguntar:

—Y ese hombre continúa aun en los alrededores?... Viene aqui alguna vez?

—Ya no, se le concluyeron los cuartos.

—Lo que es por mi parte, hace infinidad de tiempo que no lo encuentro, añadió el doctor Saucissard, y me parece que ha abandonado el país.

Monvillars serenóse algun tanto.

—Segun eso, dijo, no encontrareis quien lleve esa carta á madama Clermont.

—Si, pardiez! exclamó Saucissard. Qué animales somos! Pues y Roberdin? ese si que despachará el asunto á las mil maravillas.

—Tienes razon, respondió Almenor. Pero esas damas no conocerán á Roberdin?

—Y eso que importa? si habita en el pueblo, no puede haber encontrado un caballero que le haya propuesto el llevar una carta?

—Mucho mas cuando ese Roberdin es capaz de cualquier cosa, por ganar una pieza de cinco francos.

—Y tambien por menos.

—Vamos á encontrar á Roberdin, que si el no puede por alguna ocupacion indispensable, nos indicará algunos de sus amigos.

—Eso es. Pero antes bebamos ponche.

—Basta ya de ponche; es preciso conservar un poco el equilibrio, cuando se trata de una empresa tan ardua como esta.

—Robar una joven.

—Oh! esa idea me transporta... una rubia con ojos negros. Vive Dios! y como adelgaza la imaginacion. En marcha, amigos, mientras que yo voy á preparar la berlina, tú Saucissard, irás con el señor á la cabaña de Roberdin. No hay que perder un momento, son cerca de las tres y á las cuatro y media es preciso que empiece el drama.

—Y donde está esa cabaña de Roberdin? preguntó Monvillars embozándose en su capa.

—Al fin de la floresta, en la encrucijada que parte los dos caminos de Senart y Champrosay.

—Morada antigua de nuestro amigo Creps.

—Pues no voy, respondió Monvillars volviéndose á sentar otra vez; yo me quedo aquí á aguardaros, cuando hayais despachado vuestras disposiciones, venis á encontrarme y os dictaré la carta para madama Clermont.

—Como mejor os parezca; replicó Almenor. Vámos, Saucissard, sobre la marcha... Vámos, pardiez! no bebas mas!

—Déjame, este traguito.

—Ya has bebido bastante.

—Siquiera un buchito.

—Ea, fuera.

Y Almenor empujó al dedo sesto de su mano, segun llamaba á Saucissard, hasta la puer-

ta de la sala; pues no queria apartarse de la ponchera.

En fin, el hijo de madama Michelette salió con su derrotado amigo que, aunque completamente ebrio, no dejó de decirle:

—Es chistoso... el amigo Renonculeo no quiere venir con nosotros à ninguna parte... Tendrá miedo de comprometerse?

—Y qué nos importa? Nos ha obsequiado y nos ha dado brillantes consejos. Me ha dicho que mi bella será algun dia millonaria y me ha entregado mil doscientos ochenta francos para que pueda robarla. Qué mas queremos?

—Es verdad!

Monvillars quedóse solo en la hosteria aunque siempre atormentado por el temor de encontrarse con Creps, en el cual habia reconocido à aquel testigo ocular de su crimen; no dejaba de estar satisfecho por lo bien que hasta ahora le iba saliendo su plan. El dinero que voluntariamente habia perdido, debia reportarle inmensos beneficios, privando à madama Clermont de su adorada hija. Habia calculado que, con la esperanza de encontrar à su Emelina, la pobre madre iria à donde quiera que la llevasen y entouces seria bien facil hacer desaparecer à Clemencia sin la menor sospecha.

Robar la hija à su madre, era el punto mas dificultoso de la empresa y, sin embargo, la aparicion casual de Almenor y Saucissard, habia solventado ya tan gran dificultad; no obstante, Monvillars decidiose à no abandonar à Corbeil hasta que estuviera bien orientado de que la jóven Emelina habia partido ya.

Una hora se pasa y Monvillars, solo en la sala del villar, no se atrevia à bajar temiendo que aquel Roberdin que habian nombrado no lo conociera tambien. Sentado junto à una ventana que daba à la calle, no se atrevia à abrir los cristales, temeroso que alguno al pasar lo conociera tambien. En Corbeil no se conceptuaba tranquilo, bien lejos de eso cada vez que veia pasar por la calle un individuo de aspecto miserable, retrocedia de la ventana pálido y tembloroso.

Veinte y cinco minutos pasan mas. El tiempo se eterniza para Monvillars, que teme no se hallan frustado sus planes en lo mejor. Por último, la puerta se abre bruscamente y el bello Almenor entra en la sala.

—Y bien, que tenèmos? preguntò Monvillars.

—Todo va en popa, Saucissard está con el cabriolé en la vereda de Champrosay, donde debo yo ir para incorporarme à él.

—Y quien escribirá la carta?

—Pardiez! yo. He reflexionado que madama Clermont no conoce mi letra, y puedo escribirla tambien como Saucissard.

—Sin duda. Y el hombre que ha de llevarla?

—Me espera abajo Oh! él hará perfectamente la comision; es un tunante consumado.

—Muy bien, entonces escribid y despachaos. Vámos, no hay que perder un momento.

—Vaya usted diciendo.

—Escribid: «Mr. de Riberprè desee tener una entrevista con madama Clermont, es de su hija de la que va à hablarle. Pero que vaya sola, pues la entrevista no debe tener testigos. El portador de este billete le dirá donde la esperan.»

—Ya está listo.

—Ahora dobladlo è instruid bien à vuestro hombre que diga á madama Clermont, que la persona que la espera, en un cabriolé, está bastante lejos. Comprendéis? A fin de que la hija vaya de viaje antes que vuelva la madre.

—Entiendo perfectamente. Y vos, caro amigo?

—Yo me vuelvo á Paris.

—Decidme, donde vivís?

—En la *Fonda de los extranjeros*, celle de Chaillot.

—Oh! lo tendré siempre presente... Venga un abrazo y un apretón de manos.

Los dos truanes se abrazaron con furor.

—Sobre todo, llevad la muchacha bien lejos de París... á algun desierto y cuidado no se os escape.

—Oh! fijos de mí... A Dios, amado, hasta la vista.

—A Dios.

Almenor salió vivamente del café: Monvillars, embozado hasta los ojos, pagò el gasto hecho y salió detrás de él, viéndolo entregar la carta á Garguille; pues el comisionado no era otro que el inseparable amigo de Roberdin que, cojiendo la carta, se dirigió con acelerado paso á casa de madama Clermont.

El plan entablado por Monvillars, tubo un perfecto éxito. Clemencia leyò la carta delante de su hija que, dando un grito de espanto, exclamò:

—Mr. Riberpré quiere hablar de mí? Què querrà decirte?

—Lo ignoro, hija mia; pero bien sabes tú que no puedo negarme á los llamamientos de ese hombre y sabe Dios lo que él me dirá de ti.

—Tú no consentirás en separarte de mi lado, es verdad, mamá?

—No consentiré en ello, hija mía, ni ante todo en este mundo... Pero Mr. de Riberpré me aguarda y no puedo hacerlo esperar más.

—Ay! Dios mío, ese hombre que ha traído la carta me hace temblar, no te acuerdas; es aquel miserable que nos encontramos en la cabaña de Roberdin.

— En efecto, creo que tienes razón.

Conociendo Garguille que lo examinaban detenidamente, miró à las damas con hipocresía y humildad aparente, diciéndoles:

—Sin duda, señoras, os sorprenderéis de que el amigo del leñador se ocupe en esta clase de comisiones; pero que quereis, es preciso echar mano de todo; se gana tan poco en mi oficio! que al ver à un caballero, que casualmente he encontrado, proponerme cinco francos si consentia en traer esta carta, la verdad, señora, no he vacilado y consentí al momento.

Esta respuesta tan sencilla, al parecer, calmó en algun tanto à madama Clermont que, cojiendo su schal y sombrero, preguntò á Garguille:

—Y donde está ese caballero?

—Cerca del camino de hierro... por el lado que va á Fontainebleau. Además, me ha dicho, que yo mismo os lleve; pero si queréis ir sola, á mi lo mismo se me dá. Habeis entendido bien donde os aguarda?

—Sí, he comprendido, gracias, yo iré sola; no tengo necesidad de vos.

—Madama Clermont partió seguida de Garguille; el cual, pasados cinco minutos, volvió otra vez á la casa, diciendo á la hermosa cuanto pura Emelina:

—Señorita, vuestra madre me envía por vos y me previene os lleve con ella.

Emelina dió un grito de alegría, exclamando:

—Oh! á hecho bien mi mamá, pues me hubiera desesperado si me hubiera quedado sola por mas tiempo... Vámos, ya os sigo.

Era ya casi de noche cuando la tierna joven, que seguía á Garguille, penetraba por la floresta. Diez minutos se habian pasado en acelerada marcha.

—Está todavía mamá muy lejos?

—No vé usted, señorita, aquel cabriolé que está allí abajo? pues en él espera vuestra madre.

La joven redobló el paso y no tardó nada en llegar al liacre donde estaban Almenor y

Saucissard ocultas las caras en sus corbatas. Pero la tierna Emelina no buscaba mas que á su madre, á la cual no veía allí. Garguille, abrió la portezuela que estaba por detrás como la de un omnibus, diciéndole:

—Subid, señorita.

—Pero este coche está vacío, yo no veo en él á mi mamá; murmuró la joven con temblorosa voz.

—Es que vuestra madre ha mandado este cabriolé, para que mas pronto lleguéis á su lado.

—Es qué...

—No temáis nada, señorita.

Emelina reflexionó un momento; pero creyendo era á su madre á la que se iba á incorporar, subió aceleradamente al carruaje.

—Cochero, atrea.

Y el doctor Saucissard que, subido en el pescante, tenía el látigo en la mano, como un cochero de entierros, pegó tan fuerte latigazo al caballo, que casi desbocado partió con la celeridad del rayo, soltando el doctor las riendas y agarrándose á su asiento como un mono para no caerse.

—Ya está el pájaro en la jaula, exclamó Monvillars, que había seguido de lejos todas las operaciones de Garguille. Lo principal es

que , su amante , Isidoro Marcelay , no la encuentre ; por eso he recomendado á Mr. Almenor , que no lleve la jòven à Paris. Al paso que van me parece que dentro de poco estarán en... en los infiernos.

Pero la divina Providencia que vela siempre por la virtud y la inocencia, hace que los planes mejores combinados , se estrellen à sus pies para ecsaltar mas à esta y premiarla.

—A donde vámos? preguntó el doctor do la mugre , sin soltar su asiento y con los golpes del carruaje metiósele el sombrero hasta los ojos.

—A Paris , pardiez! tengo á mi disposicion dinero y una jòven hermosa. Crees tú que me vaya á meter quizá en alguna cueva? Nada , á Paris , á Paris!



4.

Fortuna inesperada.

YA es tiempo de volver à ocuparnos del Amante de la luna, que la rapidez de los acontecimientos nos ha obligado à abandonar algun tiempo.

Os acordareis, amado lector, que lo perdimos de vista en el momento, en que desconsolado de no encontrar à Felicia en la cabaña de Roberdin, donde debia esperarlo, salió de la barraca desesperado y triste para buscarla.

El leñador habia dicho à su comensal que

la jóven incògnita habia tomado por el camino de Champrosay y Creps, creyendo à Roberdin, habia seguido tambien la misma ruta. Siguiendo su marcha el animoso Amante de la luna, no dejaba pasar ni una gruta, ni una choza, ni una casa, ni una venta, ni un cortijo, sin entrar à informarse de si habian visto pasar una jóven de tales y cuales señas.

El vestido miserable del preguntador, le espuso mas de una vez à ser malamente recibido y peormente rechazado. Los mas de ellos lo creian un vagamundo, un pordisero y todavía otra cosa peor; porque no hay duda, que la miseria inspira desconfianza creyéndola el primer paso para el crimen; y sin embargo, esta misma pobreza, modelo esacto del Salvador en la tierra ¿no comete casi siempre acciones mas eminentes y virtuosas que la opulencia en medio de su fausto y poderio?

Poco le importaba al Amante de la luna el malo ó buen modo conque fuera recibido, con tal que le hubieran dado noticias de la jóven que buscaba. No obstante, si algun criado lo empujara hàcia la calle y le diera con las puertas en los hocicos; entonces el valeroso Creps levantaba la voz y cambiaba de maneras, mandando y no rogando y el otro osado è imprudente que tan mal lo recibiera.

temblaba delante de aquel hombre de tan miserables vestidos , que sabia cuando le acomodaba tomar un lenguaje y un tono eminentemente elevado.

Desgraciadamente, fuera como se fuese que preguntara, no recibia noticias de Felicia. Nadie habia visto á la jóven que con tanta ansiedad iba requiriendo.

Entretanto Creps , ha llegado hasta Villanueva de San Jorge , camino recto para Paris. El Amante de la luna penetrò tambien en este pueblo , mas su eficacia produjo el mismo resultado. El hombre misterioso sentado en una piedra à la salida de la aldea , alzaba la cara y miraba á Paris que se dibujaba en el horizonte, y se preguntaba si debia ir allá ò volver atras.

El protector de Clemencia Marigny resolvióse sin , duda , por el primer pensamiento, pues murmurò al cabo de un buen rato.

—Esa repentina desaparicion de esa jóven no es natural por cierto... ella oculta algun misterio... un crimen horrible tal vez... todo me indica que esa infortunada, es víctima de un terrible vértigo de desesperacion... Sí, así debe ser y yo debo correr á salvarla, debo encontrarla, volverla á ver y para esto no hay duda que debo ir á Paris. Allí es donde mora

*

y allí es donde debe volver. Y aunque no sé su casa y París es tan grande, daré con ella... conozco todos los barrios, todas las calles... todo lo visitaré, y registraré; nada debilitará mi paciencia y valor. Sí, Felicia, he de encontrar-te ó he de poder poco.

En el momento de levantarse de la dura peña en que estaba sentado, el hombre de la noche metióse la mano en el bolsillo de su chaqueton y sacando dos monedas envueltas en un papel, las tiró á lo lejos diciendo:

—Nada me obliga ya á guardar, por mas tiempo, esta suma que destinaba para socorrer á otros mas infelices que yo, y á la cual no he querido tocar ni aun en los dias de mas desgracia é infortunio que he tenido... El dinero que en ciertos dias recibiera de aquel miserable, me arde y quema... Ah! era el fruto de una infamia... Oh! jamás debia haberlo recibido... Léjos de mí hasta el menor recuerdo... Tengo aun diez francos, única cosa que me quedara desde mi vuelta á Francia, y con ellos podré sin duda satisfacer el deseo de mi peregrinacion... encontrar á esa jóven... Diez francos!!! En mis dias de opulencia y locura hubiera arrojado esta suma á mi criado ó á cualquiera que me hubiera pedido una limosna... Y hoy con ella tendré para vivir cien dias sin necesi-

dad de implorar la caridad pública: Sí, cien días, porque diez sueldos de pan serán bastantes para mantenerme cada día y el agua la veré de valde en las fuentes públicas. Es preciso ser desgraciado ó infeliz para conocer el valor del dinero. Cien días!! quizá sean los únicos que de vida me queden! No obstante cierta cosa me dice que, antes que se cumpla este término, he de encontrar á esa desgraciada joven. En Corbeil bien pueden pasarse ahora sin mí. El herido curará pronto y Clemencia perdonará á su hija esa pasión tan inocente... Sí, es á París donde debo ir... Ah! y yo que juré no volver mas á esa ciudad, testigo de mis horrores y extravíos!.. Pero el sentimiento que me domina es mas poderoso que todas mis resoluciones. Por otra parte, ya no debo temer nada. Diez y seis años de ausencia han cambiado totalmente mi persona... y la herida que en la frente recibiera... desfigura algo mi rostro... Luego estos vestidos tan humildes!.. todo se une para hacerme mas desconocido... Si se acuerdan aun de aquel joven tan brillante, tan generoso... que era citado como un modelo de finura y elegancia... y conocido tambien por sus locuras y jaranas... nadie lo reconocerá ahora en un pobre diablo de una facha tan infeliz.

Y el Amante de la luna se puso en marcha con paso firme. La noche habia estendido su negro manto sobre los mortales ; pero nosotros bien sabemos que para él la noche era un dia deseado. La luna , su amada , no lo alumbraba con sus argentarios rayos ; pero en su defecto mostrábase un anchuroso cielo tachonado de relucientes estrellas. Una densa neblina aumentaba la escarcha del camino y el frio de la noche ; pero el valeroso Creps estaba dotado de una salud robusta y de una fuerza fisica poco comun, y esto era lo que menos le inquietaba.

El viajero llegó à Paris cerca de la media noche. No era este el momento oportuno de empezar sus pesquisas. Hallábase en un barrio poco frecuentado y pasando por el jardin de plantas , encaminòse hácia el Sena , bajo de cuyos espaciosos arcos se decidió à pasar el resto de la noche.

Allí tentàra de entregarse à un reposo dulce y tranquilo ; mas al pensar que estaba en Paris , inmensos recuerdos agitaban su alma, mil afectos ulceraban su corazon , para que el sueño pudiera, ni por un momento, cerrar sus párpados y frecuentes suspiros que su pecho escalaria , barto indicaran que el pensamiento que le combatia era amarguisimo.

Sin duda que en este momento Creps comparaba el pasado con el presente; y que á pesar de toda la lógica de que venia armado su corazón, se instaba á su pesar, contra aquella vida miserable que ahora sobrellevaba. La filosofía es una palabra inventada por los hombres, ella no existe, es una quimera, pues para que triunfe de los males presentes, es necesario tener una grande indiferencia y sobre todo una profunda insensibilidad.

La mañana siguiente empezó: el virtuoso Creps, pensó, según sus averiguaciones, que una jóven elegante y presumida no debía vivir en otro barrio que en el de la Calzada d'Antin, y allí fué donde encaminó sus pasos. Pero después de ocho dias consagrados á recorrer todas las calles antiguas y nuevas de la Calzada d'Antin y de la moderna de Atenas y no haber tenido noticias de Felicia, dirigió sus pasos hacia otro distrito.

Los dias se pasan sin saber lo mas mínimo acerca de la jóven; pero nada debilita su paciencia y su valor y cuando al llegar la noche se encamina hacia los arcos del puente (dormitorio que ha escogido) murmura con doloroso acento:

—Si mis pesquisas salen infructuosas, no hay duda que la infelice ha sido victima del

malvado Garguille... Ah! si llego à perder toda esperanza, volverè à Corbeil, irè á la cabana de Roberdin, yo haré que esos miserables confiesen su crimen y Felicia será vengada.

Hace veinte dias que Creps está en Paris. Son cerca de las nueve de la mañana y ya ha empezado su paseo; á su pesar mas de una vez se ve obligado á detenerse, pues siente una debilidad que le quita las fuerzas. Dos sueldos de pan y una poca de agua cada dia es poco alimento para un hombre que corre cada dia todo Paris.

En efecto, sus fuerzas estaban muy decaidas, y no queriendo sucumbir à una enfermedad que le privaria por algun tiempo continuar sus averiguaciones, entra en el primer café que encuentra y decidiéndose á hacer algun gasto imprevisto, pide media taza de caldo.

Como quiera que no eran mas que las nueve, el café estaba desierto y los mozos, estrañando à aquel personaje singular le trageron lo que pidiera. No obstante, no se atrevieron á echarlo á la calle so pretesto de que su presencia chocaria à los parroquianos, supuesto que Creps llevaba su redingote y su sombrero y á los que le hacian, con política, tomar el portante era à la gente de blusa y casquete.

llo. Como hemos dicho, le sirvieron lo que pidiera con una prontitud extrema, quizá para que mas pronto tocase de suelas.

Mientras que bebia aquella taza de caldo que debia reanimarlo, el Amante de la luna cojió maquinalmente un diario que tenia delante y empezó á leerlo.

Este diario es un periódico antiguo que habia desafiado á los tiempos, á los acontecimientos y á las revoluciones. Que no tiene nada que ver con las modas, y que continua siempre en la misma forma, sin variar de tipos y papel y sin prometer garantías positivas, ni hermosas novelas por folletin, ni rifas anuales pecuniarias. Este periódico es el *Diario de avisos*.

El hombre misterioso lo habia recorrido con indiferencia; cuando de repente palidece y sus ojos se fijan en un nombre que ha leído. Este nombre era el de *Lutgardo de Clara-fuente*.

Despues de haberse asegurado que es efectivamente este nombre el que está impreso en el diario, Creps coje de nuevo el periódico y vuelve á leer aquel artículo, que estaba concebido en estos términos:

Mr. Lutgardo de Clara-fuente, que vivia en París hace diez y ocho años, se presenta-

rá por sí o por apoderado en el estudio del notario que inscribe para hacerse cargo de asuntos que le interesan.

Después seguía la firma del notario.

Crepes leyó y relejó mil veces el referido artículo y una transfiguración completa operóse en todo él. Reanimado por el caldo que había bebido, pagólo y levantóse con agilidad, saliendo aceleradamente del café y tomando por la calle Richelieu. En ella era donde el notario tenía su estudio.

Mil pensamientos cruzaban su cerebro; pero no se decidía por ninguna conjetura. No obstante, se apresura á llegar á la casa del notario y redobla el paso para saber que es lo que el destino le reserva todavía. Al aproximarse á la casa del curial, su pecho se oprime y su corazón late con violencia. Pero pronto, avergonzándose de su debilidad, se dirige hacia la casa y haciendo un esfuerzo, entra en el zaguán y empuja el botón de la mampara.

El notario estaba solo sentado delante de su escritorio. Cuando el hombre de la noche entrara en su estudio, volvió la cara para ver quien era y al notar al singular cliente que se había descolgado, preguntó sin mirarlo siquiera:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

Antes de responder cojió Creps un taburete y acercándole hácia la mesa del notario, sentóse y contestóle:

—Acabo de leer, caballero, en el *Diario de avisos*, un artículo en el cual se previene á Mr. Lutgardo de Clarafuente, se presente en vuestro estudio á asuntos que le interesan. Ved aquí porque he venido.

El notario se sorprendió terriblemente, y volviendo su silla para encontrarse cara á cara con nuestro hombre misterioso, exclamó:

—¿Qué! podreis vos darme noticias de ese caballero que acabais de nombrar?

—Si soy yo mismo.

Nueva sorpresa del notario.

—Sí, yo soy Mr. Lutgardo de Clarafuente.

—Vos?

El Amante de la luna sonrióse con amargura y continuó:

—Mi ropaje os dice que mi fortuna es bien miserable, y en efecto así es. Despues de haber sido inmensamente rico, despues de haber alborotado Paris con mis locuras y mis placeres dispendiosos... con mis atrocidades; por que es el nombre que debe dársele á lo que yo hacia, me espatrié voluntariamente de la Francia, á olvidar pesares amargos; pero no he vuelto á ser mas feliz. Por último, caba-

llero, aunque cubierto con tan miserables vestidos, no por eso dejo de ser Lutgardo de Clarafuente, hijo de Raymundo de Clarafuente, antiguo consejero de estado. Además, examinad estos papeles y os convencereis de mi identidad.

El notario tomó, inclinándose, los papeles que Creps le presentara y después de haberlos repasado se los volvió diciéndole:

—Todo está en regla; perfectamente, caballero. Y aunque vuestro modesto vestido me hubiera hecho dudar en un principio, vuestras maneras y lenguaje es suficiente para haberme convencido. Entretanto, caballero, os instruiré para que os cito. Teniais un tío hermano de vuestra madre...

—En efecto, caballero, se llamaba Mr. Vernier de Chauval, era doctor en medicina, soltero y sumamente económico; de consiguiente, debía tener fortuna. Cuando al fin de mis calaveradas me vi sin recursos, antes de abandonar la Francia, escribí al referido tío rogándole que me auxiliara en alguna cosa. Ah! su respuesta me quitó toda la esperanza. Contestóme que jamás perdonaría mi mala conducta y que antes de morir, daría las disposiciones convenientes para que sus bienes no cayeran en un desalmado. Oh! estas eran sus mismas

palabras y apesar de verme en un estado tan infelice , yo era demasiado orgulloso para insistir de nuevo. Por último, desterréme de Francia y despues acá no he vuelto à oir hablar de ese tio , que probablemente habrá sostenido su promesa.

—Os engañais , caballero , Mr. Vernier de Chauval hará cerca de un año que ha muerto. El tiempo sin duda apaciguaria su cólera, quizá tomaria sus informes y sabria eraia desgraciado en el estrangero. Lo cierto es que, al morir os ha dejado único heredero de todos sus bienes. Es decir, cerca de trescientos mil francos, en efectivo y luego una infinidad de fincas y posesiones.

Creps (porque nosotros continuaremos dándole este nombre, que él no quiere abandonar aun) habia escuchado con esquisita calma las palabras del notario. Esta fortuna que se le presentaba en un momento tan lejos de esperarla , no le causara una alegria tan excesiva como era de esperar. Su vida estaba tan llena de acontecimientos , que este no le pareció extraordinario: el notario admirado de su sangre fria lo contemplaba detenidamente.

Entre tanto , Creps , con una espresion de sonrisa agradable , contestó al notario:

—Caballero , doy mil gracias á Dios y

bendigo la memoria de mi tío, que tan generoso ha perdonado mis faltas. En mi estado tan cruel, esta fortuna es un verdadero milagro de la divina Providencia; pero, caballero, la miseria en que he vivido, me ha dado lecciones terribles; las cuales aprovecharé haciendo un virtuoso uso de mis nuevos bienes... porque me parece, caballero, que comparar esa fortuna, con un hombre que se ha mantenido hasta aquí con dos sueldos cada día.

—Jesus! Jesus! Es posible?

—Lo que oís, caballero.

El notario se santiguaba á todo trapo, como él apenas podía mantenerse con su ejercicio, dudaba que aquel hombre pudiera mantenerse con dos sueldos cada día.

Al momento entró el Amante de la luna en posesión de parte de sus bienes. Le entregaron sesenta mil francos en billetes de bancos; y el notario, temiendo no se le perdiera aquella suma, le dijo:

—Espere usted, caballero, le daré un paletó de los míos, pues vuestro derrotado redingote tendrá los bolsillos llenos de agujeros.

El hombre de la noche sonrióse y dando gracias al escribano por su solicitud, contentóse:

—Cabalmente los bolsillos es lo único bueno que tiene. Como he tenido que hacer tan poco uso de ellos! Además, estos vestidos me han servido siempre y no debo tan ingratamente rechazarlos de mí. Ellos han participado de mis miserias, bueno es que ahora participen de mi fortuna. Yo dejaré de llevarlos, es verdad, pero los conservaré siempre como una preciosa reliquia que me recordará el estado tan miserable en que he vivido, en castigo de mis faltas.

El notario, con los brazos cruzados, contemplábalo estasiado de la honrradez de aquel caballero, en otro tiempo tan tronera.

—Además, continuó Creps, bien sabeis que en París, habiendo dinero, bien pronto se cambia de vestido.

—Es verdad, caballero.

—Oh! he probado la miseria para que la riqueza me deslumbre!

—Caballero, volved por ahí y estenderémos las escrituras.

—Está bien, caballero.

Y Creps, estrechando la mano del notario, salió de la escribanía.

Con sesenta mil francos que llevaba en el bolsillo cuenta que no era un sueño como Creps se lo figuraba: el protector misterioso

de Clemencia Marigny continuaba recorriendo París y haciendo sus pesquisas.

—Justo Dios! murmuraba, de buena voluntad os doy cuanto poseo, por encontrar a Felicia y que mis presentimientos salgan realizados.



3.

Crepé, como otras veces.

QUINCE días han pasado del cambio tan milagroso que se ha operado en la posición del Amante de la luna. Ya no se retira á pasar la noche bajo los arcos del Sena: ahora vive en un gabinetito modesto y aseado, en un barrio solitario y retirado. Ya no llevaba su antigua facha de profeta de la hambre, ni su espesa barba de misionero. En su lugar lleva un rico paletó, aunque también ceniciento y un pantalón de casimir negro, acompañado de

ricas botas, buena corbata y excelente sombrero decopa-alta. Luego está afeitado, excepto una hermosa pera y un par de bigotes espesísimos.

Al verse ahora con abundante oro, creyera activar sus pesquisas y acabar de encontrar á Felicia. Pero pasaron quince días y perdió ya la esperanza. Entonces decidióse volver á Corbeil y penetrar el misterio de su desaparición.

Para el día siguiente había fijado Creps su partida. Pero no se había aun decidido si volvería á Corbeil con su nuevo equipaje ó con el antiguo de Amante de la luna. Tal vez se me pregunte porque este hombre, que acaba de heredar una fortuna tan crecida, quería aun pasar por un miserable bagamundo; pero el corazón humano encierra secretos profundos que no podemos descubrir y que solamente el tiempo puede manifestarlo.

Sumido en esta incertidumbre paseábase al acaso por París, cuando de repente sus ojos se fijan en un joven que venia por la acera de enfrente: un grito de alegría se escapa de su pecho y corriendo hácia el joven, esclama:

-- Ah! cuanto me alegro de veros!

Mr. Isidoro Marcelay (porque era él al que acababa de parar Creps) examinó al caba-

lloso tan elegante que lo habia detenido y murmuró:

—Perdone usted, caballero... pero creo que estais equivocado; contestò Isidoro evocando sus recuerdos.

—Qué! no me conocéis? dijo Creps sonriendo con melancolia. Oh! debe ser que con mi equipaje he cambiado mucho... Pero me alegro infinito de veros tan restablecido... bien os dije que la herida no era peligrosa.

Mientras que Creps hablaba, Isidoro, conociendo el tono de su voz, parecia mas admirado y agitado, cuando de pronto, estrechando á aquellas manos que oprimian las suyas, tan bien cortadas y elegante (el hombre misterioso llevaba ahora rico guante, color de paja, apuntado á la muñeca) exclamó con alegría:

—Cómo! seriais?... Pero no, es imposible.

—Sí, Mr. Isidoro, yo soy el Amante de la luna, ó Creps; como me llamaba entonces y como deseo llamarme ahora.

—Conque sois vos mi querido Creps.

E Isidoro apretaba con efusion las manos del protector de su amada; pero luego, viendo el aire distinguido y la elegancia de este hombre singular, desentlazó sus manos de las de este y exclamó:

—Perdonad, caballero, tanta familiaridad quizá os ofenda.

—No lo creais, Mr. Isidoro, todo lo contrario, ella me prueba que todavía os acordais de mí,

—Ah! seria bien ingrato si así no lo hiciera... despues que os debo tanto!.. Pero segun veo se ha obrado en vuestra fortuna un cambio venturoso.

—Sí, una herencia, con la que no contaba y de la que no era digno... ha cambiado felizmente mi posicion... Pero, dejemos eso y habladme...

—De madama Clermont y de su hija... siguen bien, hace dos dias que estube ayá... madama Clermont conoce ya el secreto de mi pecho.

—Creo que hace tiempo lo habia adivinado.

—Le he pedido la mano de Emelina.

—Os la habrá concedido al momento.

—Si estuviera de su parte, así lo hubiera hecho... pero no puede disponer de su hija... su existencia encierra un secreto que...

—Què no podeis revelarmelo? Lo comprendo, Mr. Isidoro.

—Ellas hablan de vos continuamente. vuestra ausencia las admira y affige, supuesto que

le habiais prometido ir à verla á menudo... Ante ayer mismo, hablándome madama Clermont de vos, me decia con tristura: «Temo que le haya sucedido alguna desgracia.»

—Ah! os dijo eso?... murmuró Creps terriblemente conmovido.

Despues, tomando otra vez su aspecto grave, continuó:

—Caballero, ecsiste una persona de la cual ya ni os acordais y por la que me desvivo hoy dia... es una jòven à la cual el amor ha vuelto loca y desgraciada... Adivinais quien es?

—Felicia, balbució Isidoro bajando tímidamente los ojos.

—Sí, Felicia, esa pobre jòven, nacida para tener en el mundo una posicion honrosa, para conocer el placer del himeneo, para ser el orgullo de su esposo... y el amor de sus hijos; pero que el hado fatal la ha precipitado en ese horroroso abismo, en que casi siempre cae la juventud y la belleza.

—Sí, caballero, dijo Isidoro contemplando à Creps. Siempre he pensado que Felicia es un àngel. Pero acabad... le ha sucedido algo?

—Esa misma pregunta iba à haceros. Desde que estais en Paris, no la habeis vuelto à ver?

—No.

—Ni la habeis encontrado?

—Tampoco.

Creps bajó la cabeza con dolor y murmuró:

—Pobre joven!.. aquellos miserables la habrán asesinado.

—Asesinado!!! Qué quereis decir?

—Mas tarde... si mis temores se realizan, os lo diré todo... pero entonces ya estará vengada... oh! si, lo juro, será vengada cumplidamente.

—Caballero, yo os ayudaré, si quereis, pues aunque mis sentimientos no sean los mismos para Felicia, creedme que la defenderé como amiga hasta la muerte.

—No, caballero, gracias, vuestra ayuda me es inutil y bien puedo terminar solo esta mision que el cielo me ha confiado... No obstante, todavia me queda una esperanza... Donde vivis, caballero? pues aunque os figureis que es una indiscrecion por mi parte, dispensadme, pues...

—Quereis callaros! con eso me honrais infinito. Vivo calle de Navarin, número 10.

—Gracias... Me permitireis que os haga otra pregunta?

—Sois muy dueño.

—Salis todas las noches probablemente?

—Todas las noches.

—Y à qué hora os recojeis?

—A las doce y media, rara vez es mas tarde.

—Gracias, repito, es cuanto deseaba saber; perdonad mi curiosidad; pero tened entendido que todo lo hago por el interés de *ese* pobre jóven... de Felicia. Conque á Dios, mi querido Mr. Isidoro.

—Tan pronto!!

—Es indispensable.

—Ireis á Corbeil à ver á madama Clermont y á su hija Emelina?

—Puede ser.

—Me permitireis que les refiera el venturoso cambio que se ha obrado en vuestra fortuna?.. Ah! se alegraràn tanto! Porque, lo repito, caballero, os aman de corazon, y cuando hablan de vos, no os llaman mas que *su querido protector*.

—Si, caballero, decidles que la fortuna ha cesado de serme contraria... pero que... *aun no soy dichoso*.

—Pero volveréis á verlas?

—Lo ignoro, caballero, quizá sí, y quizá nó.

—Y quien las defenderá ahora?

—Vos, caballero. Vos podeis velar sobre

ellas y vuestra proteccion equivaldrá à la mia...
A Dios...

Y Creps diò un paso para retirarse: Isidoro lo cojiò del brazo exclamando:

—Una palabra , caballero.

—Hablad.

—Esa proteccion que dispensais à madama Clermont , es menester que continúe.

—No le hace falta.

—Sí , caballero , mucha ; porque madama Clermont no cesa de decirnos: «Nunca estarè tranquila , mientras Creps no esté á mi lado.»

—Ah! dice eso?

—Sin duda.

—Ah! cielos!

—Y qué tiene eso de extraño? No habeis salvado á su hija?

—Sí , la he salvado. Y qué?..

—Què! que no debeis desampararlas así tan pronto... mucho menos cuando madama Clermont os ama.

—Sí , sí , Mr. Isidoro , teneis razon. Eso seria una ingratitud. Pues bien , decid á esas damas que cuenten siempre conmigo y que continuo siendo su amado protector hasta la muerte.

—Y bien , si se ofrece , donde iré á bus

caros? Creo que no será ya á la cabaña de Roberdin.

—En efecto , quereis saber las señas de mi casa?

—Justamente.

—Pues bien , calle Manimoltant , número 40. Si teneis algo que escribirme , poned allí el sobre ; pues aunque me mude , siempre dejaré dicho al portero que recoja todas las cartas que vengan á mi nombre.

—Y cual es?

—Crepes , como otras veces.

Y el Amante de la luna , estrechando la mano de Isidoro , siguió su camino y se separaron.



6.

El encuentro.—Confianzas.

CUANDO Creps dejó à Isidoro, volvióse á su retirado domicilio, aguardando, con impaciencia, que llegara la noche. Así que oyera las once salió otra vez y se encaminó al barrio de Isidoro. Llega à la calle de Navarin, busca el número 10 y así que lo encuentra, retírase á una cierta distancia sin perderlo de vista.

Dan las doce; apenas pasa ya nadie por la calle, entonces Creps se sienta en el poyo de un zaguan y murmura:

—Oh! no pasa nadie, y sin embargo, si Felicia existe todavía, aquí es donde debo encontrarla... un corazón como el suyo no consentirá en perder enteramente de vista el objeto de su amor... y en el silencio, en la oscuridad de la noche, se zolozara en algún tanto de su abandono.

Pasan veinte y cinco minutos y se sienten pasos: es Isidoro que vuelve á su casa, que entra en ella y cierra la puerta. Entonces el Amante de la luna, levántase y vuelve á su domicilio, murmurando con tristura:

—Oh! ya ni aun esta esperanza me queda.

Al día siguiente, decidese Creps á volver á Corbeil: no obstante, reflexiona todavía:

—Ensayèmos esta sola noche y despues partirè mañana.

En efecto, dan las once de la noche y vuelve otra vez á la calle de Navarin. Empieza su paseo y observa á cuantos pasan; pero ninguno es muger. La noche estaba tempestuosa; una lloviznita sumamente helada habia empezado á caer desde media tarde y todavía continuaba. El mas profundo silencio reina en toda la calle y los pasos de los transeuntes se pierden en lontananza.

De repente el hombre de la noche siente pasos hacia la boca calle de los Mártires, mira

hácia ese lado y los pasos que resuenan, son tan ligeros, que no hay duda son de una mujer. En efecto, un momento despues, aparece esta cubierta con una capa de pieles negras y una capucha de lo mismo. Creps la sigue: un ligero estremecimiento que siente en todo su ser le revela que es ella.

La dama incógnita continúa su paseo, llega ante la casa de Isidoro, marcha à la casa de en frente y entra en el zaguan y cierra la puerta por dentro. Aquel zaguan era el mismo en cuyo poyo, habia Creps pasado la vispera en rigurosa guardia.

El Amante de la luna párase y murmura:

—Un cierto presentimiento me dice que es ella... Pero vivirá ahí?... Verèmos... esperarè mas... toda la noche si es presiso.

Despues sigue su paseo y se enfute en el quicio de la casa-puerta, junto à la de Isidoro. A las doce y media aparece este, embozado en una gran capa, llama à su puerta, le habren entra y... todo vuelve à quedar en el mismo silencio que antes.

Entonces la puerta de enfrente vuelve à abrirse, la incògnita aparece y vuelse otra vez por la boca calle de los Mártires.

—Oh! es ella... sí, ella es. Gracias. Dios mio! que me la habeis conservado! murmura

Creps, con emoció y sigue à la desconocida.

La dama baja por la calle de los Mártires, toma la de Coquenard, sigue el barrio de la pescadería, la calle de las Caballerizas y al estremo de esta párase. Llama á la puerta; pero antes que le abran, cojénla por el brazo y una voz murmura à sus oídos.

—Señora, una palabra.

Un grito espantoso escalará Felicia (porque ya pareció la pérdida, amigo lector) al ver aquel hombre tan bien vestido y que tan singularmente la miraba: la pobre jóven sin poder disimular su turbación, pudo al fin proferir.

—¿Qué quereis, caballero? quien sois y que buscáis? Contestad pronto ú os arrepentireis de vuestro atrejo.

—Os engañais, señorita, sobre mis intenciones; contestó Creps saltando el brazo de Felicia. Yo no soy un estrangero para vos. Quando hace un mes os dejara en Corbeil en aquella barraca, donde debiais esperarme para recibir noticias de Isidoro...

No tubo Creps que decir mas: Felicia cojió sus manos y estrechándolas con profusion exclamó:

—Será posible? sois vos? vos el que me salvasteis. el que conoceis todo el secreto de

mi vida?... de mi amor?... à quien tanto debo?... Pero Dios unió! quien habia de reconoceros tan apuesto y elegante.

—En efecto, ha sido una inesperada fortuna... pero si supierais! desde el dia en que volví á la cabafia de Roberdin y no os encontré, os he buscado desalentadamente y ya habia perdido la esperanza de encontraros cuando... Mas esta no es la hora ni el sitio apropiado para comunicaroslo todo.

—Tengo tantas cosas que deciros!

—Me permitiréis que venga à veros?

—Permitir! yo misma iba á suplicaroslo... Si, venid, hablaremos de él y me contareis todo, todo, todo.

—Sí. Pero esta casa... es singular! yo he estado en ella á preguntar por vos, y no me han dado razon.

—Sí, es porque he tomado otro nombre.

—Otro nombre!!

—Sí, he renunciado à toda mi vida pasada y hasta de nombre he cambiado.

—Y cómo os llamáis ahora?

—Madama Dermaux; ya veis que de ese modo jamas me hubierais vuelto á encontrar.

—Pues entonces hasta mañana.

—Sí, hasta mañana... Oh! que no falteis, los momentos se me van á eternizar.

Creps estrechò las manos de Felicia y alejòse para su casa, mas contento que el mismo dia en que habia heredado las riquezas de su tío.

A las doce y media de la mañana del dia siguiente, ya estaba Creps á la puerta de la casa de Felicia.

—Madama Dermaux? preguntó al portero.

—En el segundo piso, caballero.

Subió al segundo piso, llamó y una sirvienta lo introdujo en un gabinetito sumamente elegante y aseado; pero enteramente desprovisto de aquella coqueteria y cinismo que nosotros observámos en el otro gabinete de la calle de Bourdaloue. Por último, este huele á virtud, desde una legua; así como el otro olia á *dama de mundo*.

Felicia aguardaba con impaciencia la llegada de Creps: al verlo entrar por sus puertas, se alegró infinitamente y se admiró mucho mas al ver la elegancia y finura que lo distinguiera.

Así es que, lo recibe con un placer mezclado de respeto, concibiéndose fácilmente su embarazo á la vez que su felicidad.

El que causaba todas sus emociones procuró disiparlas diciéndole:

—Aunque me veáis así, siempre soy vues-

tro amigo. Vámos, contadme el por qué cuando volví à la cabaña de Roberdin no estabais en ella. No os previne que me aguardarais?

Felicia sentóse en el sofá junto á Creps y empezó así su explicacion:

—Os acordareis que me abandonasteis para saber noticias del herido, pues yo no queria marcharme sin saber los resultados de... aquella horrorosa accion. Mi intencion era el esperaros, como os dije; pero ved aqui que un momento despues de haber vos salido, llaman á la puerta y preguntando yo quien era, me contesta una voz desconocida para mí:

—«Vengo de parte de Creps, el que acaba de salir de aqui, á preveniros que me sigais para llevaros donde él está, pues no puede volver tan pronto.»

«Admirada y no sabiendo que resolver, me bajé del lecho, me echè el camay y abrí la puerta. Entonces ví ante mí, un hombre de muy mala catadura y que reconocerè siempre pues su figura es harto impresionable... cubierto con una miserable blusa y un viejo casquetillo, lanzaba sobre mí, sus ojillos de reptil. Yo lo examinaba con doblada atencion.»

—«Señorita, me dijo, Creps me ha dicho, que os lleve á su lado.»

«Ya he dicho, no sabia que resolver. De

repente me viene la idea de que Isidoro está peor y que no pudiendo vos abandonarlo, queria verme antes de morir. Entonces soy la primera en marchar, y digo á aquel hombre:»

—«Vámos, vámos pronto, quizá cuando lleguemos sea tarde.»

«El incògnito no se hizo de rogar y siguióme aceleradamente. Yo ignoraba completamente donde estaba situada la casa donde me habiais llevado; por consiguiente, no sabia cual seria el camino que conduciera á Corbeil. Seguí á mi guía, que con paso rápido continuaba su camino mirando hacia atrás repetidas veces con marcada inquietud. Despues de haber errado largo tiempo por las campiñas y admirada de no llegar á Corbeil, pregunté á mi conductor:»

—«Estámos aun muy lejos de la villa?»

—«Sí.»

—«No es á Corbeil donde debeis conducirme?»

—«Es á donde Creps os espera... Teneis miedo de perderos conmigo?»

«Estas palabras helaron mi sangre y despues la sonrisa provocativa que aquel hombre me dirigiera, acabó de desconcertarme. No obstante, sacando fuerzas de flaqueza y demostrando un valor inaudito, contestéle:»

—Pues aligerémos para llegar cuanto antes.»

«Mi compañero redobló el paso y al cabo de algunos momentos nos metimos por una sombría floresta. Un terror pánico me sobrecogiera toda y sin duda advirtiolo mi compañero, pues me dijo:

—Es preciso penetrar estas malezas para cortar el camino; pero no dudeis que dentro de cinco minutos estaremos en la aldea.

«Yo no contesté nada, procuré reunir mis fuerzas que empezaban á desvanecerse y continué la marcha; sin embargo, note que desde que entrámos en la floresta, aquel hombre llegóse á mí y marchaba á mi lado. Hice como que no notara este incidente.»

«La floresta era sombría y alarmante: solos, enteramente solos, pues no encontrábamós á nadie; seguíamos el camino y harto conociera yo que el valor me iba abandonando.»

«De repente, en un estrecho sendero, que mi guía me hizo atravesar, el hombre que junto á mí caminara, arrojóse sobre mí como un tigre y enlazándome entre sus brazos, tiróme al suelo, exclamando:

—Aquí estamos bien; era ya preciso que te lograra; tunantilla, pues hace tiempo lo deseo.»

—Juzgad de mi terror, amigo mio. No obstante, el horror que aquel miserable me inspiraba era tan terrible, que reuniendo todas mis agotadas fuerzas, precipítelo à tierra. Pero levantándose él como un leon, exclamò:

—¿Cómo, quieres tambien retozar, pica-ruela?

—Entonces no fué un abrazo, fué sí un golpe terrible acompañado de un frio horroroso que sentí por mi costado... Ah! estaba herida y me quedè sin conocimiento sobre el verde muzgo.

—Infame Garguille! murmuró Creps que no pudo en aquel momento reprimir su indignacion. Oh! pero yo os vengaré, pobre jóven; bien sabia yo que él trataba de asesinaros.

—Aquel miserable, como llevo dicho, se lanzó sobre mí, pidiòme el reloj y la cadena con todo el dinero que llevara y ya se disponia à registrarme, cuando se oyeron voces entre los árboles. Mi asesino tuvo miedo y huyó, ocultandose entre los tilos. Yo me sentia desfallecer, apenas veia, cuando noté un paisano que volvia sin duda de su trabajo, pues traia al hombre la azada y el escardillo. Despues mis ojos se cerraron y me desmayé completamente.

—Cuando volví en mí, me encontré en ca-

za de unos aldeanos acostada en una camilla de pieles y vigilada por una joven y un anciano que era el médico de la aldea.»

«Supe entonces que el amo de aquella casa me habia encontrado en la floresta desmayada y nadando en sangre. Estas buenas gentes me prodigaban los mayores consuelos y el facultativo habia asegurado que la herida no era peligrosa; pero que necesitaba diez dias lo menos de cama. Dichosamente el miserable no me habia robado mi bolsa llena de oro y me regocijaba al pensar que podria remunerar á aquellas buenas gentes, sus piadosos servicios.»

«Pregunté en qué lugar me hallaba, y me contestaron que á media legua de Champrosay en la floresta Sénart y á legua y media de Corbeil. Mirad el camino que el bandido me habia hecho tomar.»

«Diez y seis dias pasé en casa de aquellos buenos aldeanos, asistida con los mayores cuidados y caricias; al cabo de los cuales, acompañada del mismo aldeano, fuí á Champrosay y de allí volvíme á Paris por los caminos de hierro.»

«Mi primer cuidado, como debeis imaginarlo, fué el ir á casa de Isidoro á saber noticias suyas. Juzgad de mi alborozo! pasados seis dias habia vuelto á Paris completamente

restablecido. Tranquila sobre tan esencial punto , mis únicos deseos eran realizar el plan que habia concebido en mis dias de convalecencia. Este era , el renunciar à la vida desordenada que hasta entonces habia seguido; el romper con todas mis amigas; por último , cambiar de nombre y venir aquí à este retirado cuartel à finalizar mis dias en la labor y virtud.»

—Este plan ha sido puesto en obra, y vedme aquí viviendo sola , nada mas que con mis libros , con mi música y con mis recuerdos amorosos... esto me dà una ecsistencia pura, basada en la virtud; y nada hay hoy dia en mí, que pueda recordar la Felicia de otros tiempos.»

El Amante de la luna cojió con amabilidad una mano de la jòven y estrechàndola entre las suyas , le dijo con conmovida voz:

—Està bien , esa conducta os dà nuevo realce... y ella será una espiacion de vuestras faltas.

—Lo creéis así , caballero? Ay! ojalà así fuese. Lo que si puedo aseguraros es , que la vida que antes llevara , no tiene en el dia para mí el menor encanto. Sin embargo , una sola cosa de mis antiguos estravios es la que parece tendré siempre grabada en mi corazon. Ah! lo amo tanto!... que me parece lo amarè toda la vida... pero no quiero que me vea , no quie-

no hablarle; porque entonces no podría reprimirme y todos mis buenos proyectos desaparecerian como el humo... Sí, porque sino es à él à quien tengo de amar! Yo, pobre niña, abandonada, sin conocer á mis padres!.. sin apoyos!.. sin amigos! Ah! caballero, es bien triste conocer que no hay una persona en este mundo que se interese por una! Algunas veces, cuando la tristeza me combate, me digo à mí misma para consolarme: espera, pobre jóven, espera y esta noche lo volverás à ver. En efecto, eso es lo que hago, salgo de noche y con verlo solamente entrar en su casa, me contento. Ved aquí toda mi historia, caballero; ahora, si lo teneis à bien, contadme lo que hicisteis cuando fuisteis à ver al herido y volvisteis...

* Creps entonces refirió à Felicia cuales fueron sus temores y congojas cuando volvió a la cabalía de Roberdin y no la encontró y todo lo que hizo por encontrarla, su desaliento y afliccion al ver que no parecia.

Al oír Felicia la narracion tan sencilla, cuanto esacta, del Amante de la luna, sus penas y temores, por encontrarla y los innumerables pasos que habia dado en su busca, sintiose conmovida hasta el estremo y corrió á él, estrechando sus manos con ternura!

—Oh! amigo mio, cuanto os agradezco ese interes tan vivo que por mí os habeis llamado... Y ha sabido Isidoro vuestros deseos por hallarme?

—Sí, lo ha sabido y me ha ofrecido el secundarme en mis pesquisas y juróme que daría cuanto posea por poder endulzar las penas que os ha causado.

—Os ha dicho eso? Oh! cuan bueno es!.. no ha hecho mas que lo mismo que hacen todos los hombres con sus queridas... es mil veces digno de perdon... Y ha sabido que fuera yo la que en un arrebato de celos lo hiriera?

—Creo que sí.

—Y no habla de mí horrorosamente?

—Ya lo veis que nó, cuando toma tanta parte en vuestras desgracias.

—Ah! cuan feliz soy en este instante.

Y Felicia llevó su pañuelo á los ojos para limpiarse las lágrimas de ternura, que rodaban de sus párpados. Luego, volviéndose á Creps, le dijo con gracia y melodia:

—Ah! las mujeres somos muy fastidiosas! Es verdad, amigo mio?

—No lo creais, señorita, á mi no me fastidiáis por cierto.

Sí, no hago mas que hablaros de él, y no me ocupo de vos... de vos, tan bueno para

mi!.. y que me quereis tanto!.. Qué he hecho yo, caballero, para merecer vuestro corazón?

Crepes la miró un buen rato y dando un profundo suspiro, murmuró:

— Debía hacerlo así, pobre joven... sin apoyo ni sosten en este mundo y despues otra razon que...

— Otra razon!!.

— Sí, quien lo duda... yo tengo presentimientos.

— Una razon para interesaros por mí?

— Sí, señorita.

— Podéis revelàrmela?

— Mas tarde.

Hubo un momento de silencio, despues continuó Crepes:

— Conque habeis completamente renunciado à esa vida de placeres, de lujo, de disipacion y vilipendio?

— Sí, señor, para siempre. Lo que prueba, caballero, que mi índole no es tan mala; y que si mi madre no me hubiera abandonado, jamás hubiera traspasado los bordes de la virtud.

— Es verdad, habeis roto ya con todas vuestras amigas?

— Amigas! no he tenido ningunas... conocidas y nada mas, y conocidas de orgia, que se

sueltan y abandonan con la mayor facilidad. Una sola de entre ellas, una joven sincera y cariñosa, una buena muchacha, en fin, es la única que conservo... Pobre Tintin! nacistes para la virtud, y el infortunio precipitote al vicio. Sí, caballero, ya os lo he dicho, he cambiado hasta de nombre para desorientar á todo el mundo.

—Y no os fastidiáis de vuestra nueva vida?... Aquí, sola!

—Oh! no, caballero, su imagen está grabada en mi corazón y me acompaña en mi soledad.

El Amante de la luna contemplaba estasiado á la joven: despues de un momento, añadió esta con cierta timidez:

—Caballero, me permitiréis que os dirija una pregunta?

—Podeis hacerlo.

—Perdonad si es indiscreta.

—Decid cuanto penseis.

—Pues bien, caballero, por qué cuando os encontré en Corbeil llevabais un vestido tan pobre y miserable?... Teniais motivos para disfrazaros?... A la verdad, yo harto conociera que no erais lo que aparentabais; vuestro modo de explicaros se unia mal á vuestra facha.

—Yo no estaba disfrazado, señorita, cuan-

do me visteis cubierto de aquellos andrajos, era porque mi estado era entonces demasiado infeliz... Sí, entonces la miseria era mi único patrimonio y aquella miseria que me cercaba, era la consecuencia justa de mis faltas.

—Ah! erais desgraciado por vuestra misma causa?

—Sí, por mi mala conducta.

—Y cómo ha cambiado vuestra posición?

—Oh! la muerte de un tío, en el que menos pensaba, me ha hecho heredar todas sus riquezas.

—Y de esas riquezas estoy bien segura hareis un buen uso. Habeis recibido una lección terrible!.. En fin, sois dichoso ahora?

—Oh! todavía no. Pero desde que os he encontrado me parece que lo seré pronto.

Y las miradas de Creps, al pronunciar estas palabras, estaban fijas sobre Felicia, con una expresión de ternura tan verdadera, tan profunda y sentimental, que la joven, muda y contrada, no encontraba una palabra que responder.

Después de un largo silencio, el Amante de la luna continuó:

—Y ahora que os he encontrado, señorita, me permitireis que venga á participar la vuestra soledad? Eso será para un un placer inen-

plicable. Yo no conozco en Paris á nadie... en esta ciudad, en la cual he tenido tantos amigos... pero lo mismo que vos; mis amigos no han sido mas que compañeros de orgia. Pues cuando vine á decadencia todos me volvieron la espalda. Miserables! hoy que la suerte y el Dios de la justicia me ha favorecido, me negaré á ellos y los desconoceré como ellos me desconocieron á mí; y lo mismo que vos para desorientarlos he cambiado de nombre.

—Crepes no es el vuestro?

—Es un nombre supuesto que tomé á mi vuelta á Francia y que pienso conservar por mucho tiempo. Aquí todos me creen muerto; pues para que he de resucitar?

—Muerto! Y no teneis en el mundo alguna persona que se desconsuele por vuestra muerte?

—Nadie.

Crepes levantóse del sofá y cojiendo su sombrero, preguntó de nuevo á Felicia:

—Conque, señorita, me permitis que venga á visitaros todos los dias?

Felicia lo miró y tendiéndole una mano, contestóle:

—Sí, caballero, sí, todos los dias y cuidando como faltáis... pues estos momentos serán los únicos de dicha para mí; porque hablarémos de él, es verdad, amigo mio?

—Sí, eso os hace dichosa; yo me anticiparé à vuestros deseos; pero me parece mas prudente que lo vayamos olvidando.

—Ah! eso nunca, caballero.

—Pues bien, hablaremos de él. A Dios, señorita, hasta la vista.

—A Dios, amigo mio.

Y el Amante de la luna abandonó la estancia, dejando á Felicia muda de sorpresa, del sentimiento nuevo y desconocido que el misterioso personaje habia despertado en su alma y el cual no podia esplicarse.



7.

La revelacion.

No faltò Creps de ir tambien al siguiente dia a casa de la interesante Felicia, que lo recibiera con el agasajo y franqueza de un antiguo amigo. Mientras que la jòven Loida en tapiceria, en un excelente cuadro, el Amante de la luna la contempla con enagenamiento y sus ojos harto demuestran la dicha que rebosa en su corazon.

No tarda nada en que la interesante jòven haga caer sobre el objeto de su corazon la

conversacion amiga que contienen: Isidoro es nombrado mil veces y cada vez que los labios de la jóven profieren este nombre, su pecho se hincha, el corazon apresura sus latidos y anonadado con aquel recuerdo, estrecha las manos de Creps como único ser que comprender puede todo el secreto de su alma. No obstante, es bien fácil ver que cuando la jóven habla con tanto entusiasmo del objeto de su corazon, el Amante de la luna está pensativo y meditabundo, y apenas pone atencion á lo que esta profiere. Mas esto que le importa à ella? Desahoga su pecho y eso le basta.

Alguna vez se detiene en la rapidez de su narracion y esclama:

—Dios mio! que indiscreta soy!.. Siempre os repito una misma cosa... Los enamorados no saben variar el objeto de su conversacion... Pero si alguna vez habeis amado con pasion, comprendereis cuan feliz soy en hablaros de ese modo.

—Sí. Yo he amado con toda mi alma á una mujer digna de toda mi ternura... Tan hermosa como pura y...

El hombre de la noche se detuvo y una lágrima ardiente rebose de sus párpalos.

—Y ella os amaba tambien?

—Ella!... que se yo que os diga, no puedo

afirmarlo; sin embargo, me parece que no era insensible á mi amor.

—Y me deciais ayer que nadie lloraria vuestra muerte... olvidabais quizá esa mujer?

—Ah! hacia tanto tiempo que no la viera!.. y sabe Dios si se acordará quizá de mí.

—Y esa mujer...

—Era el único móvil de mi vida... *era todo para mí.*

Felicia no atreviòse á reiterar su pregunta, porque nota que el Amante de la luna, pálido y lloroso, oculta la cara entre sus manos. No habia que dudarlo, aquellos recuerdos destrozaban su pecho.

Despues de haber pasado largas horas al lado de Felicia, Creps cojiale la mano, estrechábala entre las suyas y se alejaba diciendo:

—Hasta mañana.

Muchos dias han pasado ya sin que Creps haya faltado una sola vez de ir á casa de Felicia, cuyas visitas cada dia se van prolongando mas, y no se separa de su lado sino haciendo un terrible esfuerzo. Mas de una vez Felicia se ha preguntado, de donde podia nacer este interes tan excesivo que este hombre le demostrara: al reflexionar sobre sus asiduas visitas, sobre las miradas tiernas de su nuevo amigo, la jóven habia temblado creyendo haber ins-

pirado al hombre de la noche una pasión inconcebible.

No obstante, en las maneras de Creps, en sus miradas tímidas y respetuosas, no podían leerse las voraces y lánguidas de un ardoroso amante.

Un día, Creps, según su costumbre, estaba sentado al lado de Felicia; no hablaba una palabra; pero no cesaba de contemplarla. La joven hablaba de su vida pasada y de la dicha que experimentaba en la que ahora llevaba. De repente el Amante de la luna la enlaza entre sus brazos, la estrecha contra su corazón é imprime en su frente mil besos ardientes.

Espantada de esta acción Felicia retira de sí á Creps con violencia y lo mira con una terrible desconfianza, pero el hombre de la noche vuelve á cojerla y la estrecha de nuevo mil veces contra su pecho diciéndole con un acento que partía del alma:

—Ah! tierna joven no despreciéis esta ternura que os dispense, este amor tan puro y santo... Mas para que ocultaros mas tiempo el secreto de mis sentimientos... de esa dicha inefable que experimento cuando estoy á vuestro lado, cuando os veo cuando os hablo... Ah! tal vez sea juguete de un error terrible... pero mi corazón late con violencia y un secreto instinto

me dice que sois... mi hija.

—Vuestra hija!.. vuestra hija!! exclamó Felicia conmovida .. Por Dios, caballero , que es lo que os obliga á creer eso?.. Vos mi padre!! Ah! seria tan dichosa!

—Seriais dichosa? Luego sentís lo mismo que yo , un instinto natural , violento y decidido... una voz del cielo que habla á vuestra alma lo mismo que á la mia y que dice con celestial acento: «Esa jóven es tu hija.»

—Y á mí: ese hombre es tu padre.»

—De veras, divina criatura?

—Sí... ahora me habeis hecho comprender ese íntimo placer que siento cuando estoy á vuestro lado... Oh! sí , eso debe ser; nada mas que un padre puede inspirar sentimientos tan profundos... Pero, caballero , que es lo que os obliga á creer eso?

Crepes aprocsimóse mas á Felicia y despues de haber estrechado tiernamente las manos de la jóven , contestóle con temblorosa voz:

—Cuando hubo un tiempo en que yo viviera en el seno del lujo , de los placeres; cuando yo disipara locamente aquella fortuna que mi padre me habia dejado; amaba , segun os he dicho , á una mujer con toda la fuerza de mi alma... Pues bien , aquella jóven , porque tenia ella lo mas quince años , dependia de un

padre, de ríjidas costumbres, el cual, sabiendo que yo amaba á su hija, empezó á averiguar mi conducta y supo que era eminentemente pésima. Sin embargo, mis ideas eran puras, yo no aspiraba mas que á la mano de Clemencia; pero me la negaron decididamente.

«Desde este momento no volví á verla mas; su padre habia tenido buen cuidado de retirarla del gran mundo. Si entonces yo hubiera sido razonable, me hubiera dicho: «Es mi mala conducta la que me aleja de Clemencia, pues seamos virtuoso y tal vez algun dia obtenga tan precioso tesoro.» Pero yo no estaba en estado de reflexionar, y aquella terrible repulsa, me acabó de quitar la poca razon que me quedaba. En mi cólera di mas rienda suelta á mis pasiones y creyendo vengarme de los que me habian rechazado, fui y me casé. Di mi nombre á una jóven hermosa, es verdad; pero cuyo corazon y carácter me eran desconocidos. Fatal casamiento!»

Mi mitad tenia los mismos gustos al placer y á la orgia que yo; criada por un paciente lejano y de escasa fortuna; queria desquitarse en su nuevo estado de todas las privaciones que habia sufrido. Nuestra casa era el punto de reunion de ese mundo turbulento que no vive sino en las fiestas, en el lujo, en

el baile, en el teatro, en jaranas y en corridas de caballos. Mi esposa montaba á caballo (su pasión favorita) mudando cuatro vestidos al día, cuya gasta era terriblemente dispendioso. Asombrado de tanta grandeza y dinerales mal gastado, quise hacerla algunas convenciones.

—«Caballero, me dijo, yo no me he casado con vos, sino para participar de vuestros placeres; conque así tened entendido que nada podrá desconcertar mis ideas, ni variar mi conducta.»

«No encontré nada que responderle, y desde este momento, conocí que odiaba á aquella mujer. Pero era padre, tenía una hija y sobre la cuna de aquel angelito me solazaba, en algún tanto, de mi infortunio.»

«No tardó nada en que mis vicios reportáran sobre mí la miseria y el deshonor. Ah! estaba completamente arruinado. Durante este tiempo, los amantes de mi mujer entraban y salían en mi casa con tanta franqueza ó mas que yo mismo, haciendo de este modo pública mi deshonor. Despues abandonò mi casa y se fué con su hija.»

«Acribillado de golpes y de acreedores, no sabiendo donde esconderme para que no me prendiesen, fui á la casa que mi mujer

habitara en uno de los mas elegantes barrios de Paris, á obligarla á que me siguiera con su hija; pero ah! rióse de mí descaradamente y me dijo que, su hija la habia puesto en una casa de pension y que en cuanto á ella bien lejos de espatriarse de Paris, estaba decidida á quedarse en ella conceptuandose enteramente libre. Yo tratè de obligarla á la fuerza á que me siguiera, cuando ella empezó á gritar que yo queria asesinarla. Uno de sus amantes oculto en una pieza inmediata, vino á su apoyo armado de un puñal y descargó sobre mi frente un cruel golpe... (Siempre tendré en mi frente la cicatriz de aquella herida.) Aunque aturdido por este repentino ataque, no pudo impedirme para que arrojándome sobre aquel miserable, lo hiciera rodar á los pies de la ingrata, que se reia de mi sufrimiento. Salí hecho un tigre de aquella fatal casa y en la calle caí desmayado.»

«Un pobre obrero, recojióme en su tenducho, donde pasè todo el tiempo que necesitò mi herida para cicatrizarse. Cuando estube bueno abandoné á Paris y me dirigí al Havre; allí conté mis desgracias é infortunios á un capitan de un barco que partia para América, el cual, condoliendose de mí, me admitió en su buque en calidad de secretario, dándome

infinito placer en ello; pues yo no deseaba mas que abandonar para siempre la Francia.»

«Estando en alta mar, una terrible tempestad sobrecogiónos e hizo creer á toda la Francia que habíamos perecido. Al cabo de algunos años, viniendo uno de Paris, me dijo que allí no se corria otra noticia mas que la fama de mi muerte. Entonces me informé de la conducta de mi esposa y supe... Escuchad, querida Felicia, porque en esto solo estriba mi creencia.»

«Me dijo que mi mujer habia cambiado de nombre infinitas veces; de lo que me alegré infinito. En cuanto á su hija la habia puesto en una casa de pension, calle de Piepus, en la que la veia muy de tarde en tarde.»

—Calle de Piepus! exclamó Felicia; sí, allí fui educada, en casa de madama Hamelot.

—No pudieron decirme el nombre de la directora del colejo. Pregunté bajo que nombre la madre de mi hija se habia presentado y no pudieron darme razon.

—Pero vuestra hija, amigo mio, se llamaba Adriana?

—No, yo le habia puesto Clemencia, lo mismo que aquella mujer que tanto habia amado. Pero bien comprendéis que le seria fá-

cil mudar el nombre de su hija, como se había mudado el suyo. Despues de este tiempo escribí á Paris preguntando por mi hija pero no pudieron darme el menor indicio de su paradero, ignoro si la mujer que lleva mi nombre existe todavia; y si en este momento quisiera encontrarla; es tan solamente para que me dijera que vos, divina Felicia, sois mi hija y deshiciera todas mis incertidumbres.

—Amigo mio, los indicios de que nacen vuestras esperanzas son bien débiles en verdad... pero la voz secreta que nos habla no lo es... Que sea una ilusion ó una realidad, permítidme que os mire y que os ame como á mi padre... Ah! estos momentos son preciosísimos para mí!

—En la narracion que os he hecho, os he dicho que tenia infinitos acreedores; pero bien comprendereis que al heredar de mi tio, mi primer cuidado, ha sido reintegrarlos. Si, por que aquel tio adusto y severo que me habia rechazado tantas veces de sí, no habia querido que el hijo de su hermana se sonrojara al volver á su patria. Hombre generoso! recibe mis gracias y mis agradecimientos y goza en el cielo de una felicidad tan grande como la que á mí me haz hecho. El tiempo ha borrado enteramente el recuerdo de mis crímenes y lo-

curas, y bien podria aparecer de nuevo en el mundo si estuviera cierto de que no existia una muger que hace toda mi afrenta y aprobio.

Felicia guardaba silencio: no se atrevia à incomodar al que conceptuaba ya autor de sus dias, conociendo que aquella muger de quien hablaba, no seria otra que su ingrata madre!

El Amante de la luna proligaba desde este dia à la jóven Felicia todos los cuidados y ternuras paternas, asi como esta le correspondia con todo el agrado y cariño de una buena hija. El acorde mas perfecto, la mas tierna intimidad reinaba entre estos dos personajes que conocian, en fin, el secreto de sus corazones y aquella misteriosa simpatia que los unia como padre ó hija.

Ahora el Amante de la luna se halla mas ameno lo al lado de la arborosa jóven, haciéndole referir las menores circunstancias concernientes à su infancia: los mas intimos detalles de su ingrata madre; y al ver que convienen perfectamente con sus recuerdos, la estrecha entre sus brazos, exclamando con alegria y alborozo paternal:

—Oh! no nos engañamos, sois mi hija... la hija querida nacida de esa union detestable... y aborrecida de su madre: pero ah! quien debe estrañar eso? La que fué indigna esposa,

no debía dar otro fruto sino odiar à la hija del hombre que ella detestaba.

En este estado continuaban las cosas; cuando una mañana, disponiéndose, segun su costumbre, el Amante de la luna á ir à casa de Felicia, llaman violentamente á la puerta de su cuarto, abre y quédase helado al ver entrar á Isidoro, pálido, agitado y sosteniendo en sus brazos á una muger estenuada de fatiga.

—Qué ha sucedido? exclamò Creps al reconocer en aquella muger á madama Clermont.

—Una desgracia espantosa! murmurò el doncel. Venimos à encontraros, caballero, bien lo sabeis, tenemos confianza en vos solamente... Una desgracia cruel, el estado en que madama Clermont se halla harto os lo indica.

—Pero que desgracia?

—Emelina rob... Emelina robada... desaparecida desde ayer... y ninguna noticia... ningun indicio, es decir, lo que medio he entendido... pues su pobre madre, llorosa y angustiada, no puede proferir una palabra sin que amargos sollozos la embarguen... Señora... señora, volved en vos, estais en casa del salvador de Emelina, el os la volverà ahora, como os la ha vuelto siempre.

Creps, pálido y contraído, al ver à Clemencia en aquel estado, corre à un especie

de estante , y sacando un pomito de esencias hizo aspirar á esta , diciendole con el mayor alíneo.

—Valor , señora... volved en vos... no temais nada , vuestros amigos os rodean y os devolverán vuestra hija.

Clemencia abrió los ojos , miró á su redor y al verse en las rodillas de aquel hombre tan elegante , temió mucho mas no reconociendo en él á su misterioso protector en el que tenia puesta toda su confianza. Fué menester que Creps le hablara de nuevo y que Isidoro le asegurase que efectivamente era aquel el Amante de la luna. Entonces fué cuando únicamente Clemencia pudo calmarse algo y estrechando las manos de Creps , contestó derramando amargas lágrimas:

—Ah! sí , sois vos , caballero , sí , ahora os reconozco... Vos me volvereis mi hija , no es verdad?

—Os lo juro , señora , y podeis fiaros en mi promesa. Mas calmaos y decidnos como ha sucedido ese acontecimiento.

Madama Clermont enjugóse sus mejillas, pasóse la mano por la frente como para evocar sus recuerdos y exclamó:

—Sí , fué ayer , serian las cuatro y media, un hombre se presentó en nuestra casa tra-

yendonos una carta de Mr. Riberpré.

—Riberpré!!... pero ese hombre...

—Es mi marido... sí, es el padre de Emelina, ya os he confiado ese secreto. Os acordareis de que vos mismo acompañasteis à mi hija para que aquel hombre la viera.

—Sí, me acuerdo perfectamente y tambien me acuerdo, señora, de la frialdad con que aquel hombre la observara y la indiferencia que le mostrara cuando debia haber corrido à ella y haberla abrazado con enagenamiento.

—Pues bien, aquel hombre me dirigió una carta; en su contenido preveníase me que Mr. Riberpré queria hablarme de su hija al momento y à solas. Conocereis que no podia evadirme y partí al momento. El portador del billete me dijo que el caballero que queria ablar-me esperaba en su cabriolé junto al embarcadero. Fui allá, no encontré à nadie. pregunté, todo era falso, ningun caballero con cabriolé habia aparecido. Despues de haber estado esperando algun tiempo, me volvi á casa sin comprender nada de aquel paseo inútil que me habian hecho tomar; pero ah! apenas entré, me orienté de todo. La sirviente me dijo que, un momento despues de haber yo salido, el mismo individuo que habia traído la carta se habia presentado de nuevo, dicen-

do á la señorita que yo la aguardaba. Ah! la inocente niña lo siguió sin desconfianza. Juzgad de mi terror. Al momento adiviné que todo no habia sido mas que un complot, proyectado para robarne á mi hija. Desesperada, loca y llorosa recorrí los alrededores, buscando, preguntando por mi hija. Nadie me daba noticias, nadie sabia nada, casi toda la noche la pasé en averiguaciones... Qué noche, Dios mío!.. Cuantas lágrimas vertí llamando á Emelina!.. A Emelina que no oia los gritos de su madre! Asi que rayara el dia, me embarqué en los caminos de hierro, llego á Paris, corro á casa de Mr. Isidoro; pero ay! él no sabia nada, ignorábalo todo completamente.

Concluida esta narracion, Clemencia dió un nuevo curso á sus lágrimas y desesperacion, acompañándola Isidoro en sus sollozos.

—Y ese hombre que os llevara la carta es del pais?... Lo conocéis vos?

—No lo creo de la aldea; sin embargo, lo he visto una vez.

—Una vez!.. Y donde?

—En la cabaña de Roberdin, una mañana que fuimos á ella á daros gracia por la salvacion que la tarde antes habiais prestado á mi hija.

—Y ese hombre tiene la nariz aplastada,

el color moreno verdoso y ojos de reptil?

—Justamente.

—Oh! el miserable! siempre que haya un crimen, una mala accion que cometer, allí será donde se encontrará.

—Lo conoceis quizá?

—Sí, es un amigo, del leñador y por medio de este lo he de encontrar... oh! no importa como, yo lo encontraré y... ya verá cuantas son cinco. Y ese billete, señora?

—Aquí está.

Creps examinó la letra y preguntó:

—Pero es efectivamente Mr. Riberpré el que ha escrito este billete?

—Dios mio! no puedo afirmarlo. Mr. Riberpré no me ha escrito nunca; así es que no puedo asegurarlo de fijo.

—Y vos, Mr. Isidoro?

—Tampoco; pero como quiera que tengo vara alta en casa del banquero, le enseñaré la carta y preguntaré si es suya.

—Ah! sí, sí, exclamó Clemencia. Id, Mr. Isidoro, interrogad al banquero... Ah! si ha sido el que me ha robado á mi hija, que me lo diga, que me lo diga, á lo menos que sepa yo donde está, y que me permita abrazarla... Pobre niña! llorará tanto al verse sola sin mí!

Isidoro cojió el sombrero y se dispuso á marchar; Creps lo cojió del brazo deteniéndole:

—Este paso lo creo inútil, á lo menos por ahora. Estoy casi seguro que ese billete no es de Riberpré. Si ese hombre quisiera hablar á su muger ó hija, tenia necesidad de rodearse de tantos misterios?.. No, no tiene parte vuestro marido en los pormenores de este raptó. Pero entretanto señora, desvaneced, calmad esos terrores relativos á la existencia de vuestra hija... No se roba á una hermosa jóven para atentar contra sus dias... Pensémos que mas bien es obra de un amante secreto, su repentina desaparicion.

—Pero no por eso el peligro deja de ser menos eminente, exclamó Isidoro apretando los puños de rabia. Oh! caballero, es preciso que encontrémos á ese hombre... á ese miserable que ha osado robar á Emelina.

—Señora, consolaos y guiaos por mí. Todo esto encierra un profundo misterio, que es preciso descubrir; entretanto debeis volveros á Corbeil.

—A Corbeil!!

—Sí, señora, en vuestra misma casa debeis saber de vuestra hija. Si me lo permitis, yo mismo os conduciré allá... Voy á dar un á Dios, á una persona que me es muy querida

y al momento vuelvo. Mr. Isidoro vigilará en París y frecuentará la casa de vuestro esposo y adivinará si en ella ha sucedido algo de nuevo y si Riberpré tiene parte en esta trama. Valor, señora, valor y confianza. Emelina volverá à vuestros brazos.

Las palabras de Creps tenían un poder magnético sobre Clemencia, la que recobró alguna esperanza al oír explicarse así al Amante de la luna, y hasta el mismo Isidoro, cuya sangre ardía al solo pensamiento de que Emelina se hallaba en poder de un rival, conoció que era indispensable seguir los consejos de este hombre singular y avenirse á todas sus ideas y proyectos.

Creps encaminóse á casa de Felicia, á la que dando un beso en la frente, díjole con dulzura paternal:

—Tal vez esté algún tiempo sin veros, querida mía, pero mi pensamiento y amistad no os abandonarán nunca.

Y Felicia estrechando sus manos con amor contestóle:

—Volved pronto, amigo mío, volved cuanto antes. Figuraos que lejos de vos, no tengo un momento de reposo... pues sois mi único apoyo sobre la tierra.

—Y me amais mucho, Felicia?

—Infinito.

—De veras?

—Con toda la ternura de una hija.

—Gracias, Dios mio, gracias! Con esto tengo bastante.

Y Creps la estrechaba contra su pecho, derramando copiosas lágrimas.



Astucias y averiguaciones.

PARA volver otra vez á Corheil , Creps volvió à ponerse aquellos vestidos que llevara cuando hiciera del dia noche y de la noche dia; es decir, cuando era apellidado, con razon, el Amante de la luna.

Al presentarse ante Clemencia bajo aquel aspecto, le pidió perdon porque usara esta transformacion para acompañarla á Corheil ; pero esta tendiéndole una mano, contestóle:

—Caballero , soy franca , bajo este aspec-

to tengo mas confianza en vos que del otro modo ; así os reconozco mas por nuestro protector.

—Señora , sea cual fuere el vestido que yo use , contestó Creps con emocion , serè siempre feliz en consagraros mi vida. Si ahora he usado de esta metamorfosis , es porque con ella creo que adelantarè en mis pesquisas y que seràn mas confiados con un vagamundo conorido , que con un personaje desconocido.

—Debeis , caballero , encontrarme bien egoista ; pero mi dolor me ha impedido deciros la satisfaccion que tuvimos cuando Mr. Isidoro nos anunció el feliz cambio de vuestra fortuna.

—No hablémos de eso , señora , cuando seais dichosa , cuando volvais otra vez á abrazar à vuestra hija , entonces quizás , os pedirè... *un recuerdo.*

—Un recuerdo!! Ah! caballero , me creéis tan ingrata para poder olvidar tantos beneficios como os debo?

Creps no respondió nada ; pero dirigió una mirada al soslayo sobre Clemencia y murmuró:

—Siempre bella!.. siempre seductora!.. hasta en este momento en que el dolor la combate.. se encuentra en ella los mismos atractivos,

la misma gracia que me hacian adorarla ahora veinte años!... este encanto tan poderoso, tan magnético que ha obrado sobre mí mismo y me ha hecho sonrojar del estado tan miserable en el cual habia caído, nadie mas que sus dulces virtudes es el que ha podido obrarlo. Sí, porque despues que la he encontrado, despues que la he reconocido, he tenido vergüenza de mi miseria y ha hecho renacer en el fondo de mi alma, sentimientos de piedad y de virtud... y para esto no ha tenido mas que hablarme, hacerme oír esa dulce voz tan seductora que me ha arrastrado à sus pies... entretanto no me ha reconocido... que diferencia entre nosotros dos!... nada en mí le revela á aquel Lutgardo de Clarsfuente, al que decia que tanto amara?

El presente diálogo que llevamos dicho, tenia lugar dentro de un cabrióle que el Amante de la luna habia alquilado para volver á madama Clermont á Corbeil; no queriendo que lo vieran en los convois de hierro con aquel vestido de pordiosero.

La berlina paróse ante la casa de madama Clermont; esta estuvo à punto de desfallecer al volver á su domicilio. Sus ojos se llenan de lágrimas, busca à su hija por las ventanas, la llama; pero Emelina no está allí. Emelina

no responde á su madre, ni corre á sus brazos para recibirla. La sirvienta al abrir la puerta, pregunta tambien conmovida y llorosa:

—Y bien, señora, habeis encontrado á la señorita?

Clemencia no contestò nada; ocultò el rostro entre sus manos y al verse otra vez en aquel recinto, en el cual no habia pasado un solo dia sin su hija; su dolor llegó al estremo, y callendo de rodillas, exclamó con amargo acento:

—Dios mio! Dios mio! volvedme mi hija ó hacedme morir!

Crepas aprocsimòse dulcemente á Clemencia, la coje entre los brazos, levántola y sentándola en un sitio, le dijo buscando en el fondo de su corazon los mas persuasivos acentos:

—Por piedad, señora, por el amor de los que os adoran, de los que os quieren de corazon! Consolaos, no desesperéis, no os abandonéis al dolor... tened valor para soportarlo!

—Ah! caballero, si yo tuviera mi hija, podria llamarme desgraciada?... No, seria dichosa... porque, què me importa á mí la fortuna y el mundo tambien?... Nada, si yo pudiera tener el placer inefable de poder estrechar á mi hija entre mis brazos.

—Pues bien , señora , ese placer lo tendreis pronto , yo mismo os volveré á los brazos de Emelina.

—De veras?... de veras?... decis eso puramente por consolarme?... lo creeis como lo decis?

—Si , madama , es con una conviccion íntima con la que os lo digo... Qué! no teneis ya confianza en mí?

Clemencia mirò á Creps y una lijera sonrisa se pintó en sus labios ; enjugóse las lágrimas y estrechando las manos de su protector , exclamò:

—Pues bien , os creo , tengo confianza en vos , como la he tenido siempre. Partid... harè por consolarme , os lo prometo.

El Amante de la luna correspondió á aquella ternura de Clemencia , estrechando tambien sus blancas manos y dirijiéndole una lánguida mirada.

Asi que Creps saliera de casa de madama Clermont , se dirijiò á la cabaña de Roberdin. La admiracion de este fué extrema al ver á su antiguo camarada: Roberdin estaba echando de beber á los carreteros y al entrar al Amante de la luna , tembló y derramò el vino sobre la mesa.

—Mal pulso tienes , amigo ; le dijo uno

de los carreteros. Qué demonios te ha dado? tienes quizá calentura?

El leñador no contestò nada: en su lugar siguiò con la vista á Creps; el cual se sentó con mucha tranquilidad delante de una mesa.

Poco despues partieron los carreteros. Roberdio, mirando furtivamente à Creps, no se atrevia á arrimarse.

—Qué es eso, que tienes? cualquiera diria que me tienes miedo; murmuró el Auante de la luna: acércate y no temas, muchacho.

—Yo... yo, balbució Roberdio, no tengo porque tenerte miedo... no te he hecho nada... pero como te fuistes tan incòmodo la otra vez á causa de tu dama... A propósito, la has encontrado?

—Nò... pero tampoco me importa, he pensado de otro modo.

—Y has hecho bien. Cómo vámos de negocios?

—No và muy mal, como tú ves, contestò Creps arrojando una pieza de cinco francos sobre la mesa. Tràeme vino... del mejor que haya... yo pago.

—Ah! diablo! parece que has encontrado otro tesoro!.. Voy á la bodega y al momento vuelvo: no te impacientes.

—La astucia vale muchas veces mas que

la violencia ; murmurò el Amante de la luna mientras que Roberdin fuè en busca de las botellas. Este hombre habla poco ; pero yo harè que beba tanto , que se vuelva una co-torra.»

Roberdin apareció con las botellas , se sentò delante de Creps y exclamó:

—Hombre , estás mas blanco.

—Sí.

—Como lo digo , estás gordo y limpio de carnes. Vámos , bebe.

—Con mil amores... Pero no habrá ninguna cosilla conque hacer boca?

—Calla , calla ! voy á traerte lo mejor que tenga. Estoy contento porque te veo con dinero...

—Oh ! el dinero no lo quiero yo , sino por los placeres que proporciona.

—Es que hay otro que sabe mas que tú y gana doble en sus negocios.

—Quien?

—No te importa el saberlo... Te has echado quizá algun cortejo?

—Sí , pero esta vez te aseguro que no me lo quitará la astucia de tu amigo Garguille.

—Garguille!! es un tacaño. Viene á beber aquí y aunque haga buenos negocios , jamas me regala nada.

Creps tenia buen cuidado de llenar á cada instante el vaso de Roberdin ; el cual empezaba ya á ponerse en un estado mas comunicativo.

—Tu vino es exquisito , le dijo Creps destapando otra botella.

—Ya lo creo , este no lo saco yo á nadie mas que á los buenos muchachos como tú ; que cuando hacen negocio participan á sus amigos de su fortuna ! Ayer , ese miserable de Garguille ganó cinco francos en menos que nada ; y cuando le pregunté que cuanto le habian dado , me contestó : « Medio franco. »

—Pero tú estás seguro de que ha ganado cinco francos ? Algunas veces se miente.

—Yo mismo ví al bello señorito darle la moneda.

—Qué bello señorito es ese ?

—Aquel que vino á cenar aquella noche contigo.

—Ah ! Mr. Almenor.

—El mismo , el tunante , el calavera , como lo llaman en Paris.

Creps no pudo contener un movimiento de alegría ; pero disimuló en cuanto pudo su gozo y añadió con tono indiferente :

—Y para qué diablos queria Mr. Almenor á Garguille ?

—Eso no lo sé, no hay mas que estas palabras. «Si quieres ganar cinco francos vente conmigo y te explicarè lo que tienes que hacer.» Despues partieron.

—Y no lo has vuelto à ver?

—No, solamente Garguille fuè el que volvió una hora despues contento como unas pascuas diciendome: «El negocio es complicado.» Y cuando yo le pregunté qué negocio, se encojió de hombros. «Hola, le dije, te haces el discreto? Pues vete à paseo.» Y en verdad que eso hizo, pues se marchò y no ha vuelto mas. Y ahora, te lo digo en confianza, como amigo, el fuè el que se llevó à tu dama de la otra vez, so pretesto de que tu la llamabas... oh! sin duda la habrá robado hasta la camisa, pues conserva sus malas manias como perro viejo.

—Y cuando vendrà por aquí?

—Oh! muy rara la vez.

—Y en cuanto al bello Almenor y su amigo Saucissard, no sabes nada?

—Nada... apropòsito de Saucissard, no sabes la noticia?

—Què noticia? no sé nada.

—Parece que ayer alquiló el cabrióle cerrado del posadero de la calle Grande.

—Y bien?

—Y bien, quince francos por el alquiler hasta hoy por la mañana al rayar el día, ese fué el trato... Pero ha esperado en vano toda la mañana su cabriolé y su caballo. El posadero está furioso, corre toda la aldea pidiendo a todos noticias de su carruaje... Yo lo encontré hará dos horas, venia de casa de madama Michelette, la madre de Mr. Almonor. La buena señora lo plantó en la calle, diciendo que no respondia del amigo de su hijo... Oh! bravo, el derrotado Caballero se habrá comido el cabriolé y el caballo.

Crepas no habia perdido una palabra de todo lo que el leñador acababa de decirle. Luego que se convenció de que no podia sacarle mas, arrojó otra pieza de cinco francos sobre la mesa y se levantó diciendo:

—A Dios... nos volveremos à ver.

—Tan pronto. No ves que llega la noche?

—Tengo que hacer.

—Eso es diferente. Pero porque me das esa moneda? Ya has pagado el gasto.

—Es un regalo para tí.

—Oh! gracias. Tú eres un buen muchacho, generoso cual tú solo... y no como ese Garguille, que es un miserable consumado.

—Cuidado como cuando lo veas, le dices una palabra de mí.

—Corriente. Y no vienes á acostarte?.. Tu litera hace tiempo que te espera.

—Verémos... puede ser.

—Cuando tú quieras. Bien sabes como se tira del pestillo de la puerta: á cualquiera hora que vengas serás bien recibido.

Creps salió de la cabaña y entró en la ciudad, dirigiéndose, á pasos acelerados, hacia la *posada del duelo*, donde Mr. Saucissard habia alquilado la berlina.

Casualmente, al llegar á la puerta de la posada, se dió de cara con el posadero maese Cláudio, que salia para la calle.

—Eh! amigo, exclamó al ver al Amante de la luna. Vos que paseais en la noche, no habeis visto mi cabriolé y mi caballo?

—Qué señas tiene vuestro cabriolé?

—Es cerrado completamente y con un caballo blanco como la nieve.

—Y qué le ha sucedido?

—Que lo alquilé hasta hoy por la mañana y ved aquí que es de noche y todavía no me lo han vuelto... Temo mucho que me hayan robado.

—Y conocéis al que se lo alquilasteis?

—Lo conozco... es decir, lo sonozco como amigo del hijo de madama Michelette... de Mr. Almenor... pero me he informado y me

han dicho que es un calaveron consumado...

—Y por qué no os dirijis á su amigo Mr. Almenor?

—Imposible. Su madre me ha dicho que ha desaparecido con su amigo... Oh! los canallas!.. los tunantes!.. Si mañana no encuentro mi berlina y mi caballo... ya verán.

—Pues amigo, no he visto nada y no puedo daros noticias.

Y Creps siguió su camino murmurando:

—Un cabrióle cerrado como una jaula, no es cosa bien comun... Oh! yo sabré la marcha que han tomado. Dirijámonos á casa de madama Michelette. Seguramente no será cómplice de la trama de su hijo; pero á lo menos me dará algun indicio, porque ya no hay que dudarlo, el raptor de Emelina no es otro que el tunante de Almenor.

Creps encaminóse en derechura á la casa de madama Michelette. Era ya de noche. Llama á la puerta, tardan algun tiempo en responderle, al fin del cual abriéndose el postigo de una ventana apareció la sirviente preguntando:

—Quien está ahí?

—Soy yo, señora, yo que deseo hablarle á madama Michelette.

—Decid vuestro nombre.

—El Amante de la lona.

La sirvienta abandonó la ventana y se dirigió á madama Michelette , que sentada ante una mesa , echaba suertes con las cartas para saber , à punto fijo , cuando tendria noticias de su hijo , cuya prolongada ausencia empezaba ya à incomodarla en demasia. Aunque Mr. Almenor no fuera un hijo sumiso y obediente , aunque su conducta hiciera que la madre le reprendiera casi siempre por sus excesos , sin embargo , esta lo amaba de corazon y decia para si:

—Es preciso perdonarle ciertos estravios propios de su edad. Es tan bello! tan hermoso! que deben lloverle las fortunas.

La sirvienta , como hemos dicho , se presentó á su señora , que en aquel momento consideraba á la sota de espada como una mala lengua que se oponia al bien-estar de su Almenor.

— Señora , dijo Justina , ahí está uno que desea hablaros.

— Es conocido?

— No , señora , no conozco por cierto á ese hombre.

— Es un hombre! le has preguntado su nombre?

— Si , señora.

—Y cómo se llama?

—El futuro de la luna.

—El futuro de la luna! santo Dios! el Amante de la luna, querrás decir.

—Sí, señora, porque amante y futuro, me parece que viene hacer una misma cosa.

—Ah! Justina! Justina! no habrás abierto, es verdad?

—No, señora.

—Ah! seríamos perdidas, porque no sabes quien es el que está á nuestra puerta... es un malvado.

—Un malvado! ah! señora, cómo, un hombre que espera casarse con la luna? al contrario yo creía que fuera un gran personaje.

—Callate... Pero porque ese hombre querrá hablarme... Ah! sin duda sabe que mi hijo no está conmigo; de otro modo, no se hubiera atrevido á presentarse. Oh! Almenor, Almenor, donde estás, gran pillastron? por qué has abandonado así á tu madre?

—Pardiez! señora, vuestro hijo estará gozándose en alguna hosteria, en compañía de su horrible amigo Mr. Salchichar.

—Callate, Justina, te prohibo que murmures de tu joven amo.

—Pero, señora, si son tan tragones...

—Eso no te importa.

Nuevos golpes que se oyeran á la puerta de la casa, hicieron estremecer á madama Micheleite, la cual pàlida y contraída exclamò:

—Todavía està ahí ese bandído... nos habrá puesto sitio?

—Ay! señora, querrá bombardearnos.

—Las puertas están bien cerradas?

—Sí, señora.

—Querrá escalar nuestras murallas.

—Què hemos de responder á ese caballero de la Luna?

—Ah! si siquiera tuvieramos armas... Justina, no habrá ninguna cosa conque defendernos?

—Sí, señora, tenemos la lavativa grande de estaño.

—Es verdad, como quiera que es de noche èl no conocerá si es una lavativa, ó es un fusil... Anda, tràetela, Justina.

—Voy corriendo, señora... por su puesto la cargo.

—Sí, hija, y de lo mas desagradable que encuentres.

—De orines?

—Sí, apresurate, que llaman.

En efecto, Creps continuaba llamando á la puerta, por último, ábrese una ventana y

madama Michelette se presentó en ella acompañada de Justina armada de su lavativa, pues como hemos visto, no hallando otras armas en la casa echaron mano de este instrumento medicinal.

—Caballero, dijo madama Michelette, marchaos cuanto antes, porque si nó disparámos.

—En efecto, añadió Justina apuntando con la lavativa, y os prevengo que este trabuco está cargado de metralla.

En otras circunstancias el Amante de la luna hubiera retrocedido á la vista de la mortífera arma. (En efecto, era de noche y lo reluciente de la lavativa se asemejaba al cañon de un mosquete, pues segun informes posteriores la lavativa hacia dos cubos de agua) Pero se trataba de Clemencia, de Clemencia que lloraba por su hija y era preciso no retroceder, así es que aprocsimándose todavía mas á la casa, exclamò con dignidad:

—Señora, ignoro cual sea la causa porque me supongais tan malas intenciones, pero tranquilizaos, pues solamente vengo á traeros noticias de vuestro hijo.

—De mi hijo, de Almenor, murmuró madama Michelette entre el temor y la esperanza.

—Si temeis el abrirme, bajad à la sala de la calle y por una de sus ventanas, que están resguardadas por gruesos hierros, podemos hablar sin temor.

—En efecto... ahora mismo voy à bajar, añadió la gorda mamá cerrando las ventanas.

—Será preciso guardar todavía nuestras armas? preguntó Justina à su señora.

—Por supuesto, pues de ningun modo debemos fiarnos de ese bandido.

La ventana baja de la calle, se abre al fin y madama Micheletto aparece en ella teniendo una palmatoria en la mano: Creps aprocsimóse à la ventana y le dijo:

—Vuestro hijo hace dos dias que os á abandonado, señora, pues à partido con su digno compañero.

—En efecto, caballero, se ha marchado sin advertídmelo, sin decirme una palabra... yo no sé que pensar de esto... vos sabéis quizás donde està?

—No, señora, todavia nó, pero sé lo que ha hecho. A favor de una odiosa astucia à robado la hija de madama Clermont... la ha sacado fuera de su casa y metiéndola en un carruaje cerrado se la ha llevado, no se sabe à donde... por último, se ha hecho reo de un rapto, causando la desesperacion y el dolor de

una pobre madre. Ved aquí señora, y que será justamente castigado sino llegamos á descubrir cuanto antes el paradero de la jóven Emelina.

—Qué me estais diciendo?... será posible?... mi hijo raptor de la señorita Clermont! lo creo, sí, lo creo, porque es capaz de todo el muy tunantuelo... Pero caballero, os juro que no ha sido con mi consentimiento; porque una jóven sin dote y que no se conoce su familia... cómo habia de consentir que se casase con ella? Oh! ni lo consentiré nunca.

Las palabras de madama Michelette acabaron de herir á Creps en el corazon. Pero cómo Almenor habia podido conocer las relaciones misteriosas que ecsistieran entre Clemencia y Mr. Riberpré? Cómo sabia que Emelina era la hija del banquero, sin que madama Michelette supiera absolutamente nada de todas estas circunstancias?

Sacando de su faltriquera el billete que Clemencia le habia confiado, presentóselo á madama Michelette, diciéndole con voz presurosa:

—Conoceis, señora, la letra de vuestro hijo?

—Sí, la conozco!... ya lo creo, me escribe bastantes veces, para que pague sus deudas y

sus comilonas, que à Dios gracias, son hoy dias mas moderadas.

—Pues examinad este billete, señora: mirad si es la letra de vuestro hijo.

—Efectivamente, exclamò la gorda mamá examinando la carta. Oh! es su letra... tiene un modo tan particular de hacer las Q! con esos rabos de trampeta. Pero què significa? *Mr. Riberpré desea tener una entrevista con madama Clermont?..*

Creps tomó el billete de manos de la gordiflona mamá y contestóle:

—Esto seria largo de explicar, señora, pero para que vuestro hijo haya escrito este billete, es preciso que alguien se lo haya dictado; permitidme os haga una pregunta. Para robar à una jóven es preciso tener dinero. Vuestro hijo y su amigo de donde lo han sacado? Se lo habeis prestado vos tal vez?

—Oh! en cuanto á eso bien puedo aseguraros que estaban completamente escurridos. Yo le doy treinta sueldos cada dia á Aluénor para sus gastos indispensables. En cuanto á su amigo Saucissard es prudente como Job; eso me gusta de los sábios; pues ayer por la mañana le pidió cuatro cuartos á Justina para ir afeitarse; conque ya veis si estarían ó no sin un ochavo.

—V no habeis notado , señora , si os falta algo en vuestro escritorio?

—Nada , absolutamente nada , es preciso hacer justicia á los inocentes ; no se han llevado ni aun el pañuelo de los mocos.

Mas convencido que nunca estaba Creps de que el bello Almenor no habia sido el que tramaria solo este raptó ; veia en todo este negocio cierta cosa misteriosa è impenetrable , pero que él desenvolveria cuanto antes. Sin embargo , precisado de decir á Clemencia quien fuera el raptor de su hija , se alejó de la ventana , diciendo á madama Michelette:

—Señora , á la menor noticia que tengais de Mr. Almenor , al mas leve indicio que descubrais de vuestro hijo , apresuraos á ir á casa de madama Clermont é instruirla ; sino , señora , sereis cómplice del crimen cometido por vuestro hijo , y tendreis que arrepentiros terriblemente de vuestra reserva.

—Ay! Dios mio! que me amenaza , exclamó la gorda mamá ecsalando un grito doloroso.

Al momento , Justina , creyendo que atacaban á su señora , empezó á disparar su lavativa ; pero no tomando bien sus medidas , arrojó todo el líquido sobre madama Michelette (líquido que no tenia nada de oloroso) la cual

se lanzó sobre la muchacha y aplicóle un par de bofetones, que la pobre Justina recibió llorando y diciendo:

—Señora, usted perdone, os ví por detrás y creí que erais el tunante de la luna... Me he engañado.



9.

Lady Willmore.

A la mañana siguiente de su viaje à Corbeil Monvillars habia recibido muy temprano la visita de Camila. Esta deseosa de conocer el resultado del plan entablado por su amante habia aprovechado el momento en que Mr. Ribérpré se habia encaminado á la bolsa, para salir furtivamente de su casa.

La radiante sonrisa conque la recibiera su amado habia indicado á Camila que el negocio iba en popa. Monvillars la coje entre sus bra-

zos, la sienta sobre sus rodillas y fijando sus ojos negros y relucientes sobre los lánguidos y amorosos de Canila, dijo:

—Todo vá bien, querida amiga, todo me ha salido mejor que yo lo habia imaginado. Emelina no está ya con su madre.

—Será posible!.. Y desde cuando?

—Desde ayer tarde al anoecer, todo nos ha favorecido. Figúraos que llego por la mañana y no tardo en amistarne con una especie de imbécil... un bello muchacho de provincia, que está perdidamente enamorado de la jóven.

—Parece que esa niña trastorna la cabeza de todo el mundo.

—Sí, pues tiene fama de hermosa en demasia. En una palabra, mi nuevo conocido era un calaveron deshecho: dispuesto á hacer todas las locuras posibles; pero que no le faltaba mas que plata para hacer otro Lovelace ó Richelieu. Para proporcionársela y que él no sospechara nada, juego al villar con él, pierdo sesenta y cuatro napoleones, lo hago beber hasta emborracharlo y tengo á mi hombre dispuesto á todo. A favor de una carta de Mr. Riberpré se hizo salir á la madre de Emelina, poco despues la hija la siguió sin trabajo. Mi seductor ayudado de uno de sus amigos alquilo

un coche completamente cerrado, la muchacha subió à él y partieron á galope.

—Etais cierto?

—Yo no abandoné à Corbeil hasta estar completamente asegurado de que la jóven habia partido.

—Ohi! està bien, estaba segurísima de vuestra discreccion y talento. Y adonde conducen à la jóven?

—Poco nos importa, con tal de que no vengan á Paris, donde seria facil el encontrarla.

—Y su madre, sabrá ya la desaparicion de su hija?

—Es probable, que esté ocupada ya en buscarla.

—Y si viene á Paris y se dirige à Mr. Ribere?

—El banquero la mandará à paseo y la reconvenirá por haber guardado tan mal á su hija.

—Si, teneis razon, este acontecimiento no puede sino irritarlo mas contra ella.

—Yo espero que madama Clermont venga á Paris... pero en una ciudad grande y populosa pueden acontecerle mil accidentes á una muger sola y abandonada y...

Camila dejó entreveer una sombría sonrisa y mormuró:

—En efecto, aquí con oro, encontraremos de esos hombres desalmados... que viven entre el crimen y el homicidio... ¿me entendéis?

—Os entiende, perfectamente y ya procuraré todo eso.

—Si necesitáis dinero yo os lo daré.

—Gracias, como quiera que nuestros intereses son comunes, yo gastaré ahora que luego que *enviudeis* ajustaremos cuentas.

—Sí, cuando madama Clermont desaparezca entonces mi fortuna toda es para tí.

Perfectamente comprendiera Monvillars el pensamiento horroroso de Camila para que esta tuviera necesidad de explicárselo.

En este momento unos golpes violentos resuenan á la puerta del aposento. La bella Camila palidece y mira á Monvillars, entre temor y celos.

—Quién será?... *esperais à* alguien?

—No, à nadie.

—Pues para llamar de ese modo y con tanta violencia es preciso que sea visita de confianza.

—Ignoro quien pueda ser, y si quereis no abriré.

—Sí, sí, abrid, yo entraré en ese gabinete, pues quiero ver á esa persona que llama con tanta franqueza.

—Etais celosa, Camila? que locura!

—Locura ò nò, quiero ver quien es.

—Abrid.

Camila entró en el gabinete cerrò las puertas de cristales y se puso á acechar por los visillos, Monvillars abrió la puerta y el jòven Isidoro Marcelay, pálido y contraído, entró en el aposento.

—Perdonad, Mr. de Santa-Lucia, perdonad que con tanta franqueza venga á molestaros... pero soy tan desgraciado y tan infeliz que vengo á abusar del generoso ofrecimiento que me hicierais noches pasadas... vengo á contaros mis cuitas y reclamar vuestro auxilio.

Monvillars estrechó las manos del jòven con esquisita cordialidad, lo llevó al sofá y sentandose á su lado le dijo:

—Me honrais mucho, amigo mio con esta prueba de confianza y vedme aquí todo entero á vuestra disposicion. Pero estais terriblemente ajitado, os ha sucedido alguna desgracia?

—Si, una desgracia terrible, la mayor de todas para mí, pero por lo pronto... estuvisteis anoche en casa de Mr. Riberprè?

Monvillars reflexionó un momento y contestò:

—Sí, estuve.

—Y no notasteis nada de nuevo?... No habia ninguna otra jóven además de las de costumbre.

—Nò, todo estaba como siempre... Vi á Mr. de Riberpré con su mujer é hija y nada mas.

Isidoro enjugòse el frio sudor que corria por su frente y murmuró:

—No es ahí donde yo debo encontrarla.

—Pero amigo mio, explicaos... esa desgracia...

—Es verdad, perdonad, Mr. de Santa-Lucia, pues estoy loco. La otra noche os estuve haciendo el retrato de dos damas que vivian en Corbeil.

—Madama Clermont y su hija.

—Eso es.

—Me acuerdo perfectamente.

—Vos mismo notasteis el vivo interés que esas damas me inspiraban; y por otra parte, no quiero ya tener para vos mas misterios... sabed que adoro á la señorita Emelina, que la amo con aquel amor vehemente y activo, como para desposarme con ella.

—Ah! vuestra intencion es el casaros con ella?..

—Es mi mas ardiente deseo. Emelina me

ma, su madre aprueba este amor; pero otras circunstancias que no puedo revelaros, hace que este matrimonio no se lleve á debido efecto. Pues bien, ayer á la caída de la tarde, ha sido robada Emelina... Ah!

—Dios mío! robada?... yo creía que eso de raptos no existía mas que en las novelas... Pero por qué medio?

—Le han escrito á madama Clermont para hacerla salir sola, despues han ido en busca de la hija y la han robado con astucia.

—Pero... se ha descubierto algo de los raptos?... algun indicio?..

—Nada hasta ahora. Esta mañana he sabido tan horrible acontecimiento por su misma madre, que ha venido á buscarne á Paris.

—Ah! esa señora ha venido?

—Podeis figuraros cual será su desesperacion... No me atrevo á hablar de mi dolor cuando reflexiono en el suyo... Pobre madre! Ah! Santa-Lucia, vos me ayudareis, vos me secundareis en mis pesquisas?

—Con todo mi corazon, disponed de mí... Suponeis tal vez que los raptos se la traigan á Paris?

—Ay Dios mío! yo no me atrevo á hacer ninguna conjetura... Pero ah! sino encuentro

á mi adorada Emelina, me levanto la tapa de los sesos.

—Calmaos, Mr. Isidoro, calmaos... ¿Olvidais á esa pobre madre que necesita de vuestro consuelo? porque sin duda se habrá quedado en París para unir sus pesquisas á las vuestras.

—No... esa era su intencion... pero un íntimo amigo nuestro, le ha aconsejado que se vuelva á Corbeil... y en este momento acaba de partir.

Monvillars frunció el entrecejo y murmuró:

—Ah!.. madama Clermont... se ha ido á Corbeil?... Debía pues haberse quedado en París para secundaros.

—Eso mismo dije yo; pero ese amigo se la ha llevado á Corbeil y al menor indicio que descubra, me escribirá al momento.

—Y como quiera que voy yo á ayudaros en vuestras pesquisas, me participareis lo que os escriba?

—Gracias, amigo, gracias... veo que os tomáis mucha parte en mis penas.

—Que quereis? desde que os ví, que habeis simpatizado conmigo... Y esas preguntas que me hicisteis al entrar, sobre Mr. Ribérpré?... Tiene el banquero alguna relacion con esas damas?

Isidoro estuvo un momento indeciso: al cabo del cual exclamó, estrechando la mano de Monvillars:

—No puedo aun confiaros ese secreto; pero os aseguro que cuando lo penetreis, tomareis tanto interés como yo por esas damas... A Dios, os abandono, voy á correr hoy todo Paris; me parece que andando y averiguándolo todo, he de encontrar á mi querida Emelina... Ah! miserable raptor... tu sangre es la que necesito!.. Oh! desde ahora os nombro mi padrino.

—Convenido. No quiero deteneros mas. Os aseguro que por mi parte voy á correr todo Paris tambien, á ver si encontramos á ese ángel.

—Ah! cuanto os debo, amigo mio.

—Que tiene eso de particular? mañana me puede á mí suceder otro tanto... Conque hasta la noche.

—Si hasta la noche, y os participaré cuanto sepa.

Isidoro partió. Monvillars corrió al gabinete y abriendo á Camila, le dijo:

—Habeis oido?

—Todo... pardiez! que es un joven consecuente!

—Ya lo habeis oido, él me dirá cuanto sepa.

—Sí, pero ya veis, esa muger se ha vuelto á Corbeil y eso en parte destruye nuestros planes.

—Ya veremos, murmuró Monvillars reflexionando. Ella estará ahora sola con la criada... esta criada saldrá algunas veces; de modo que lo que puede suceder en Paris, puede acontecer en Corbeil.

—Lo creéis así?... Pero allí no será tan fácil encontrar gentes dispuestas á todo como aquí.

—Yo he visto al hombre que llevara la carta y tiene trazas de prometer mucho... á último de todo, volveré á encontrarlo otra vez.

—Y ese nuevo amigo que Mr. Isidoro dice que los secunda ¿quien será?

—Que nos importa! algun otro viejo Duvalin. Uno de esos que hablan mucho y no hacen nada... Oh! lo que son amigos, nunca nos faltarán que nos consuelen... pero de boca y nada mas.

—Pues bien, ya que tambien habeis empezado, no dejareis vuestra obra incompleta.

—Entiendo, amada mia... en pasando unos dias, si ese Isidoro no me ha dicho nada de nuevo, volveré á Corbeil.

—Pues bien. A Dios, es preciso que esté en casa antes que ese monstruo Mr. Ri-

berpré. Esta noche no falteis , pues tenemos visita nueva... una inglesa , recomendado por el corresponsal de Mr. Riberpré , que ha abierto en casa un crédito suntuoso à esa señora... No sé que harémos para distraer á esa inglesa , que sin duda será alguna pulcra , chocante y fastidiosa ; pero creo que tendremos concierto y un poco de baile. Cuidado que no falteis?

—Descuidad.

—Y cuidado que prosigais galanteando á mi Elvina... Pero no le habéis de amor.

—Tiene la madre quizá celos de la hija?

—Zalamero... hasta la noche.

—Sí , hasta la noche.

Y los dos amantes se dieron un estrecho abrazo.

A las diez de la noche de este día , los salones del banquero estaban invadidos por una sociedad suntuosa y elegante. Camila resplandecía por su magnífico vestido y su aderezo de diamantes , recibiendo con su agradable sonrisa los homenajes de esos hombres de todas edades , las mas veces de todas las épocas; por que el mérito está en la fortuna.

Monvillars , acordándose de la recomendacion de Camila , se mostró galantísimo con la joven Elvina que escuchaba sus cumplidos.

mientos riendo y con toda la inocencia pueril de sus pocos años.

El banquero se paseaba por todos los salones con la satisfacción de un hombre que el oro es su Dios y que lo gana en cuanto emprende.

Fortincourt acababa de llegar: apenas vió á su amigo Santa-Lucia corrió á él y le dijo:

—Buena noche, querido, como vais? Yo no me siento muy bueno, alguna trapisonada terrible se pasa en mi estómago... ó quizá no se pase nada... pero esto me inquieta, pues he tomado las píldoras de mi farmacéntico Mr. Georgello y no he tenido alivio... El apetito no vuelve... no obstante, me ha prometido componerme un cocimiento que me volverá todos mis medios... Oh! tengo una necesidad endiablada de su cocimiento... A propósito, Riberpré nos ha anunciado para esta noche una inglesa... una inglesa sumamente rica... Oh! como sea linda, plan de ataque... yo no se como diablo se le atacará á una inglesa; pero creo será como lo ordinario. Y no ha llegado aun esa lady?

—Todavía nó, pero me parece querido Fortincourt que os vereis obligado á volver á vuestras francesas.

En este momento un criado entreabriendo la puerta del salon anunció:

—Lady Willmore.

Un movimiento general se opera entre la concurrencia. Todos están curiosos de ver à esta jòven inglesa anunciada con anticipacion por el banquero. Pero es con un sentimiento mas fuerte que la curiosidad con la que Monvillars aguarda la llegada de esta dama ; por que el nombre de Willmore à despertado en su alma mil recuerdos, mil pensamientos confusos ; pero antes que el pueda con energia rechazarlos la persona anunciada entra en el salon.

Era una muger jòven , linda y elegante, aunque su ropeje enteramente negro, no le permitiese mas que una sencilla modestia en su vestido ; cada uno se éstasia y admira de la dignidad con que la lleva y todos encuentran en ella las maneras distinguidas y elegantes de una jòven francesa.

—Bien... bien , perfectamente bien , murmuró Fortincourt tocando en el brazo à Monvillars. Figura sentimental é interesante... yo desearia tener una conversacion particular con esa muger.

Monvillars no contestó nada: inmóvil, pálido y contraído . tenia sus ojos fijos en aque-

lla muger. Porque en aquella lady Willmore que acababa de entrar, habia reconocido á Valeria, la viuda del mayor Giroval.

El banquero, cojiendo á Valeria de la mano, la llevó al lado de Camila; la cual le hace una acogida amabilísima, aunque un poco contraida en el fondo de su corazon, por no encontrar en aquella dama que le presentan, el aire irónico y altanero que se habia figurado. Luego que Valeria empezó á hablar, todos conocieron que era francesa, por su puro acento y cada uno se repetia:

—Esta dama no es inglesa, sino nacida en Francia y viuda de un rico ingles, de un lord.

—Oh! para mí es igual, exclamò Fortincourt. Bien lo decia yo, esta elegancia, esta desenvoltura, no es hija sino de nuestro territorio... Pero es igual, no persisto por eso menos de mis intenciones seductoras... es interesante... melancòlica... su figura romántica bien puede pasar por inglesa. Y bien, Santa-Lucia, vos no decís nada?... Calla! donde se ha ido?

Monvillars acababa de dejar su puesto porque habia visto que las miradas de Valeria se habian vuelto hácia él y no queria que ella lo reconociese. Pasò á otro salon á buscar en que distraerse y disimular su agitacion; pero

apesar de todos sus esfuerzos , no podia encontrar calma y tranquilidad ; porque la vista de Valeria , habia herido su alma y su corazon ; al mismo tiempo habia vuelto á encender aquella pasion vehemente que aun todavia no se habia extinguido ; porque él amaba todavia con ardor à aquella muger que lo habia abandonado. Y por tanto , á este amor , se unia el odio por su traicion , el terror porque ella conocia su verdadero nombre y el secreto de sus medios de existencia. Despues la esperanza de vengarse y... apesar de todo esto, deseaba poseerla , pues este sentimiento amoroso dominaba à todos los demás.

Monvillars, terriblemente atacado por esas pasiones diversas que agitan los sentidos de un amante, no sabia que hacer ; si evitar la presencia de aquella muger que podia perderlo ó presentarse á ella.

Pero aquel sentimiento imperioso que lo dominaba , lo arrastraba de nuevo al lado de su amada , se siente atraido por una fuerza irresistible y espera someterla de nuevo á su imperio ; de fascinarla con el poder de sus miradas. Recobra su audacia y su tranquilidad de espiritu y entra de nuevo en el salon dirigiendose á Camila , al lado de la cual estaba sentada la viuda del mayor.

—Donde andais Mr. de Santa-Lucia? Mr. Fortincourt decía que os habiais marchado... bien creia yo que no nos habiais abandonado tan pronto... Permittedme que os presente á lady Willmore. Milady, os presento á Mr. de Santa-Lucia.

Diciendo estas palabras, Camila cojió la mano de Monvillars, admirándose de encontrarla fria y temblorosa. Valeria levantó los ojos para saludar al presentado; pero al reconocer en él al hombre que la habia robado á su primer marido, su rostro se cubre de una palidez mortal y sus ojos se fijan sobre Monvillars; espresando al mismo tiempo la sorpresa y el terror: en cuanto á Monvillars sus miradas se fijan tambien sobre Valeria; no como las de un hombre que desea aparecer amable y enamorado, sino como las de un asesino cuando contempla la víctima á sus pies.

Aquella mutacion tan lijera como una chispa eléctrica, no habia pasado por cierto desapercibida á Camila; tambien habia palidecido y temblado á su vez, Monvillars y lady Willmore se conocian, no habia que dudarlo; aquella muger era jóven, linda y elegante, requisitos indispensables para que los mas voraces y terribles celos, penetrasen el corazon de Camila.

No obstante, Valeria pudo soportar su emocion y reprimir su inquietud, contestando à Monvillars con una leve inclinacion de cabeza. Este por su parte bajó los ojos y balbució algunas palabras ininteligibles.

—Os habeis encontrado otra vez con milady? preguntó Camila observando cara à cara à Valeria y Monvillars.

—Yo... no me acuerdo, contestó Monvillars con aparente calma; pues si en otro tiempo hubiera encontrado à milady, debia conservar de ella un recuerdo inalterable.

—Es la primera vez que veo à este caballero; dijo à su vez Valeria. Hasta su mismo nombre me es enteramente desconocido.

—(Oh! pues es singular, añadió Camila con ironía; cualquiera que hubiera notado vuestras miradas y la violenta emocion que en vuestros rostros se operara, diria que erais antiguos conocidos; pero tal vez haya sido una ilusion mia, señora. Decidme, habeis vivido mucho tiempo en Inglaterra con milord vuestro esposo?

Valeria descontenta de esta pregunta, contestó con distraccion:

—No, hemos viajado mucho, lord Willmore, como la mayor parte de sus compatriotas, era apasionado à viajar.

Camila inclinóse á Monvillars y murmuró á su oído:

—Es en esos viajes donde os habeis conocido?

Monvillars encojióse de hombros y le contestó:

—No se lo que quereis decirme.

Y levantándose de su asiento, dirigióse á Riberpré que hablaba con Mr. Julio de Savignon.

—Mi querido Mr. de Savignon, le decia el banquero, ya teneis aquí un partido excelente.

—Mas de cien mil francos de renta, segun me lo ha afirmado mi corresponsal de Londres.

—Diablo!.. en efecto, cien mil francos de renta ya es un bocado tentador... Bien puede unos por ellos perder su libertad. No es cierto, Mr. de Santa-Lucía?

—Sí, es una ocasion peligrosísima y tentadora.

—Sin duda, para aquellos que hacen la barbaridad de enamorarse... pero para mí que no creo en esas niflerias... el amor no es mas que un cuento de hadas.

—Qué es eso? Quien habla del amor con tan poca cortesia? preguntó Mr. de Fortin-

court sonriendo y aprocsimándose al corro... El amor! el amor es mi nota favorita.

—De veras? preguntó à su vez Mr. Serinet, el viejo almirante. El amor es vuestra nota favorita? Yo creo que le poneis muchos beñoles (1) en la llave.

—Què quereis decir con vuestros beñoles, Mr. Serinet? Acaso mi corazon es alguna partitura musical?... De qué estaba yo hablando? No me acuerdo. Pero no le hace.

—Estábamos hablando de la bella inglesa, contestó el banquero; que es jóven hermosa y con dinero. Ya veis, tres cualidades tan recomendables como raras.

—De veras? No hay duda que me siento terriblemente arrastrado hacia lady Willmore.

—Pues bien, mi querido Fortincourt, serémos rivales, dijo el elegante Savignon, puesto que tambien me siento como vos, arrastrado hacia esa muger. Y vos, Mr. de Santa-Lucia? No participais de nuestras opiniones?

—Yo, señores, contestó Monvillars con una sonrisa irónica, estoy asegurado de incendio.

—Y hay mucho tiempo que està viuda esa

(1) Es una figura de la música, que sirve para bajar medio tono à la voz.

hermosísima jòven? preguntó Fortincourt al banquero.

—Habrà cerca de tres meses, ya veis que continúa llevando el luto... Lord Willmore murió en una carrera de caballos.

—Digo! montad los animales; profiero mas, en cuanto á equitacion, el trote de los burros.

Durante esta conversacion Valeria apesar de su reserva habia seguido á Monvillars con los ojos; y Camila que perfectamente conociera aquel espionaje, dijo á lady Willmore con indiferencia:

—Es un escelente caballero ese Mr. de Santa-Lucia que acabo de presentaros. Es buscado con gran ahinco en las reuniones... Acá viene muy amenudo y se inclina mucho hácia mi hija Elvina. De manera, que estoy viendo cuando el dia menos pensado nos pide su mano.

Valeria miraba á Camila con admiracion y preguntóle:

—Pero conocéis la familia de ese caballero?

—Sí, madama, es descendiente de una familia tan antigua como considerable... Mr. de Fortincourt, uno de los amigos de mi marido, elogia mucho á Mr. de Santa-Lucia que conoce particularmente.

Valeria continuó mirando á Camila con

aquella espresion tétrica y helada de la duda y no pudo disimular mas su agitacion: levantose de su asiento pretestando:

— Cuanto calor hace en este salon.

Julio de Savignon que, se hallara entonces detrás de la jóven viuda se apresuró á ofrecerle su brazo; lady Willmore lo aceptó con su aire preocupado y reflexivo e internose por los demás salones acompañada del elegante caballero que no conociendo que ella era francesa, se esforzaba al hablarla un tono y acento inglés; despues, olvidándose que llevaba luto, le pidió permiso para bailar con ella la primera polka, galanteria que le atrajo por parte de la jóven lady una buena reprimenda.

Camila viendose obligada à recibir á los tertuliantes quisiera, sin embargo, no perder de vista á su amante y esta muger que habia venido como por encanto á oponerse entre sus proyectos de amor y felicidad. Pero la llegada de Isidoro Marcelay la distrajo un momento de sus pensamientos. El jóven doncel acababa de entrar en el salon, pero pálido y convulso, apenas saludara á nadie y en todas sus facciones se pintára una espresion de tristeza tan profunda que el viejo almivarado, Mr. Serinet, dijo al mirarlo:

— Ved ahí un caballero que debe estar en-

fermo , probablemente su facultativo le habrá recomendado la distraccion y nosotros le serviremos de porcion calmante.

—Es muy cierto , dijo Camila forzando una sonrisa , si todas las personas que concurren á nuestra reunion tuviesen el aspecto de ese jóven , podian tomarse mis tertúlias por una ceremonia fúnebre.

—Dichosamente no es así , bella dama , y la presencia de ese jóven es como una sombra ligera , que hace resplandecer mas los bellos coloridos de este cuadro.

Sin notar el efecto que produciera su sombría figura , Isidoro atravesó los salones mirando hácia todos lados , como si esperase encontrar en ellos á la que buscaba con tanto empeño. En este estado penetrara en el salon del juego. Valeria , sentada á una mesa , forma parte de una partida de trespillo. A algunos pasos de ella , Monvillars , apoyado contra el quicio de una ventana , la contempla con ahinco. Mr. Fortincourt , echado en el respaldo de la silla de la jóven , la dirige mil piropos y galanteos , á los cuales la jóven se desentiende.

Isidoro , habiendo visto á Monvillars , corre hácia él ; pero este , desde que ha vuelto á ver á Valeria , todos los planes que tuviera en-

tablado, se habían desvanecido de su memoria.

—No habeis descubierto nada? preguntó Isidoro estrechando la mano de Monvillars.

—Cómo!.. Qué?.. Qué quereis decir?

Isidoro lo miró sorprendido: pero Monvillars, reponiéndose en un momento, contestó con agrado:

—Ah! perdonad, estaba tan distraído!.. Pero no he descubierto absolutamente nada. Y vos?

—Tampoco. Estoy desconsolado, he ido à la prefectura de policia, he puesto en marcha á todos sus agentes... y tal vez ni por esto sepa nada.

—Habeis recibido algunas noticias de Corbeil?..

—Ningunas. He venido aquí, no se para qué... Ah! todas esas gentes que me rodean tienen la alegría en el corazón... mientras que yo tengo momentos en que desearia suicidarme...

Valeria que sin tener el aire tan observador como Monvillars, acababa de ser impresionada por la figura pàlida y melancòlica del joven que con él hablara, volvió la cabeza hacia Mr. Fortincourt y preguntóle:

—Caballero, quien es aquel joven que

está de pie junto al quicio de la ventana? Lo conocéis tal vez?

—Sí, milady, lo conozco mucho, es uno de mis mejores amigos... Ah! Mr. de Santa-Lucia es de una probidad exquisita.

—Caballero, añadió Valeria, no os hablo de él, sino del otro joven que le está hablando.

—Oh! perdon, bella lady, perdon; creí que fuera à él, pues como los dos están juntos, es fácil equivocarlos; sobre todo cuando uno tiene su pensamiento en otro objeto que lo absorbe y... De qué estaba yo hablando? No me acuerdo. Pero no le hace.

—Caballero, continuó Valeria con impaciencia, os pregunto por aquel joven pálido que...

—Ah! sí, aquel que tiene esta noche la figura tan dramática... Oh! lo conozco mucho, es decir, no, lo conozco poco, solamente se que se llama Mr. Isidoro Marcelay.

—Parece ese joven muy sufrido.

—Teneis razon, probablemente le dolerá el estómago... Sin embargo, los dos tenemos el mismo farmacéutico. Bella lady, si habeis perdido el apetito, os recomiendo sus pil-doras.

Valeria, continuó mirando al joven Isidoro

y despues siguió la partida de trecillo, mientras que Fortincourt, inclinándose hacia ella, continuó diciendola.

—Ah! la Inglaterra! pais delicioso... que de bueyes... cuidado lady que no hablo de los ingleses, sino de sus inmensos rebaños... pais de la rica manteca, donde las calles tienen una legua de largo... me acuerdo que durante mi permanencia en Lóndres, me perdía todas las mañanas al querer recorrer la capital. Ah! delicioso pais de las máquinas, donde todo se hace por vapor... Oh! viva la Inglaterra, no es verdad, milady.

Valeria, volvióse bruscamente hacia Fortincourt y contestòle con desvio:

—La Inglaterra, es un pais horrible, un pais que detesto y al cual espero no volver mas.

Fortincourt, quedóse helado y balbució:

—Què estaba yo diciendo!.. la Inglaterra, es un pais embrollador, que apesta á sebo desde una legua y fatigasas sus calles y paseos, yo perdí los ojos en ese pais, puf que hedor, todos los chismes ingleses huelen à carbon de piedra que apestan... al momento volvíme á Francia, à mi querida Francia, y á mi divino Paris, que es la imájen del paraíso sobre la tierra.

No pudiendo Valeria soportar por mas tiempo la inaguantable conversacion de Fortincourt, levántose y entróse en un gabinete cubierto de cortinas y visillos color de violeta que le daba un aspecto sombrío y misterioso. Sobre una mesa se hallaba un album de música y de poesia. La jóven sentóse junto á ella y cojió maquinalmente un libro.

Pocos momentos estuviera allí cuando una voz harto conocida murmuró á sus oídos estas palabras:

—Señora, tengo que hablaros, decidme cuando y donde podré hacerlo.

Valeria levantó los ojos y miró ante sí á Monvillars y contestóle con voz severa é imponente:

—Caballero, no os conozco y así, nada tenéis que decirme ni yo que escucharos.

—Ah! señora, es indispensable que me escuchéis, bien sabéis que cuando tomo una resolución...

Valeria levantóse y salió apresuradamente del gabinete sin querer escuchar mas. Monvillars furioso, torciase las manos desesperado; cuando una de las cortinas se corre y aparece Camila que le dice con entrecortada voz:

—Me dirás todavía que no conoces á esa muger... pèrfido.

—Maldicion!!!

Cinco minutos despues Mr. de Santa-Lu-
cía , despediase del banquero con la mayor
afabilidad.



Humillacion y rompiniento.

Poco trabajo le costaba á Monvillars encontrar el domicilio de Valeria. Para ello no tenia mas que seguir la carretela de esta luego que abandonara la reunion del banquero.

Al dia siguiente á la una de la tarde Monvillars se dirigió á la calle de la Torre de Auvergne y entrando en el portal de una casa suntuosa, preguntò al portero:

— Lady Willmore?

— Pase usted adelante, caballero.

—Esa dama no ha salido?

—No, señor, pero no sé si estará visible.

Monvillars subió una hermosa escalera alfombrada de tapices, murmurando:

—Qué lujo! que tono!... criados con librea; una casa suntuosa y carretela, ah! el banquero no nos engañó; lord Willmore la habrá dejado una gran fortuna. Cien mil francos de renta! jamás Camila poseerá eso... Y Valeria es joven, bella y... yo la amo... sí, la amo siempre con una pasión ardiente, mientras que la otra... me es insoportable.

Monvillars entró en las galerías, en las que encontró una joven doncella elegantemente vestida.

—¿Qué se os ofrece, caballero? preguntóle la joven.

—Señorita, tengo que hablar á lady Willmore.

—Decidme vuestro nombre para anunciaros.

—Mr. Riberpré, banquero de milady.

—Tenga usted la bondad de aguardar en ese salón.

—Está bien, aguardaré con mucho gusto.

Monvillars entró en un salón resplandeciente de molduras y espejos y sentándose ante la chimenea, en la que ardía un gran

fuego , calentòse los pies murmurando:

—Vendrá , no sospecharà nada. Por otra parte , ya estoy en su casa y no será tan fácil que salga de ella sin que quedèmos acordados y unidos... probablemente entrará por aquella puerta que dà frente á la estufa. Sentèmonos de modo que ella no me conozca cuando entre.

Diez minutos se pasan en incalcmable espera; poco despues se abre una puerta y la voz de Valeria esclama al entrar en el salon:

—Perdonad , caballero , si os he hecho aguardar tanto tiempo ; pero bien sabeis que el tocador de las damas siempre adolece de mil deseos de coquetismo y presuncion.

La jòven aprocsimòse à la chinenea: Monvillars levantòse entonces y la miró fijamente. Valeria se quedó fria al reconocerlo y apenas pudo balbucir:

—Vos , caballero , vos en mi casa? No os he dicho que no queria veros ni recibiros... Ah! habeis sido muy atrevido para traspasar mi prohibicion.

—Es verdad , madama , la timidez es un sentimiento desconocido para mí... Pero sentaos , y supuesto que estámos solos , espero que no rehusareis el escucharme un momento.

La sangre fria de Monvillars , la tranquilidad con que coje un sillón , que presenta á

Valeria , redobla el despecho y la cólera de esta , la cual , tratando de moderarse un poco, sentóse diciendo:

—Está bien , caballero , así como así , esta entrevista será la última , os aconsejo que la aprovecheis. Ablad.

Monvillars se sentó á su vez y despues de haber contemplando algun tiempo á Valeria, esclamó al fin:

—Habreis quizà creido , madama , que al encontraros otra vez en el mundo, no tendria nada que deciros?.. Cuando por vos he hecho tantos sacrificios , cuando os robé á vuestro esposo el mayor Giroval... cuando tuve que batirme con él á muerte, para que me dejase libre la posesion de vuestra persona. Cuando os he amado con una pasion devoradora y entrañable , con una pasion íntima del corazon y cuando por vos he espuesto mil veces la vida , pensábais que fuera tan fementido que olvidara tan pronto vuestro desden? Y porque el hombre que á mí prefirièrais era poderoso y rico , creiais que ya por esto todo se habia concluido entre nosotros?.. Me parece que debiais conocerme mejor.

—Es verdad, os he conocido bien, por mi desgracia: ojalá hubiera sido antes de que abandonara á mi marido. Porque esta fué mi

•

primera falta, mi primer crimen, el cual fuisteis vos el que me lo hicisteis cometer. Ya veis si tengo motivo para odiaros. Es quizá para recordarme todo esto para lo que queréis hablarme? Habeis tal vez pensado que yo he olvidado estas circunstancias? No, caballero, no las he olvidado; estos recuerdos se presentan á mi imaginacion á cada momento del dia y me horrorizo cuando pienso que he sido vuestra querida... No sé porque, se apoderan de mí unos remordimientos tan crueles, un desasocio interior de toda mi conciencia... y en la noche, sobre todo, es cuando mi mente se horroriza mas; en la noche, cuando un ligero sueño vela mis párpados, entonces se estremece todo mi cuerpo, un temblor cruel me domina y veo junto á mi lecho la sombra del mayor Giroval, que mirándome con dolor y misericordia, me dice estas palabras: «Desgraciada, has vivido con mi asesino». Ah! entonces me parece morir, cierro los ojos y trato de huir de aquella fúnebre fantasma que representa á mi vista la imagen de aquel hombre herido en el corazon, y de cuya muerte he sido la causa. Y cuando llega el dia y quiero olvidar las terribles angustias de la noche, cuando pido al cielo que me perdone este horrendo crimen, entonces á la luz del dia veo

á mi lado la sombra del mayor que de nuevo me grita y me dice: «Desgraciada, tu seductor me ha matado; pero yo seré vengado, tiembla, tiembla, infelice.» Oh! caballero, esto es horrible, esto es afrentoso; ved aquí el fantasma cruel que siempre me combate... Pero ah! ahora mismo lo estoy viendo á vuestro lado y con melancólica sonrisa me señala á vos... Ah!

Valeria casi cayó desmayada: Monvillars levantóse de repente, como movido por un resorte, con el cabello erizado, pálido y tembloroso creyendo ver á su lado la ensangrentada sombra del mayor Giroval: con la cabeza ocultra entre sus manos y los ojos completamente cerrados, parecia querer evitar la presencia de aquel fantasma amenazante.

Pero al fin sus terrores se disipan: Monvillars pasóse la mano por la frente y evocando sus recuerdos, mira á Valeria un poco mas calmada, sientase de nuevo á su lado y le dice:

—Me parece, señora, que no es crimen, por cierto, si me he valido á muerte con vuestro esposo. Bien os acordareis que hice todo lo posible por evitar aquel encuentro, pero cuando nos viera en Corbeil, entonces os convencisteis, perfectamente, de que yo no podia

dejarme matar sin defenderme ; la fortuna me fué favorable... tambien pudiera haberme sido fatal. Todo esto , señora , es un asunto olvidado por todo el mundo, y me admiro, en demasía, de que un suceso tan casual , os cause insognios tan terribles y pesadillas tan desagradables. Convendreis conmigo en que no os asistia ninguna razon, para tratarme del modo tan cruel , con que vos lo hicisteis à noche. No soy yo , señora , el que debia reprocharos vuestro ingrato desden?.. Porque de qué sirvieron tantos juramentos como me hicisteis , de qué sirvieron protestas de amor y felicidad?.. De nada , enteramente de nada; porque vuestro lábio perjuro, atestiguaba sentimientos que no sentia vuestro corazon. Pero yo , que os amo todavia con el mismo ardor que antes , que os adoro , divina Valeria , y que os perdono toda vuestra mala conducta para conmigo , debo ser , hermosa mía , tratado de ese modo tan cruel conque vos lo haceis? Ya veis que no lo merezco, no, ángel mio, no lo merezco; porque os perdono y porque os amo , porque al volver á veros tan bella, tan hermosa como antes , he sentido desvanecerse todos mis enconos y todas mis protestas de venganza. Si , Valeria , sí, espero que me oigais, que os convenzais y que me améis... que

me ameis con mas verdad y delirio que hasta aquí.

Monvillars , al pronunciar estas palabras, es preciso hacerle justicia , estaba radiante de hermosura , sus ojos despedian llamas languidas y amorosas y aprocsimándose aun mas à Valeria , cayó de su asiento y arrodillóse á sus pies tratando de abrazar sus rodillas; pero lady Willmore , con un movimiento mas rápido que el pensamiento , huyó de él , diciéndole con horror:

—Yo volver hacer otra vez vuestra querida! eso jamás. Yo formar otra vez con vos nuevas relaciones! eso nunca. No lo esperéis de mí ; y me horrorizo , caballero , de que si quiera os lo hayais figurado...

—Señora , por qué no habeis de amarme? No os amo yo lo mismo que antes , mas todavía.

—Porque he tenido revelaciones crueles, porque terribles acontecimientos , que os son harto conocidos , me obligan ahora à despreciaros.

—Despreciarme! exclamò Monvillars levantándose y apretando los puños con cólera. Cuidado , Valeria , cuidado , no me irriteis...

—Os prevengo, caballero , que vuestra cólera no me amedrenta.

—Por que , un hombre que queria arrancaros de mis brazos haya dicho mil calumnias de mi , por eso , señora , habeis de odiarme?

—Calumnias! calumnias! lord Willmore no era el solo que de vos murmuraba... era si toda Florencia y sino , caballero , porque salisteis tan precipitadamente de aquel pais? Por que? Decidlo... Ah! porque habian conocido vuestras intrigas y porque no podiais permanecer allí mucho tiempo sin que al momento descubrieran que erais un malvado.

—Señora , todo lo que me estais diciendo no significa nada. En general todas las personas que pierden en el juego y que son desgraciadas en fortuna, encuentran siempre mil dictérios y blasfemias que proferir contra los hombres de buena suerte.

—Y si prescindiendo del juego, pasámos á los títulos tan suntuosos que os habeis dado, qué hemos de inferir? á qué vino aquel título tan retumbante de baron que os disteis al conocerme la vez primera ; pero bien lo conozco, era porque si os hubierais presentado á mi con vuestro verdadero nombre de Constancio Martinot, comprendisteis que entonces no os hubiera hecho caso, porque las mugeres gustan de nombres elegantes y suntuosos y el de Arnold baron de Fridzberg, que tomasteis, venia

muy propósito para lisonjearme y seducirme. Hoy día os llamais Mr. de Santa-Lucia, simplemente ; vamos , ya esto varia un poco , ya hay mas humildad en él. Decidme , caballero , os encontrareis muy apurado cuando os veais entre personas que os han conocido con vuestros otros nombres? Que me respondeis?

Monvillars paseabase agitadamente por el salon; el tono irónico é insultante con que Valeria le hablara, escitara todo su furor y enojo; pero cuando miraba detenidamente à aquella muger tan hermosa que ha sido su querida, entonces el amor renace de nuevo en su pecho y sobrepuja à los demás sentimientos. Aproximase à Valeria y le dice:

—Vos me echais en cara, faltas propias de la juventud , lo haceis quizás para encontrar un velo que oculte las vuestras?

—No , caballero , yo no trato de ocultar nada , y digo simplemente lo que es. Por otra parte , no quiero ser mas censurable á vuestros ojos , ni continuar columniandoos como decís. Quiero suponer que seais el hombre mas justo de la tierra... un caballero completo , como madama Riberpré os supone: pero de cualquier modo que sea , relaciones entre nosotros son imposibles.

—Por qué?

—Por qué! porque ya no os amo; porque os aborresco, ved aquí la razon poderosa, ante la cual se estrellarán todos vuestros discursos, todos vuestros esfuerzos, todas vuestras tentativas. Os odio, caballero, comprended bien el sentido de estas palabras, de consiguiente, renunciad á la esperanza de verme, de hablarme y de saludarme, porque desde este momento serémos extranjeros el uno para el otro. Bajo este concepto callaré, no trataré de disminuir en nada esa brillante reputacion que, en tan poco tiempo, os habeis conquistado en los salones de Paris. Pero caballero, si persistis en vuestras locas tentativas, entonces hablaré y diré cuanto sepa; y tal vez quite la ilusion á tantas personas como teneis engañadas.

—Vuestras amenazas, amiga mia, no me dan miedo; exclamò Monvillars con infinita calma. No os supongo tan falta de sentidos, como para llevar á cabo vuestros insultos. Os lo repito, por ese lado estoy completamente tranquilo. Pero vos, señora, que censurais tambien la conducta de los demás, pensais que si se conociese la vuestra, si se reveláran vuestros pecadillos ocultos, creéis, por ventura, que vuestro honor y reputacion no decaerian en nada? Pensais que si yodijera por todas partes: «Véis

¿esa muger vestida de luto, que lleva ahora el título retumbante de lady Willimore?... Pues bien, esa muger ha sido mi querida, esa muger ha vivido conmigo cuatro meses, con el mismo desenfreno y escándalo que si hubiese sido una muger pública. Por mí avandonó á su primer marido, que la habia sacado del seno de la miseria... yo mismo víme obligado, por su causa, á tener un duelo á muerte con su esposo, dejando viuda á esa muger... Pero creereis quizá, que ese luto que lleva sea por su difunto esposo; pero, ¡oh diablo! han pasado escenas muy chistosas, pues ahí donde la veis con ese aire delicado y sentimental tiene un corazon de tigre y una astucia de serpiente. Durante el tiempo que viviera conmigo presentóse un ingles, un lord, y como quiera que tenia cien mil francos de renta, era partido mas ventajoso que yo, pobre de mí, que no tenia millones; despues casóse con milord, sin aguardar siquiera que el año de viudez hubiera espirado; pero sin duda *tenian prisa* y como quiera que se halláran en país estranero, les era permitido cualquiera infraccion de la ley. En fin, para colmo de la dicha, tuvo la fortuna de perder tambien á su segundo esposo y vedla aquí ya, con título y con riquezas considerables; ahora goza de su posicion y se

habrá vuelto à Francia probablemente para hacerse de otro amante, ó quizá de dos à la vez.... ved aquí la esarta biografía de la respectable lady Willmore.»

Valeria habia escuchado á Monvillars, con aparente calma, pero la mutacion repentina de su color, la contraccion terrible de sus musculos, harto indicaran el furor y ódio de su alma.

Asi que Monvillars concluyera su narracion, Valeria lo mirò con imperio y le dijo:

—Habeis concluido?

—Ya, señora.

—Pues entonces marchaos.

Y al decir esto le enseñaba con su mano la puerta de entrada. Monvillars, que no esperaba tanto ánimo y sangre fria en aquella jóven, tomó la cosa à broma y le dijo:

—No, querida amiga, me encuentro muy bien aquí y... me quedo.

—Olvidais, caballero, que estais en mi casa.

—Al contrario, señora, me quedo por eso mismo, se que estoy en vuestra casa y por eso no gasto cumplimiento. Bah! bah! cuando hemos vivido como marido y muger, tenia yo de andar con esas etiquetas; no, señora, y como mi intencion es volver otra vez como su-

tes , ved aquí que me conceptuo en mi casa.

—Caballero! tened cuidado , por última vez os digo , que os marcheis.

—Y yo que no quiero.

—Caballero!..

—Señora.

—De veras?

—Pues claro está.

—Quereis , tal vez , que os echen mis criados?

—Quid! os chanceais , amiga mia.

Aun no habia Monvillars concluido estas palabras, cuando Valeria tiró con violencia del cordon de una campanilla , presentándose al momento un ayuda de cámara preguntando:

—Ha llamado usted , señora?

—Sí, anda y avisa á todos los criados, hasta el portero y que suban aquí al momento.

El criado desapareció.

Monvillars , pálido y contraído apenas podia creer lo que viera.

—Pero , señora , balbució , que vais á hacer? reflexionad vais á comprometeros.

Valeria, sonriose con ironia y mirò à Monvillars con desprecio: sintiéronse pasos en las galerias y entrò en el salon toda la servidumbre de lady Willmore , compuesta de los criados siguientes: un cochero , cuatro lacayos,

dos mozos de cuadra , un portero , dos cocineros , dos mozos de comedor y cuatro doncellas de servicio.

Los criados al entrar en el salon se inclinaron hasta el suelo. Valeria dirigióse á ellos y mostrándoles á Monvillars les dijo:

—Os he hecho subir á todos, para que conozcais al señor... miradlo bien... miradlo de manera que lo reconozcais aun cuando se disfrace. Yo no quiero que este hombre pise mas mis umbrales ; y cuidado portero como consentis que entre... Os prohibo, señores , que cuidado como os ocupais del menor mensaje por parte de este caballero ; el que me desobedezca perderá su empleo. Habeis oido.

Todos los criados inclinaron la cabeza y miraron á Monvillars con el mas minucioso escámen. Este , viendose objeto de la curiosidad general , palideció y bajó sus ojos hacia el suelo. Un temblor nervioso agitó todos sus miembros y en su furor impotente no encontraba palabras con que explicarse. Valeria llegóse á él y pegándole un golpecito en el hombro , le dijo con dulzura:

—Marchaos , caballero , sino mando que os echen á la calle.

Monvillars alzó sus ojos encendidos y chispeantes , lanzó á Valeria una mirada estermi-

nadora , atravesó el salon con pasos precipitados , pasó las galerias y al verse en el primer tramo ; dió una patada que hizo estremecer el pavimento y exclamó:

—Despues de una humillacion tan grande, la venganza será terrible!



11.

Los ringeros nocturnos.

Hemos dejado, ingratamente, á los señores Almenor y Saucissard, el primero fumando y elevando hasta sus orejas el cuello de su mugriento paletó, á fin de resguardarse del frío y de ser conocido por Emelina; y el segundo, en el asiento del cochero, empapado en agua, efecto de la copiosa lluvia que caía, y conduciendo el cabriolé cerrado en que iba la desventurada joven.

El caballo era muy bueno y la berlina

andaba con rapidez: de vez en cuando se oían unos golpecitos dados con discrecion á la puerta del cabriolé. Esta era Emelina, que sola en el interior de la carretela y viendo que no se incorporaba con su madre, empezaba á concebir serias inquietudes y se preguntaba así misma sino seria víctima de algun lazo. Lo que aumentaba mas su terror era el recuerdo de Garguille acordábase de los propósitos insolentes de este hombre cuando lo encontrára con su madre en la cabaña de Roberdin y temblaba cuando se imaginaba que aquel mismo hombre la habia hecho montar en aquel carruaje, que andaba siempre y no se detenía en ninguna parte. Pero en vano llamara la jóven á la portezuela, pues no recibia ninguna respuesta y Saucissard desde su banqueta se contentaba con murmurar:

—Llama, llama hasta el dia del juicio, que nosotros vamos por la posta.

De repente Almenor levanta la cabeza y dice á su amigo:

—Pardiez! he hecho una reflexion.

—Gracias á Dios que te se ha oído el metal de la voz, te salistes del cabriolé y te vinistes á mi lado para callar como un perro.

—He estado reflexionando.

—Comunicame tus reflexiones.

—Nosotros vamos á Paris.

—Perfectamente.

—Yo amo esa capital y apesar de lo que ha dicho nuestro amigo Renon... Renon... en fin, no importa, me parece que allí es mas fácil seducir á una muger que en ningun pueblo pequeño.

—Y yo lo creo asi tambien, atendiendo á que en Paris hay la facilidad de poder procurar á su bella una infinidad de placeres... Hoy la puedes llevar á los Funámbulos, mañana al teatro frances, pasado á...

—Ve ahí en lo que te equivocas. lo que no puede llevarse á cabo. Si yo hubiera robado á la jóven con su consentimiento las cosas marcharian solas; pero no oyes como llama á la portezuela?... pues por poco que grite si en llegando á Paris la jóven tiene la gracia de mandar á buscar al comisario de policía y le cuenta del modo que la hemos atrapado haciéndole creer que iba á unirse con su madre... que contestaríamos?... te parece que el apriato estaria bueno?

Saucissard quitándose la pipa de la boca y dándole un buen latigazo al caballo contestó:

—Todo eso lo habia yo pensado desde un principio.

—Y por qué no me lo has dicho?

—Toma! porque cuando tu dijiste «tengo dinero y una linda muchacha, vámonos á París» entonces me dije yo: «probablemente que él tendrá en París algún sitio conocido y seguro para ocultar la muchacha.

—Pues, chico, no sé adonde... vámos, Saucissard, ejerce un poco tu imaginación... á donde dejaremos esta carga tan divina que acabamos de pescar?

—Pues...

—Habla bajo.

—Pues á último de todos nos quedaremos en el carruaje.

—Seria inútil, no haríamos más que rodar continuamente por París, por cierto que nos divertiríamos mucho; por otra parte, tu bien sabes que mañana por la mañana tiene que estar en Corbeil el carruaje, conque busca otra cosa en tu imaginación... vé aquí, estamos ya en Drabeil y es preciso que antes de entrar en París sepamos á donde tendremos que dirigirnos... Ah! si nuestro amigo Renoncule estuviera aquí, el que á todo le hallaba salida... pero sentiria extraordinariamente que viniese á París, el me lo habia prohibido...

—Casi casi tenía razón. En un casucho de campo no hay que temer ni celadores de policía ni tricornios...

—Tambien hay allí campusinos que no desearian otra cosa, que ver parisienses robando una jovencita... Friolera! Bien fácil es que dejen de ver á cualquiera que les robe aunque no fuese mas que algunas nuecesillas! Despues, como quien no dice nada, tenemos dinero bastante; quiero disfrutar, cuanto me sea dable, de esta picara existencia... Y esto, amigo mio, no es bastante para que tambien tu te alegres?

—Al contrario... aguarda, aguarda...

—Que te ha sucedido? por qué quieres que me detenga?

—No, no, latiguea... creí que se me habia ocurrido alguna idea...

—Oh! bravo, famoso, pero al fin nosotros debemos encontrar siempre en nuestra mente alguna tunada... vaya... no se te ocurre absolutamente nada?

—Yo tengo en Paris, algunas mugeres sensibles que me han querido bien... pues aunque soy bastante picoso de viruelas, jamás me han faltado conquistas...

—Y quien puede pensar lo contrario? Antes bien, los hombres picosos de viruelas, haciendose mas raros cada dia, deben ser buscados con empeño; así como los *ánides*, que habiendo degenerado hoy dia esta especie, cual-

quiera los pagaria á un precio esorbitante!.. Pero continúa, hombre amable en grado eminente.

—Pues como te iba diciendo, he conocido algunas mugeres... no eran duquesas, pero no es esto lo que mas falta nos hace al presente. Hay una entre otras... madama Petitfour... era una muger muy buena y reparaba con mucho esmero... mi ropa blanca.

—Ah! tunantuelo! tenias entonces ropa blanca?

—Al menos, se me figura que ella la blanqueaba.

—Era ese su oficio?

—No, era vendedora de telas, pero hacia de todo... por ejemplo, el estofado lo condimentaba con extraordinaria perfeccion. Oh! bastante me he regalado en su casa!

—En fin... no es de estofado de lo que se trata en este momento...

—Pues como te iba diciendo, madama Petitfour no tenía otro deseo, que el de servirme, mediante una decente retribucion, y despues... me amaba tanto! Ella pretendia que me asemejaba mucho á un famoso mímico de la Puerta de san Martin... por atencion, al célebre *Mazarier* en *Joch*...

—O! *Joch* en *Mazarier*, no importa; pero

por Dios , hombre , donde vas á parar con tu muger sensible?

—La última vez que la ví , ya hace cuatro ó cinco años... ah! sí , bien harán los cinco años... fuè en mi último viaje à Paris; yo no te conocia aun...

—No le hace... Despues...

—Ella vivia á orillas del canal... en el muelle Valmy ó Jemmapes , no recuerdo bien su nombre ; pero estoy seguro que al instante encontraria su casa... es pasado el puente de Angulema. Por alli està todavia bastante solitario y hay varias casas edificadas en las huerter , donde se està con el mismo desahogo que en el mejor escondite...

—Continúa.

—Madama Petitfour habitaba un cuerpo de casa en el fondo de un jardin ó de un... en fin , lo que hay de cierto es, que ella estaba allí sola , sin vecinos ni en frente , ni á la espalda, ni al lado ; tanto, que yo le decia bastantes veces: «Cara amiga, si por ventura fueses monedera falsa , no podrias estar alojada mas cómodamente.

—Me parece que te he comprendido... acaba.

—Apeémonos en casa de tan sensible muger... debe de estar furiosísima conmigo , por

que todavía le debo veinte y cinco francos y varios generos que le habia escamoteado para hacerme camisas. Pero con dulces palabras, con un ardiente beso en la boca y varias monedas de veinte francos, que tú le pondrás en la mano, se volverá mas suave que un guante de cabritilla. Seguidamente nos hacemos dueños de una parte de su casa; ella tiene todo un pabellon, piso bajo y alto, que nos ceda el primero, que es lo que necesitamos, creo que tiene tres piezas; pones allí tu pequeño tesoro, y la jovencita puede quejarse ó gritar, bien segura de que vengan á favorecerla, como ahora llueven pepinos; asi es que podemos estar descuidados sobre ese punto, y además, madama Petitfour tiene un mastin llamado Porrondici, que ladra todo el dia y la mitad de la noche; por lo que respecta á esta sensible señora, la inventaremos una historia; la diremos que la elicia te adora, pero que hace melindres; ella creará todo lo que nosotros quieramos que crea, sobre todo, soltando tú las monedas, como es consiguiente; verás como nos divertimos; tendremos allí alguna persona que guarde y vele a tu bella mientras que nos vamos á pasear, porque si nos fuese preciso ser guardianes de esta niña, habria de sernos demasiado molesto. ¿Tal? ¿Que tal? ¿Que dices de mi bello proyecto?

—Saucissard, te reconozco por un gran hombre, hacia largo tiempo que te estimaba... mas hoy te venero. Yo te erigiré una estatua, cuando posea un palacio, porque estoy admiradísimo de tu proyecto; no me inquieta mas que un temor.

—¿Cual?

—El de que madama Petitfour, no se haya muerto ó mudado en el largo tiempo que hace faltas de Paris.

—Y que es un lustro demàs para una muger que ya contaba nueve ó diez?... Ella es, pequeñita, regordita... es imposible que haya muerto... Tenia en mucho estima su habitacion; así es, que no la habrá dejado por nada del mundo.

—Todo nos viene á pedir de boca, apresurémonos á llegar á la capital... Ah! Escucha, Saucissard, respecto á mi linda chica he aquí mi plan de conducta; el primer dia despues de nuestra llegada á Paris, la dejo descansar de las fatigas del viaje, lo cual es en extremo justo; el segundo me presento á ella con un enorme ramillete, le hago la corte y... le declaro mi pasion; al tercero... oh! al tercero... al tercero, amigo Saucissard, tomo posesion de... su amor. Despues de lo cual, se le escribe á su madre pidiéndola perdon y...

asunto concluido. Qué dices à esto?

—Está muy bien pensado y yo te concedo mi aprobacion.

—Ah! nosotros sabemos vivir... no somos por cierto chisgaravis.... Vamos... hala... hala... ligero... Por vida del... cualquiera diria que nuestro caballo empieza à hacerse rogar para caminar.

—Y tiene motivos para estar cansado; nos aprocsimamos ya à Villanueva de san Jorge... y trae el animal andado cerca de seis leguas al trote; imposible es que continuemos nuestro camino sin que descanse antes un poco.

—En la trasera del carruaje hay cebada y podremos echarle un pienso en Villanueva de san Jorge.

—No creo sea muy prudente el detenernos en el lugar; la chica llora aun ¿estás?

—Verdad es, aun se obstina... pero ya serán cerca de las diez... y à esta hora todo el mundo duerme en el lugar.

—No creo que sea tan tarde; pero lo mismo dá... Mas quien impide que nos detengamos un poco antes de entrar en él?

—Tienes razon y me parece será lo mas prudente: à la verdad, no hay por aquí ninguna venta en que refrescar... Pero qué importa?... En Paris nos indemnizaremos.

—Sí, sí, en Paris... boda completa.

Almenor arreó al caballo, el cual solo siguió adelante unos veinte minutos, no pudiendo caminar mas; pero los viajeros solo distaban ya de Villanueva de san Jorge unos dos tiros de fusil; por lo cual se apearon, desenfrenaron al caballo, dejándolo respirar un poco y poniendo à su disposición el saco de cebada.

Cuando la pobre Emelina advirtió que el carruage habia hecho alto, la esperanza reanimó su corazon, pensó que iban à hacerla bajar, y que al fin se encontraría cerca de su madre; porque no sabiendo que pensar en medio de los temores que agitaban su espíritu; mas de una vez creyó que Mr. de Riberpré, su padre, habria querido tener cerca de sí à su muger é hija, y que era á su poder á donde la conducian.

Pero aunque el carruage se habia detenido, nadie abría la portezuela, Emelina llama de nuevo con mas fuerza, porque la desesperacion acaba de darle energia.

—Oyes? dijo Saucissard á su amigo, paseándose á lo largo del camino para acalorarse, parece que la jóven pierde la paciencia.

—Y qué harémos? preguntó Almenor. vá á estropearse sus manecitas... estoy tentado por ir y tranquilizarla.

—Cómo! vas á presentarte à ella? Te reconocerá, gritará y...

—Verdad es... Ah! una idea ingeniosa se me ocurre... me tapo la cabeza y la cara con el pañuelo, esto disfrazará mi voz además, y de este modo... facilillo es que me reconozca... eh?...

—Deja hombre, esa idea es absurda, tendrás el aire de un bandido italiano y...

Almenor desdoblò su pañuelo de batista, se envolvió en él la cabeza, volvió el sombrero del revés, abrochóse el paletó y disfrazado así, abre la portezuela del carruaje.

Al ver aparecer delante de sí un hombre con la cabeza envuelta en un lienzo blanco, Emelina, asustada esclama:

— Ah! Dios mio!.. quien sois? que quereis hacer de mí?

Almenor trata de dar á su voz un metal, de que no es susceptible y contesta:

—Tranquilizaos, jöven interesante, no se ha tenido intencion jamás de haceros el menor daño; por lo tanto, es inútil que os lastimeis los dedos llamando á la portezuela.

Donde está mi madre señor? dijeronme que me conducian cerca de ella, y no llegamos... donde está pues?... Me habrán engañado?... donde estoy?

—Señorita, estais en el camino real!... pero tranquilizaos... no es nuestra intencion la de domiciliarnos aquí... así que el caballo haya descansado, continuaremos nuestro camino al escape... por lo que respecta á vuestra señora madre no debeis tener por ella cuidado alguno... en este momento probablemente estará sentada á la copa calentándose los pies y las pantorrillas...

—Oh! Dios mio!... no es pues hacia ella adonde me llevais?... quiero volver á sus brazos... quiero bajar de este carruaje.

Conociendo Almenor, al punto, que acababa de decir una barbaridad, no sabia que responder á Emelina cuyas quejas se hacian mas apremiantes; cuando Saucissard viendo que la discusion continuaba con mas ardor y temiendo el encuentro de algun viajero, saca lijeramente de su bolsillo un viejo pañuelo encarnado, casi hecho girones, cubrióse la cara con él y se presentó de repente tras de Almenor, gritando con voz amenazadora:

—Voto á los diablos! ¿No tendrá fin esta conversacion?... O será que acaso no podremos ser buenos ni estarnos quietos?... Si vuelvo á oír la mas mínima queja, mata á la madre, á la hija y á toda la generacion

Al aspecto de esta fisonomía encarnada,

adornada con un ojo (que un agujero del pañuelo dejaba ver) Emelina dà un grito de estremecimiento, lánzase al fondo del carruaje, y cae sobre la banqueta... habia perdido el conocimiento.

—Creo que està desmayada; dijo Almenor.

—Eso es lo mejor que puede haber hecho, contestò Saucissard; y si continua asi á nuestra entrada en Paris, al registrar en las puertas el carruaje, creerian que duermes y estábamos fuera de peligro. Volvámos à montar y látigo en el caballo...

—Y vayas á dejar en este estado á esta pobre jòven, sin socorrerla, sin rociarla con una poca de agua ó con vinagre?..

—Y crees tú que ese desmayo la causa algun daño? Una muger puede estar asi veinte y cuatro horas, sin que le cause el mas leve dolorcillo... asi es que, hay mugeres que se desmayan por gusto; prueba de que esto no les causa daño alguno... Vamos, pronto, en marcha.

Cierran la portezuela, ambos amigos vuelven à tomar asiento en el pescante y rompen la marcha; el caballo que ha comido bastante cebada, ha recobrado las fuerzas y el va-lor, en algun tanto, vá à gran trote, ninguna ruides se oye en el interior del carruaje, ya

no llaman à la portezuela. Almenor, que no tenia mal corazon y que era mas tonto que picaro, dijo al cabo de un rato à su compañero...

—Ya no grita... no llora...

—Escelente! tanto mejor!.. arrea el caballo... henos ya en Charenton, ya pronto divisaremos à Paris.

—Pero yo estoy bastante inquieto... si por desgracia esa chica estuviese mas mala... si fuese à morirse... Oh! no quiero que la suceda daño alguno.

—No tengas miedo, hombre... que tonto eres! No te he dicho ya, que un desmayo no es peligroso, he sido estudiante de medicina y sè bien lo que me digo.

—Y qué necesidad tenias de haber llegado con la cabeza forrada en encarnado? Estabas horrible, y no viendosete mas que un ojo, parecias un vampiro ò cosa por el estilo...

—Aconséjote que no me vituperes, me debes nuestra salvacion... Ya estaremos en la barrera... detente... voy à colocarme junto de ella, y à hacerme el dormido, que será lo mejor.

—No, veamos antes como está colocada y si parece dormida.

Parause. Abre Almenor la portezuela. El-

melina estaba todavía sin conocimiento, la coloca en el asiento lo mejor posible, y en seguida continúan su camino; llegan á la barrera. los empleados se presentan á hacer el registro de costumbre, abren el carruaje y miran el interior con su linterna, los dos amigos sentados en la delantera de él se hallaban bastante temerosos, mas los empleados vuelven á cerrar la portezuela con prontitud, diciendo:

—Continuad vuestro camino... trais una dama que duerme bien.

—Oh! dijo Almenor cuando pasaron de la barrera, no las tenia yo todas conmigo.

—Y donde estaríamos nosotros ahora, dijo Saucissard, si tú, niña hubiese estado gritando como ahora poco? Te digo que Venus se ha declarado á nuestro favor; ahora ganémos la plaza de la Bastilla, y allí en lugar de seguir los boulevards, seguiremos la orilla del canal. Yo encontraré la habitacion de Gisela...

—Quién es esa Gisela?

—Es el sobrenombre de mi dama sensible, á ella le agrada extraordinariamente que la llamen así.

El caballo estaba derrengado, y solo á fuerza de latigazos se le podia hacer caminar; en fin, ya estaban á orillas del canal, y al ca-

ho de algun tiempo Saucissard, que llevaba la cabeza algo inclinada adelante para reconocer los sitios, esclama:

—Detengámonos! Ya hemos llegado; dame algunos luises, que eso franquea el camino en todas partes.



42.

Almenor en París.

Los dos amigos se hallaban ante una pequeña casa, cerrada por una puerta angosta y baja.

—Me parece imposible que pueda entrar aquí nuestro carruaje: dijo Almenor.

—No se trata del carruaje, sino de tu bella. Espera que voy á llamar... lo que es menester que nos respondan, pues ya debe ser mas de media noche y la hora no es la mas apropiada para visitas.

Saucissard se apea y llama à la puerteci-

lla, nadie respondió á pesar de haber llamado dos veces: por fin, al tercer campanillazo abrióse una ventana del piso alto y apareció una cabeza diciendo:

—Quien llama? Sois vos, madama Petitfour? Por ventura habeis olvidado vuestra llave?

—No es madama Petitfour la que llama, sino amigos suyos, que vienen de viaje y desearian verla.

—Cómo! á la hora que es?... En fin, no sé si habrá venido, porque tenia un billete esta noche para ir al Circo... y como allí se acaba tan tarde...

—Señora, tenga usted la bondad de llamarla y decirle que está aquí Saucissard, que acaba de llegar de... Argel... estoy en que se alegrará mucho de verme.

La vecina, que es una buena muger, sale de su cuarto y atraviesa un pasadizo que está detrás de la casa, para ir á llamar á la persona que habitaba en el pabellon del fondo: madama Petitfour no se habia desnudado aun, porque en efecto habia ido á matar la noche al Circo: al oir el nombre de Saucissard, se apresuró á bajar y abrir la puerta llevando preavidamente una linterna en la mano.

El caballero, picoso de viruelas, reconoce á

su bella sensible , y yendose à ella , le aplica dos ruidosos besos en las mejillas para darle á conocer que trataba con un antiguo amigo. Madame Petitfour es una muger de unos cincuenta años , pequeña y muy gruesa , segun habia dicho Saucissard: jamás habria sido linda ; pero al presente era horrible , pues sus ojillos estaban casi siempre llorosos y su nariz , continuamente atacada de tabaco , parecia querer luchar con sus ojos , haciendo en su arrugada tez un conjunto de manchas de diversos matices.

—Cómo! sois vos? ya estais aquí , picaruelo? preguntò madama Petitfour contemplando á Saucissard con aire entre enternecido è incòmodo. Gracias á Dios! ya yo os creia enterrado hacia largo tiempo ; no escribir nunca... y no haberme enviado mis géneros...

—Gisela , de eso hablaremos mas tarde y apareceré á vuestros ojos mas blanco que la nieve; por el pronto, he aquí de qué se trata. Uno de mis mas íntimos amigos... casi pudiera decir mi hermano , ha robado una jóven encantadora , á quien adora y con la que trata de casarse... pues nosotros no hemos obrado así sino con un motivo respetable; pero ahora , no sabiendo donde alojarnos con esta jévn , me he acordado de vos , aprecias-

bilísima Gisela , que poseéis un pabellon muy cómodo... un piso bajo , otro primero...

—Pues era eso lo único que faltaba!.. Vais á traerme aquí mugeres , eh?.. Ya está usted fresco... estar tanto tiempo sin ver al caballero y luego se nos entra por las puertas á euredarla con sus queridas!

—Gisela , todavía no os habeis enterado; no es de mí de quien precisamente se trata por ahora , sino de mi amigo que algun dia será... millonario , de una señorita de familia esclarecida , ilustre... que se ha dejado robar gustosamente... pero que nos hallamos en el caso de no saber donde llevarla... y si me he acordado de vos tambien , ha sido para proporcionaros un buen *negocio*. Creiais acaso que nosotros queriamos alojamiento gratuito? Estais equivocada , amiga mia; mi amigo es generoso... tomad , eso no es mas que alguna cosa á cuenta del gran regalo que os haremos luego.

Diciendo estas palabras , Saucissard puso seis napoleones de oro en manos de la tabacosa dama; la cual , al ver las monedas , cambia de repente de modales y contándolas , exclama:

—Ciento veinte francos... espera... espera... esto no es desagradable y así bien podemos entendernos... Este pobre Saucissard...

no he podido nunca olvidarlo... siempre tan gracioso y tan...

—Mas tarde hablaremos de eso. Voy á decirle á mi amigo que haga venir aquí á su bella ó al menos que la traiga: pues ella está durmiendo como un lirón... pero con el carruaje que hacemos?

—(Oh! en cuanto á eso, caro amigo, bien veis lo imposible que es hacerlo entrar en la casa...

—Pues bien, hasta por la mañana ataré el caballo á la puerta, y en siendo de dia me lo llevaré; así, ya estamos convenidos, nos cedéis el primer piso...

—Sois muy dueño de todo, ¿y á vuestro amigo le acomodará lo que hay?

—Descuidad por él, que es un hombre generosísimo... al menor desembolso que hagais, á la menor incomodidad que por su causa os tomeis, os lo pagará triple de su valor... ya vereis que regalo os hace cuando se case... puede que hasta tengais un interés en la casa de comercio que vá á establecer.

Madama Petitfour en medio de los transportes de su imaginacion, se figuraba soñar; por ver realizados tales ofrecimientos, habria cedido toda su casa de buena gana y aun si hubiese sido posible se habria acostado en la ca-

lle. Saucissard habia vuelto al lado de Almenor, al cual dijo:

—'Todo está ya arreglado y la casa á nuestra disposicion... hagamos entrar la niña.

Ambos amigos abrieron la portezuela del carruage; Emelina se habia recostado en la banqueta y estaba en la mayor inmovilidad; Almenor la tomó en sus brazos, y la bajò con la mayor precaucion, diciendo à su amigo á media voz:

—Por vida del... no se mueve, ni aun respira... que quiere decir esto? estará muerta? Pobre chica!... me arrancaria las barbas si tal fuese.

—Tranquilízate, no es mas que un desmayo... ya la harémos volver en sí... con un poco de vinagre está todo hecho... Espera, que voy á atar el caballo á esta reja... pero lo mas malo es que no tengo con qué... en fin... el látigo servirá de cuerda... así como así, voy á levantarme antes que sea de dia, á subir al carruage y á conducirlo hasta la barrera, donde conozco á un buen muchacho que por una moneda de cuarenta sueldos y un vaso de vino lo conducirá hasta Corbeil.

Por fin, quedó atado el caballo, y Almenor llevando en sus brazos su preciosa carga, siguió á madama Petitfour que iba alumbran-

do con su linterna; atraviesan un largo callejon resguardado de paredones, llegan á un pequeño jardin cercado por un emparrado, y por fin penetran en la casa.

—Parece que esa jóven señorita, tiene un sueño bastante profundo, pues no se mueve ni se despierta; dijo madama Petitsfour, que por varias ocasiones habia dirigido sus miradas hacia Emelina.

—Respetabilísima, señora, dijo Almenor, entrando al mismo tiempo en una pieza del piso bajo, y buscando con la vista donde poder depositar á Emelina, empiezo á creer que el carruage la há hecho mal, pues veo que está desmayada... Saucissard asegura que esto no es nada... Encontrarèmos aquí lo necesario para prestarle algun socorro?..

—Ciertamente, caballero, pues tengo en mi casa una botica completa. Oh! soy una muger sumamente precavida... y además, confieso que le tengo mucho miedo á la muerte... En tiempo del cólera, figuraos que tenia un gorro, el cual empapaba diariamente en alcanfor; un cinturon embastado con tomillo y laurel, esto hace arrojar los malos aires... Además, llevaba tambien cabezas de ajos en todos mis bolsillos y antes de meterme los algodones en las orejas, tenia cuidado de mo-

jarlos en vinagre de yema... Seguidamente...

—Basta, Gisela, basta, estais con tanta calma viendo que mi amigo está incómodo con esa jóven en sus brazos?... A ver, pronto, una cama para esta niña... ligero...

—Venid, caballero, seguidme al primer piso... Ah! Dios mio! Saucissard, que calvo estais, casi no teneis pelo... Qué habeis hecho de vuestros cabellos?

El caballero picoso de viruelas, se habia quitado el sombrero al entrar en la casa; la pequeña señora habia visto por primera vez su calavera completamente rasa, y este era el motivo que habia dado lugar à su exclamacion.

—Bien está, no se trata ahora de mis cabellos... Guíadnos, Gisela.

Suben al primer piso: el cuarto estaba adornado de muebles todos á cual mas desmantelados; sillas amarillas, sillones de caoba, de pino, de todas clases de madera, rivalizando todos por su antigüedad y por su mal estado: se conocia, à legua, que eran muebles comprados en baratillos y en diferentes épocas; pero sin embargo, en una alcoba bastante reducida, habia una buena cama; madama Pettifour la reservaba para... una de sus hermanas, que solia pasar algunas veces el verano en Paris.

Depositán á Emelina en esta cama; ma-

dama Petitfour trae algunos frascos y hacen respirar esencias à la jòven ; Saucissard le echa agua fresca en el rostro , y por fin , vuelve en si, entreabre los ojos; pero su mirada era vaga algunas palabras sin sentido salen de sus labios , de las que solo se pudo comprender el nombre de su madre repetido varias veces, volviendo à cerrar en seguida los ojos como si temiese ver à las personas que la rodeaban.

—Esta jòven està mala , dijo madama Petitfour , casi puede decirse que no conoce à los que están cerca de ella.

—Eso no me admira , dijo Saucissard , es efecto del movimiento del carruaje ; es preciso acostarla y dejarla dormir , que mañana ya estará buena.

—Sí , dijo Almenor , pero seria necesario que alguien se quedase à velarla , puede que quiera alguna cosa à media noche , beber ó... señora , podriais vos hacerme el favor de quedaros velando à mi desposada?... Yo y Saucissard , estàmos algo cansados , y vamos à dormir como dos topos...

—De muy buena gana caballerito , yo la velaré con el mayor esmero y pasaré la noche à su lado... Oh! no será la primera vez... bastantes enfermos he cuidado , y bastantes paridas tambien... entre otras la muger del carbonero

del lado, que parió dos niños juntos, es decir, dos mellizos, uno de los cuales no se podía distinguir bien, á que sexo pertenecía... fué necesario...

—Basta, Gisela, volveis á empezar con vuestra charla?... acostad pronto á esa jóven, que nosotros nos vamos abajo... allí, probablemente habrá alguna cama?

—Sí, la de mi criada, cuando la tengo, porque ahora he resuelto no tener ninguna, en razon á que todo lo roban, y rompen cuanto hay... Dios mio! hace cinco años teniais algun cabello, pero ahora no se os encuentra ni aun para remedio...

—Gisela, por Dios, dejad mi cabellera tranquila, al menos por ahora... no teneis nada que darnos de cenar, aunque sea solo para amortiguar un poco el apetito del viaje?... todo se os pagará en monedas de oro.

Madama Petitfour, sacó de un armario una botella de anisete, la cual entregó á Saucissard, diciendole:

—Abrid la alacena que hay abajo en el comedor, no encontrareis gran cosa, pero... como ha de ser?... yo no os aguardaba... ¡Jesu! que se yo lo que me dá de veros así, con tanta boca abierta pidiendo de cenar...

—Canario! no acabaremos nunca de char-

lar?... Vente, Almenor, estoy rabiando de hambre y además tengo mas sueño que un gato...

Almenor miraba con inquietud á Emelina que respiraba con dificultad, y cuyas encendidas mejillas, anunciaban una violenta calentura: la recomendò nuevamente á la gorda señora, á la cual entregò una moneda de veinte francos: esta, creyéndose quizá que tenia en su casa á *Monte-Cristo*, en persona, se deshacía en cortesías y ofrecimientos; y se llevó haciéndolas largo tiempo, á pesar de estar ya ambos amigos en una habitacion del piso bajo, cenando en buena paz y compañía, lo que encontraron en la alacena.

—Tengo el temor, de que mi amada amanezca mañana enferma! dijo Almenor bebiéndose un vaso de anisete.

—Toma! si amanece mala, yo la curaré; desemida, chico.

—Si durará esto mucho?

—Nadie nos corre, aguardarémos; lo único malo es, que tengas que retardar el momento de tu dicha... para luego disfrutar de él con mas reposo. Qué tal, he dicho algo?

—Saucissard!... yo no estoy tranquilo y... no se por qué; pero... se me figura que tengo remordimientos.

—Sientes haber robado á una jöven rica y que odoras?

—No... pero... y si muere aqui por desgracia?

—Vaya! acaso se muere uno á los diez y siete años, por una calentura?... Me haces reir con tus escrípulos de monja.

—Y si està mala, como creo ¿quien la curará?

—Petitfour vale por diez médicos... y en ese caso ya veriamos lo que se habia de hacer... Por lo pronto acostémonos... y durmámos... mañana será de dia...

Acostáronse ambos en una mala camilla: no tardando en roncar á compás, al dia siguiente cuando se levantaron ya era bien tarde.

—Voto á los demonios!... dijo Saucissard, levantándose á toda prisa, y nuestro carruage?

Echa á correr hacia la puerta de la casa que dá al canal, pero en vano buscó con la vista caballo ni carruage, pues estos habian desaparecido: el hombre calvo vuelve con aire triste y meditabundo, á donde estaba Almenor, diciendo:

—Nada!

—Qué dices, Saucissard?

—Ni caballo, ni carruage... los habrán

puesto á la sombra; ò alguno que iria de partida de campo, se habrá servido de él...

—Lo malo es, que el hostelero de allá vá á gritar como un condenado en cuanto se le diga... pero no le hace... en siendo yo esposo de Emelina, se le indemnizará bien... Ahora vámos arriba á saber de ella.

Esta habia pasado toda la noche sumida en una fuerte calentura, y en un delirio espantoso, como era consiguiente, despues de los sobresaltos y angustias de que habia sido presa la víspera.

—Esta señorita está bien mala, dijo madama Petitfour, dando un suspiro al contemplar de nuevo á la clara luz del dia, la calva cabeza de Saucissard; no ha descansado ni un momento esta noche, (y yo por el mismo consiguiente, apesar de que á mi se me dá poco cuidado, pues estoy bastante acostumbrada á velar...) ha tenido un gran delirio, en medio del cual ha dicho varias veces que van á hacerla morir de desesperacion, así como á su pobre madre á la cual no ha cesado un momento de llamar.

—Eso no tiene nada de extraño, dijo Saucissard, es efecto de la calentura; una señorita, aun cuando se deje robar voluntariamente, siempre le causa alguna emocion... y despues,

esta le tiene mucho miedo à su madre , que por la menor cosa la ponía à pan y agua. Pero en fin , podreis cuidarla bien , Gisela?

—Oh! en cuanto á eso valgo por tres doctores... tengo remedios para todas las enfermedades... ya le he hecho un cocimiento de tila y de hojas de naranja agria... es muy tónico y ayuda mucho á la digestion... Además , allí cerca vive una señora , que ha sido comadre de parir y á la cual podría consultar en caso necesario...

—Haced todo lo que os plazca , no escaseis nada ; dijo Almenor llevándose la mano al bolsillo , del cual , por esta vez , solo sacó un palillo de dientes ; la vida de mi prometida me es tan cara como la mia propia.

Y el bello señorito , acercándose á la cama de la jóven enferma , tomó una de sus manos calenturientas y la llevó à sus labios ; despues con lastimosa faz la puso sobre su corazon contemplando largo tiempo á la que no lo podía reconocer.

Como Almenor se estuviese en esta posicion , de pies al lado de la cama algun tiempo , Saucissard se acercò á él , y tirándole de la levita , le dijo á media voz:

—Hombre , vas á pasar aquí el dia contemplando à tu niña enferma?... haces el pa-

pel de tierno amante, en muy mala ocasion, pues no vé tus transportes.

—Ah! Saucissard!.. tienes el corazon de piedra berroqueña!..

—Estraño la pregunta, cuando ves que acabo de recomendar á Gisela que la cuide bien; ya sabes que toda enfermedad es menester dejarle seguir su curso; esta dia llegará en que se cure... mas nosotros que disfrutamos de buena salud, nos sé porque razon nos hemos de estar aquí papando moscas... ¿No tienes todavia ganas de almorzar?

—Sí, pero quisiera algo de tenedor.

—Pues vamos; nos dijemos adormecer el apetito; en marcha.

En seguida recomendaron de nuevo á Emelina á los cuidados de madama Petitfour, y salieron diciendo que volverian mas tarde á saber de la enferma.

Ambos amigos fuerõnse á la gran hosteria de Felipe, en Montorqueil, donde almorzaron abundantemente y con gran descanso; en seguida se trasladaron á Palais-Royal, y entraron en un café, donde se estuvieron jugando al villar hasta bien tarde; despues comieron con el mayor apetito, yendose á la comedia y volviendo de nuevo al café donde cenaron exquisitamente, bebiendose además unas

cuantas copas de ponche , regresando en segunda á casa de madama Petitfour despues de las dos de la madrugada , completamente ébrios.

—Yo estaba bastante inquieta por la tardanza , dijo la gorda señora al abrir la puerta à los dos camaradas. Me dijisteis que vendriais en el resto del dia y ya es mucho mas de la media noche.

—Verdad es, Gisela , respondió Saucissard agarrándose de la pared para no caerse ; pero nos han detenido asuntos urgentisimos: preguntadse lo sino à mi amigo Almenor ; desde esta mañana , no hemos podido disponer ni de un minuto.

—Es verdad , respondió el bello jòven (que aunque no estaba tan ébrio como su compañero , no podia sin embargo , hablar muy claro), el tiempo se pasa bien pronto en Paris , apreciabilísima señora . no bien ha acabado uno de almorzar , se encuentra con que ya es hora de comer... Pero dadme noticias de nuestra enferma , porque estoy sumamente inquieto.

—Ah! tiene calentura cerebral , maligna, pútrida , biliosa , la cripe... qué se yo! no podrè deciros á punto fijo lo que tiene ; pero mi vecina , la comadre de parir , ha venido à verla y ha aprobado todo lo que yo le he he-

cho... y esta noche pienso velarla tambien.

—Bien, bien, hacedlo así; todas las molestias que os tomeis, serán recompensadas grandemente.

—Sí, sí, murmuró Saucissard, si es una enfermedad, será menester que se trate de cortarla... la naturaleza tiene sus escigencias... y en particular la de las mugeres... En fin, Gisela es una excelente muger para curar enfermos... ella la velará, no hay que dudarlo... En cuanto á nosotros vamos á acostarnos...

Acto continuo fueron á acostarse, mientras que madama Petitfour fué á velar á Emelina, diciendo:

—Yo no sé si el enamorado estará muy inquieto por la enfermedad de su amante... pero me parece que esto no le priva de que se enide bien... Pícaros hombres! Malignos! Son insensibles!

Al dia siguiente volvió á repetirse la escena de la víspera: Almenor subió á ver á Emelina, se sentó á la cabecera de su cama y la estuvo contemplando; la cual continuaba en su delirio: el jóven la tomó la mano y la llevó á sus labios, pareciendo profundamente conmovido: en este acto subió Saucissard y tirándole del brazo, le dijo al oido:

I. A. — II. — La literatura económica popular.

—Vamos á almorzar ; si quieres llevarte de mi consejo , irémos à la hostería de la Râpie, para variar y, al mismo tiempo, para probar aquellos pastelillos de pescado...

—Sea pues , dijo Almenor , vamos à la Râpie.

Y volviéndose hácia madama Petitfour, le recomendó de nuevo la enferma: en cuanto à Saucissard, se hizo de una llave para la puerta de la calle , à fin de entrar á la hora que le conviniese, sin incomodar para nada á Gisela.

Pasáronse diez dias de este modo: Emelina siempre en el mismo estado; luego que el delirio se le pasó , un desfallecimiento total se apoderó de ella ; casi no tenia fuerzas para pronunciar algunas palabras inconexas, las cuales siempre eran las mismas.

—Mi madre... Dios mio! quiero ver á mi madre.

Almenor y su fiel compañero salian por lo regular toda las mañanas despues de haber subido à informarse del estado de la enferma, no dejaban de decir á su huespeda que volveriad en el resto del dia , pero no volvian hasta la media noche , ébrios como cubas.

Al onceno dia , Emelina estaba un poco mas aliviada , habia dormido la noche ante-

rior, y á la mañana siguiente su delirio habia cesado y habia preguntado en donde se hallaba; madama Petitfour, siguiendo las instrucciones de Saucissard, le habia respondido que estaba en S. Cláudio, que no tenia para que inquietarse, pues la persona que allí le habia conducido tenia las mejores intenciones respecto á ella. A esto habia contestado Emelina que, queria ver á su madre, de la cual la habian separado y que vivia en Corbeil, que allí era adonde deseaba que la llevasen; y que indudablemente se moriria de tristeza si la tenian mucho tiempo separada de su cara madre.

Cuando los dos amigos subieron á informarse del estado de la jóven, madama Petitfour se apresuró á noticiarles de lo que le habia dicho; Almenorito se rascó la oreja y pensó si debería presentarse á Emelina y declararle la verdad y sus intenciones respecto á ella; consultó á su amigo, acerca de esto, y despues de reflexionar maduramente, toma Saucissard la palabra y dice:

—La señorita está en un estado demasiado débil todavia... y si te presentas á ella, tu repentina vista podrá causarle un efecto funesto en verdad... me consta que eres elocuente y seductor; pero estara bien que aguardes un

poco de mas tiempo , para hacer tu declaracion... cuando la muchacha esté mas fuerte y restablecida.

—Tienes razon , dijo Almenor , tu consejo es digno de Sully... Ya sabes á quien me refiero , á aquel consejero de Enrique VI... Aguardaré á que mi niña esté en punto de caramelo... No he aguardado diez dias? Pues qué son algunos mas? despues me indemnizaré...

—Y qué , no quereis ver á la señorita? preguntò madama Petitfour.

—No , Gisela , no querèmos verla hasta tanto que no esté restablecida del todo , contestò Saucissard. Pero entre tanto pon atencion de lo que voy á ordenarte... un esquisito cuidado con la enferma... y sobre todo, no la dejes salir del pabellon, aunque se desespere.

—Oh! sí , exclamó Almenor , es indispensable que no la vean , que no la sientan y que no la oigan. Figuraos , mamaita , que esa jóven nos representa un millon y que si la dejais escapar, es de un millon del que teneis que responder.

—Tranquilizaos , pues la jóven en largo tiempo no estará en estado de correr... Pero, Dios mio! Saucissard , yo no puedo aco-

tumbrarme à vuestra pelada cabeza... por que no os haceis de una peluca?

—Gisela, por agradarte, voy à untarme, de aquí en adelante, unto de leon, lo cual me hará crecer unas melenas como la de este animal. Pero cuidado con la enferma.

—Y sobre todo, dadle gusto en cuanto os pida, replicò Almenor. No temais gastar mucho, pues yo soy el que pago.

Despues de haber dado estas instrucciones à madama Petitfour, salieron los dos amigos. Dirijiéronse à Palais-Royal y se desayunaron en la *hosteria de los provinciales*, Almenor gastaba dispendiosamente el dinero que habia ganado à Monvillars, pero como no habia agotado mas que la mitad, no veia la necesidad de economizar; mucho mas, cuando su casamiento era con la millonaria.

Despues de pasar cada dia en un café diferente; Saucissard dijo à su amigo con voz dulce:

—Ya hemos visitado los mejores hosteleros de Paris, será preciso por tanto buscar género nuevo... Quieres tú que provémos hoy una *hosteria del género-inglés*, con su comida *idem*?

—Yo quiero probar de todo: por otra parte; desco instruirme en las ciencias de las co-

cinas , conque vamos ayá... Donde dices tú que está esa?

—Detrás de la Magdalena, dicen que hay una hostería esacta , esactísima, como si estuviera en Lóndres.

—Tanto mejor, con eso yo que deseo conocer à Lóndres, me ahorraré el trabajo de pasar la mar.

Fácilmente los dos amigos dieron con la taberna indicada por Saucissard. Entraron en una sala adornada con infinitas mesas , casi todas ocupadas ; porque la concurrencia es numerosa, pues muchos parisienses desean conocer la cocina de ultramar y los guisotes de Inglaterra.

Entretanto , Almenor y Saucissard se sentaron en una mesa ocupada ya por dos individuos que , en sus maneras y fisonomías , revelaban al momento que eran dos hijos de la Gran-Bretaña.

Los ingleses mascaban y tragaban con aquella flemma y pasimonia que los caracterizan en todas sus acciones ; apenas hablan à los mozos , siempre hayan medio de hacerse entender por signos y por gestos, y al menear las quijadas , apenas cambian algunas frases entre sí.

No es de este modo como se portan los dos

vecinos que acaban de llegar: Almenor chillaba, pateaba y grita à cada instante à los galopines: Saucissard hace otro tanto, creyendo debe imitar à su amigo; de consiguiente, ellos dos, arman mas ruido y algarabía, que veinte ingleses juntos.

—¿Cómo! no nos han puesto servilletas?... Muchacho, tráte servilletas, exclamó Almenor.

—Mira que aquí estamos como en Inglaterra, dijo Saucissard, y las servilletas son miradas en ese país como un género inútil.

—Vaya un asco! Y dime, donde se limpia uno la boca y los dedos?

—En las boca-mangas de las levitas.

—Mesa, Saucissard, tan desaseada y económica no entra en mi cálculo. Caya! y qué es esto que nos han traído de almorzar?

—Cerbeza.

—Pardiez! creen acaso que yo me desayuno con cerbeza, para echar las tripas? No necesitaria de mas. Muchacho, tráte vino... tráte Champaña, nada mas que Champaña, anla ligero.

Y Almenor, aprocsimándose à su amigo, continuó à media voz:

—Ves tú, Saucissard, tenemos dos ingleses al lado nuestro, y es preciso que les enseñemos como vivimos nosotros. Tú comprendes

que nuestro honor consiste en beber mucho; de consiguiente, es preciso que las botellas desaparezcan como por encanto, para demostrar nuestro patriotismo.

—Tienes razon, es indispensable hacerles ver que somos franceses.

Nosotros sabemos perfectamente que, estos dos señores, no necesitaban estímulo alguno para beber como dos cubas; no obstante que la vista de los ingleses les hizo escederse aun mas de lo acostumbrado. Las botellas de Champagne se cruzan y se consumen con una rapidez tan extrema, que llena de admiracion á los británicos vecinos: Almenor, encantado de la admiracion que produce á cada botella que agotan, mira al inglés que tiene en frente, se sonrie y con voz gangoza murmura:

—Asi es como vivimos nosotros, gran camuezo, y no como ustedes que parecen autómatas animados.

Saucissard aprueba lo que dice Almenor. A cada instante el bello señorito, cuya cabeza está ya inflamada, arroja miradas insolentes sobre sus dos vecinos. Estos no ponen atencion á los insultos que le dirijen y continúan comiendo tranquilamente su *filet* rosiado con cerbeza.

La calma de los ingleses hace á Almenor

mas insolente y atrevido y mira á Saucissard, diciéndole:

—Te parece que meta el codo en el plato del inglés que está á mi lado?

—V para qué?

—Para reirnos un poco: veras como se ponen mas corajudos que una porra.

—Bueno: corriente.

Un instante despues , mientras que el inglés , su vecino , se llevaba la comida á la boca , Almenor metió su codo en el plato de este individuo y empezó á derramarle la comida.

El inglés le cojió suavemente por el brazo , le puso derecho sobre su asiento , diciéndole:

—Caballero , vos estais distraido.

Almenor se vuelve y empieza à reir con terribles carcajadas , sin dirigir siquiera una excusa á su vecino y le dice á Saucissard:

—Has visto que gallina? tiembla mas que un azogado.

—En efecto , y debes tomar la rebancha.

—Déjame que le traigan el plato de legumbres y será mas chistoso.

Poco despues , el galopin de la hostería sirvió á los ingleses un plato de potaje. Almenor aguardó á que su vecino estuviera bebiendo la

cerveza y aprovechando este momento ; metió de nuevo el codo en el plato de las legumbres.

Pero en vez de alzarlo con política , como la vez primera , Almenor recibió en la espalda un tan terrible puñetazo , que le hizo derramar el vaso de Champaña que llevaba á su boca.

El bello señorito que no aguardaba tan fuerte réplica , se quedó admirado y estupefacto. Durante este tiempo , el otro inglés , no queriendo , probablemente , ser simple espectador de esta escena , se volvió á Saucissard y aplicóle dos terribles bofetadas.

Vuelto Almenor de su sorpresa y exaltada su cabeza por el Champaña que habia bebido , se dirije hacia el inglés que le habia pegado y le dice con voz estentorea:

— Sois vos el que osais levantar la mano sobre mí , mi querido *goddam!* pues ahora vereis que voy á estrujaros como un terron de sal.

El inglés , que despues de haber dado el puñetazo , habia vuelto á comer tranquilamente sus legumbres , mirò á Almenor con indiferencia y siguiò comiendo sossegado.

En cuanto á Saucissard , viendo aquel terrible diluvio de puñetazos , juzgó conveniente el evitarlos , y metióse bajo de la mesa.

Ecsasperado Almenor por la sangre fría de su adversario, cojióle con arrogancia el plato de legumbres y lo tiró en medio de la sala. Levantose repentinamente el inglés y ya dispusiese á andar de nuevo á trompis, cuando Almenor enreda sus piernas con las de este y... zas! cae al suelo nuestro inglés, con tan furibundo empuje que la sangre roja de su mollera, salpicó el enlosado suelo, gritando con dolorido acento, que lo habian escalabrado. Su compañero corre á defenderle; pero Mr. Almenor era un tigre, coje una botella en cada mano y tiraselas á su nuevo adversario que dándole en la cara le divide las narices en dos mitades.

El hijo de madama Michelette súbese en una mesa y empieza á gritar:

—Vengan todos los *ánguils mánguils* del universo, que me los voy á tragar en un segundo.

La llegada de la guardia, que un muchacho habia ido á llamar, puso fin á los provocativos insultos de Almenor. Préndenlo è igualmente á Saucissard, que gritaba y perjuraba que no se habia metido en nada. Lléganlos á la cárcel y conducen á los heridos al hospital.

—Bravo, decia Almenor, viendo que

Levaban à los ingleses en una camilla. Saucis-
sard, nosotros vamos à la cárcel, ellos quizá
al cementerio: siempre la Francia triunfarà de
la Inglaterra.



15.

Alboroto de una madre.

Al día siguiente en que Isidoro había asistido á la reunión de Riberprè, vió llegar á su casa al Amante de la luna. Este viniera á participarle en el estado en que se halláran sus averiguaciones é instruirlo de que Emelina había sido robada por el hijo de madama Michelette y su amigo Saucissard.

Apenas pudiera creer el doncel lo que oyerá. Nunca hubiera sospechado un rival, y sobre todo, un rival temible en Mr. Almenor.

Sin embargo, no habia mas que creerlo. Creps lo decia y bastaba.

—En todo este negocio, dijo Creps à Isidoro, hay un misterio que es preciso esclarecer. Como Mr. Almenor conoce las relaciones que existen entre Mr. Riberpré y madama Clermont? Ella me ha asegurado, ayer mismo, que escepto à vos y à Mr. Duvalin, el cual habia fallecido, à nadie le confiara su secreto... Vos quizás habeis dejado escapar alguna cosa?

Isidoro evocó sus recuerdos y contestó:

—No, os lo juro, yo no he dicho à nadie que madama Clermont era la esposa de Mr. Riberpré.

—Entonces no hay duda que Mr. Almenor, lo sabe por esa misma muger que vive hoy dia con el banquero. Esta es una pérdida maquinacon que es preciso descubrir. Lo mas importante, por ahora, es encontrar à ese Almenor y su digno compañero; lo cual lo creo muy facilísimo supuesto que han robado el carruaje à un posadero de Corbeil y este ha mandado aquí la filiacion de su berlina y de los raptos. Tales objetos, como son la berlina y el caballo, no es facil encontrarlos por mucho tiempo y confio que muy pronto daremos con ellos.

Pero esto mismo, en que Creps confiara,

habia de ser lo que mas lo habia de desorientar con respecto al paradero de Emelina.

Os acordareis, lector amado, de que Mr. Saneissard, al llegar à Paris, en medio de la noche, en casa de madama Petitfour, habia atado el caballo y la berlina á la puerta de la casa, con la intencion de levantarse al dia siguiente muy temprano y conducirla hasta la barrera.

Pero las orillas del canal están frecuentadas, durante la noche, por esas gentes que tienen el prurito de no dejar nada quieto y sosegado.

El cabriolé habia sido notado por tres pilluelos de esta clase; los cuales desataron el caballo, montaron en el carruaje y pegándole dos latigazos al primero, tomaron el tole diciendo:

—*Marchémos*, no nos importa á donde, cuando estemos un poco lejos de Paris, *puliremos* el cabriolé y el caballo.

Casualmente tomaron la vereda de Roudy: pero el caballo, fatigadísimo en extremo, no caminaba sino á paso de bucy. A una legua de Roudy, no pudo tirar mas de su cuerpo y cayó en tierra medio muerto. En este momento, los ladrones, habiendo notado que se aproximaban algunos tricernios à ca-

hallo , bajaron del carruaje y tomaron las de Villadiego. Los gendarmes encontraron una berlina sin propietario y se apoderaron de ella. Al dia siguiente , el burgomaestre de Rondy tenia conocimiento de este hecho y daba parte à las autoridades de Paris de aquel hallazgo inesperado ; y como quiera que el posadero de Corbeil habia mandado las señas particulares de su carruaje , fué llamado à Paris à que reconociese el encontrado ; y como efectivamente era el suyo , lo pusieron en posesion de él y volvióse à Corbeil con su berlina estropeada y su caballo derrengado.

El Amante de la luna fué instruido de esta ocurrencia ; y como la berlina habia sido encontrada , abandonada , en los alrededores de Rondy , al momento fueron alla él é Isidoro: recorrieron todos los bosques , las aldeas , los cortijos ; pero no supieron mas de lo que antes sabian ; es decir , nada tocante à Emelina y sus raptos.

Madama Clermont pasaba los dias en lloros y súplicas , implorando al Eterno el consuelo de sus penas y encomendando à su santísima madre la proteccion de su adorada hija Emelina.

En cuanto à Isidoro se tiraba de los cabellos y en uno de esos momentos de expansion,

que todos tenemos, habia ido á Morvillars à participarle sus penas y pedirle consuelo.

Poco le importaba ya á Monvillars aquel enredo. Desde que habia sido tan terriblemente humillado por lady Willmore, se ocupaba menos de los intereses de Camila; à pesar suyo, su idea fija y dominante era la de vengarse de Valeria.

Despues de aquel dia en que Camila sorprendiera á su amante pidiendo una cita á la jóven inglesa, es fácil inferir cuantas escenas de celos terribles pasarían entre Monvillars y la querida de Mr. Riberpré. Obligado à convenir que habia conocido en otro tiempo à lady Willmore, Monvillars jurara á Camila que jamás una relacion íntima existiera entre él y la viuda; por último, prometiera y perjurarà que solamente á ella era á la que quisiera; y á lo menos, sino destruyera de un todo sus sospechas, las habia calmado.

Por otra parte Camila estaba apasionada de Monvillars y no podia menos de creerlo porque en su creencia estribara la paz de su corazon. Cuando una mujer no quiere romper una relacion amorosa, cuando à todo trance quiere conservarla, no hay duda que de vez en cuando está obligada à hacer á su amante algunas concesiones à su pesar.

Pero el resultado de todo siempre era el mismo: Camila conservaba siempre en su corazón, los mismos celos y las mismas sospechas por lady Wilmore y no perdía de vista á Monvillars, siempre que estos dos personajes se encontraban juntos en cualquier reunion.

Ocupado continuamente Creps en averiguar el paradero de Emelina no podia consagrar sino momentos muy cortos á su amada Felicia, con la que se solazaba en algun tanto de sus dolores. Felicia lo sabia todo, puesto que Creps se lo habia contado; la desaparicion de Emelina, el dolor de su madre y la desesperacion de Isidoro. Bien lejos de regocijarse por las penas que sufriera su ex-amante, Felicia participaba de sus angustias, de sus dolores y quebrantos; porque lo que ella deseaba era la felicidad de Marcelay, y esto conociera Felicia que solamente con Emelina pudiera encontrarla.

Así es que, cada vez que veia á Creps, la tierna jóven le preguntara el resultado de sus pesquisas y de las de Isidoro; y con su alma de fuego hubiera querido secundarlos, ayudarlos, porque imaginara cual fuera el dolor de Clemencia y el de Emelina al verse separada la una de la otra.

Viendo que habian pasado dos dias y que Creps no pareciera, determinò el ir ella à la casa de este, temiendo que tan prolongada ausencia no fuese el resultado de alguna funesta noticia, con respecto à Emelina.

Ya volvierase de la casa de aquel que mirara como à su padre, cuando he aquí que la detienen por el brazo y una voz conocida murmura à su oido:

—Donde vas con tanta prisa?.. Pareces una rata huyendo de un perro inglés.

Felicia detùbose, pues habia conocido à su ex-amiga Adela Rotin; pero no lo hizo sino con cierto marcado disgusto, y con algun embarazo contestòle:

—Ah! sois vos, Adela? perdonad; pero no os habia conocido... Voy tan de prisa!

—Calla! por qué me hablas de vos?.. Tienes un cierto aire de disgusto!.. Te desagrada el haberme encontrado?.. Acaso la vieja Mazzepe ò la grande Aglaura, me habrán indispuerto contigo?.. Bachilleras, embusteras... bien sabes tñ que jamás he hablado de tí y como hacerlo, cuando estoy tan agradecida con motivo del chaleco de franela que me comprastes!.. No, hija mia, yo te quiero mucho y deseo saber porque me hablas de vos.

—Pues bien, querida Tintin, voy à ha-

blarte francamente, no quiero andar con misterios, pues soy dueña absoluta de mis acciones.

—Y quién dice lo contrario?... al que oye-
ra hablar de tí, le diria: *echiton...* pero un
chiton con toda mi alma.

—Pues bien, Tintin, escucha.

—Gracias á Dios, ya me tuteas.

—En el tiempo que hace que no nos vé-
mos, me han sucedido mil accidentes...

—Dichosos?

—Así, así: pero que espero tendrán un
buen resultado para mí. En fin, desde este
tiempo, han cambiado todos mis gustos, ca-
prichos y placeres, pues los anteriores ya no
tienen para mí encanto alguno. Aquella eosis-
tencia loca y desarreglada que yo llevara, me
horroriza hoy dia. Por último, me compren-
des, Tintin? soy otra.

—Sí, lo entiendo, has hecho confesion ge-
neral y estás arrepentida de tus culpas y pe-
cados.

—Sí, lo estoy. Porque, hija mia, siempre
es tiempo de arrepentirse y entrar por el buen
camino.

—Pardiez!.. He ahí una frase algo *mo-
nástica...* pero bueno, la virtud ha tocado tu
corazon... te ha sucedido lo mismo que á Ju-

na de Arco (1); yo me alegro y apruebo tu resolución... Y, Dios mio! quien sabe!.. algun dia tambien puede ser que lllore yo mis pecados y mis faltas... Oh! Felicia, te aseguro que el dia que lllore yo arrepentida, el Sena sale de su centro, inundando todo Paris.

—Tambien comprenderás que para llevar á cabo mi empresa, me era preciso romper con todas mis conocidas... y ve ahí el porque me has perdido de vista tan repentinamente y sin saber como.

[1] Durante el reinado de Henrico VI de Inglaterra, sostubo esta potencia una desastrosa guerra contra la Francia. Habiendo los ingleses sorprendido á la famosa heroína francesa Juana de Arco, conocida por el nombre de *la doncella de Francia*, le hicieron proceso de que era hechicera, y dándolo por bien aprobado, la quemaron viva en la plaza de Ruan. No hay la menor duda de que airados los ingleses por las grandes pérdidas que les habia ocasionado la generosa heroína, la cual á caballo y con lanza y escudo combatia las huestes británicas hasta derrotarlas completamente, desahogasen de un modo tan cobarde su ira, imputándole aquel crimen caprichoso, sin pruebas y sin testigos.

[N. del T.]

—Sí, justamente y todos decíamos: «No hay duda que Felicia se ha embarcado para la gran China y el barco se ha desfondado por el camino.»

—Y ese es el motivo porque te he recibido con tanta frialdad... porque te he hablado de vos y porque me retiro al momento.

—Ah! sí, ya comprendo; contestò la Tintin, haciendo una mueca triste. Según eso, yo soy también del número de esas amigas que no quieres ver ni entender.

—Bien sabes, Tintin, que si hay alguna à la que yo haya profesado alguna deferencia, ha sido à tí... à ti, cuyo buen corazon y excelentes cualidades, me son harto conocidas.

—Sí, pero á pesar de todo eso, como yo soy una buena pieza... mis cualidades son muy poca cosa para tapar mis defectos... Ah! y he de estar privada de verte... de hablarte cuando te encuentre?... Querrás tú que yo no te hable?... que no te diga siquiera buenos días, querida?

Felicia bajó los ojos y murmuró:

—No, será mejor que rompámos de una vez... de aquí en adelante, figurate que nunca me has conocido.

—Sin embargo, eso es bien cruel cuando se conoce á una persona tan à fondo... des-

conocerla sin mas motivos que un capricho?.. Ah! si fuera un hombre, pase... eso está sucediendo todos los dias... pero una mujer!.. y una amiga... hay tan pocas amigas verdaderas!.. son tan raras!.. Pero, en fin... tú lo quieres.

La Tintin no pudo continuar: gruesas lágrimas rodaban de sus parpados, llevòse el pañuelo á los ojos y balbució embargada por los sollozos:

—A Dios... yo haré todo lo posible... por no encontrarte.

Conmovida de una amistad tan verdadera, Felicia cojió una mano de Adela y la detuvo diciendo:

—Querida Adela, no quiero entristecerte.. Tú podrás creer que te desprecio y no tengo derecho para ello. Cuando tú me encuentres, dime lo que gustes, estrecha mis manos si quieres y las mías te contestarán.

—Ah! gracias! gracias amiga mia, lo contrario hubiera sido matarme. Además no me creas tan zoté que si te viera hablando con alguien, fuera tambien à mezclarme en la conversacion... pero cuando estés sola entonces me acercaré á ti te diré de vos si lo desijes pero tú á mí, siempre de *tú*. Sabes?

—Sí, te diré de tu, y lo mismo tú á mí.

—Oh! que contenta estoy ahora!

—Pero cuidado como dices à nadie que me has visto ni encontrado... quiero que me olviden completamente.

—Oh! y haces bien: ¡Son tan egoistas esas mugeres!.. todo lo quieren para si y no dejan vivir à nadie... ¡marrulleras!.. La Mazzepa continua aun con su jöven de sesenta años, Mr. Romarantin, que tiene la desvergüenza de decir que està en dos edades... Leonis està en la última miseria: bien empleado le està, por enredadora y mala lengua... Aglaura està haciendo proposiciones para entrar en un teatro de tercera clase, no sé con qué papel; pero siempre será de *doncella de honor*... Zizi Petard...

—Querida Tintin, todo eso me es indiferente; no me cuentes las aventuras de esas damas.

—Ya! pero de algo hemos de hablar; yo bien sé que eso no te interesa; pero es contarte en la situacion que cada una se halla. La mas infelice es la Mirobelly: pobre muchacha! ha perdido todas sus economias en los caminos de hierro; pero es guapa y pronto encontrara fortuna. Ayer mismo estuve en su casa à visitarla y una prendera ambulante nos refirió una historia de una jöven que habian

robado... Pero ya veo que te fastidio... A Dios, Felicia, no quiero entretenerle mas.

—Aguarda, aguarda: ¿qué estabas diciendo de esa jòven que habian robado?

—Oh! es una aventura muy novelesca... Ayer fui á casa de la Mirobelly, como te he dicho; cuando madama Petitfour... La conoces tú quizá?

—No.

—Pues es una muger que vende telas, encajes y toda clase de perfumeria. Segun parece, hacia tiempo que la Mirobelly no la veía, pues al verla entrar exclamò:

—«Calla! aquí la Petitfour!.. yo os creyera muerta hace mucho tiempo.»

—«Vengo, contestára la entrante, á pedir os vuestro parecer, señorita, sobre un asunto muy complicado que me rodea; el cual es el siguiente.

Entonces refirió lo que era, que segun parece, se trataba de un caballero, á quien ella no conocia, el cual habia robado una jòven de casa de su madre.

—Oh! Dios mío!.. si será... Continúa.

—El tal caballero vino acompañado de un amigo suyo que, segun yo comprendí, era el amante de la Petitfour; porque todavia las masca la muy jamona.

—Acaba , Tintin... te lo suplico.

—Despues de haberle alquilado á la Petitfour una parte de su casa , le encargaron el cuidado de la jóven , pues venia mala con calentura y con delirio. Mientras que la Petitfour la cuida , parece que los raptos andan de trueno ; porque salen por la mañana muy temprano y no vuelven hasta la media noche. Pero hace diez dias que nuestros hombres no parecen , ni se sabe nada de ellos.

—Y la jóven?

—Toma! la jóven en prision... Dice la Petitfour, que la pobrecilla le ruega la vuelva á los brazos de su madre ; pero que ella ha jurado sobre su honor... sobre su honor , no... en fin , sobre cualquier cosa , que no la dejará salir. Por último , confiesa que la cuida mucho y que los raptos pagan espléndidamente sus servicios.

—Pero esa pobre niña... no dice su nombre... de donde es ó..?

—Sí , es de Corbeil.

—De Corbeil!! exclamò Felicia con alegría delirante. Oh! es ella! es ella! que placer!

—La conoces tú?

—Sí , la conozco!.. pobre niña!.. Ah! Tintin, si supieras el servicio que acabas de hacerme!.. soy feliz por tu causa!

—Por mí?

—Ven... ven... he allí un coche, subámos á él y partámos.

—Cómo! tú vienes conmigo?... y no temes el comprometerte?

—Se trata de volver una hija adorada á los brazos de su desconsolada madre, y es en mí en lo que menos pienso.

—Pero á donde vamos?

—A casa de la Mirobelly.

Maldito si Tintin comprendiera nada de la agitación de Felicia; pero se aguantó como una muerta y subió al carruaje. Durante la travesía, no se oyeron mas que estas palabras de boca de Felicia:

—Pobre Emelina!.. cuanto habrá sufrido!

El fiacre paróse ante la casa de la Mirobelly; entonces Felicia, con la mayor emoción, dijo á Adela:

—Sube al momento y preguntas á Belly las señas de la casa de madama Petitfour. Cuidado que las tomes bien.

—Descuida; la Mirobelly me las dará exacta, pues justamente á dado á la Petitfour un sehal para que se lo venda.

—Despáchate, querida Adela.

La Tintin saltó de un brinco del carruaje. Felicia contaba los instantes; pero la buena

Adela pareció otra vez y dijo al cochero subiéndolo de nuevo al fiacre:

—A orillas del canal... pasando la calle de Menimoltant, os diré donde habeis de parar.

El carruaje parte. Felicia estrecha á Adela entre sus brazos y exclama:

—Ah! que alegría! vamos á casa de la Petitfour, por fin?

—Y que diablos vas á hacer con ese vestigio?

—Qué voy á hacer? ya lo verás; mientras tanto no me preguntes nada.

Llegaron ante la casucha de madama Petitfour: Tintin mandó parar. Las dos jóvenes saltan del carruaje y entran en la casa. Preguntan por la dueña y le indican el interior del jardín. Llegan al pabellon y llaman á la puerta. Entonces Felicia dice á Adela:

—Di que venimos á ver ese schal que está de venta.

La Petitfour abre la puerta y al conocer á Tintin exclama:

—Calla! es la señorita Rotin... que causa la ha obligado á venir á honrarme con su visita?

—Vengo con esta amiguita á ver ese schal que teneis de venta... tal vez nos arreglamos.

—Entrad, señoras, entrad... No os quedéis à la puerta.

Las dos jóvenes entraron en la sala del pabellon. Madame Petitfour las recibió con suma amabilidad y ya se disponia á abrir una cómoda para sacar la cartonera que contenia el ashal, cuando, con la celeridad del rayo, Felicia salta sobre la Petitfour, la coje por un brazo y con voz furibunda le dice:

—Esa joven que teneis oculta ¿donde está?.. Responded, pronto.

La pobre Gisela se quedó yerta: tembló y balbució con apagado acento:

—Cómo!.. la joven... que... pues... sí... es que... yo... un misterio...

—No se trata ahora de misterios. Donde está la señorita Emelina, que dos miserables se han atrevido à robar á su madre?

—Calla! es verdad! se llama Emelina. Conoceis tal vez à esa lloroncilla?.. porque no ha hecho mas que llorar desde que está aquí.

—Y habeis tenido la crueldad de ver correr sus lágrimas sin volverla á su madre?

—Pero, señora, vos me calumniáis sin razon. Yo no soy mas que depositaria... entendéis? y yo respondo de los depósitos que me confían.

—Señora, lo que habeis hecho es una in-

famia. Llevadme al momento á donde teneis á esa jóven, ò voy à ver al comisario de policia y le cuento vuestros manejos y vendrán, librarán à la jóven y vos ireis á la cárcel y despues á los lavaderos públicos.

La Petitfour, al oir el nombre del comisario de policia, se le descompuso el vientre: no hay duda que el tal sujeto era para ella una purga mas fuerte que la jalapa. Pálida y llorosa echóse á los pies de Felicia, exclamando:

—Por piedad, señora, no me pierda usted... os juro que no sabia era tan culpable... ese pícaro de Saucissard, ha sido el que me ha seducido.

—Levantaos y llevadme al momento donde està esa jóven.

Gisela levantóse limpiándose las lágrimas y ecesalando un diluvio de ayes! Llegan á la puerta de una escalera y suben al primer piso donde està la pobre Emelina, sentada en una silla, y sin moverse, temerosa de lo que le habia dicho la Petitfour.

—Si os levantaís de ahí y trataís de marcharos, os doy una soba que no la contaís.

La enfermedad, la tristeza y el cautiverio, habian cambiado en algun tanto la hermosa figura de la interesante Emelina. Al oir que abrian la puerta, temiendo encontrarse con

los dos hombres blanco y colorado que la habían robado y levantóse despavorida y ocultóse en un rincón del aposento; pero cuando al abrirse la puerta vé á Felicia y á Adela, la inocente Emelina las interroga con los ojos y parece preguntarles si son dos protectoras que el piadoso cielo lo envía.

—Tranquilizaos, señorita, le dijo Felicia, tranquilizaos y enjugad vuestros lloros... Vengo á buscaros para llevaros con vuestra madre... y en este momento vamos á partir para Corbeil.

—Mi madre!.. mi madre!.. balbució Emelina fijando sobre Felicia sus ojos tan tristes y tan dulces. Oh! señora, será verdad?.. No me engañáis?

—No; os lo juro... Yo no os abandonaré hasta que os deposite en los brazos de vuestra madre.

—Oh! Dios mío! que placer! que dicha!.. Partimos al momento... pero cielos! me siento tan débil!.. apenas puedo dar un paso...

En el exceso de su emoción, Emelina estuvo á punto de desfallecer. Felicia la sostuvo en sus brazos, la estrechó contra su pecho y la reanimó con dulces palabras. Tintín presentóle un vaso de agua, enjugándose las lágrimas que corrían de sus ojos. La buena Adela

estaba también en extremo conmovida.

— ¡Oh! ya estoy buena... completamente buena; dijo Emelina cojiendo su schal y su sombrero: marchémos, señoras, marchémos, cuanto antes.

Durante este tiempo, la Petitfour, escondida en un rincón del aposento, atisbaba y callaba muerta de miedo.

— Oiga usted, señora, le dijo la Tintin al pasar por su lado, no vuelva á mezclaros mas en intrigas amorosas; ateneos solo á vuestras telas y pomadas, sino queréis que os metan en gayola.

Las tres jóvenes salieron de la casa y subieron al carruaje: Felicia dijo al cochero.

— Mayoral, pare usted en el embarcadero de los caminos de hierro que van á Corbeil.

— Está bien, señora... Hala.

El coche partió al galope.

Al verse la tierna Emelina en un coche abierto y el inmenso gentío que circulaba por las calles, comprendió que ya estuviera en completa libertad. Enagena da de alegría, co-
jia con profusion las manos de Felicia y se las besaba diciendo:

— Al fin voy á ver á mi madre... Ah! cuán dichosa soy!

— Y yo también en volveres á ella.

—Estará mamá mala?... Me quería tanto!

—Tranquilizaos, señorita, vuestra madre está muy triste; pero, gracias á Dios, no está mala.

—Estais segura?... La habeis visto?

—No, pero he visto á un cierto sujeto que está siempre junto á ella para reanimarla y consolarla.

—Mr. Isidoro?

—No... Mr. Creps.

—Creps!.. nuestro protector... Lo conocéis vos?

—Sí, y por él he sabido la indigna estratagemas de la que habeis sido víctima.

—Conque lo conocéis!.. Ah! señora, ya no extraño el que me hayais librado, y ahora sí que creo que me volvereis á mi madre.

Después Emelina mira á Tintin, que muda y enternecida, contemplaba esta escena y pregunta á Felicia:

—Y esta señorita?

—Esa señorita es una amiga mía, que me ha acompañado para ayudarme en caso necesario.

—Entonces, señorita, también os viviré eternamente obligada.

Tintin quiso responder alguna cosa; pero espiraron las palabras en sus labios. En esto

llegaron al embarcadero, Felicia tomó tres asientos, y cinco minutos despues, partian como una ecsalacion.

—Tardarémos mucho en llegar? preguntò Emelina.

—Una hora es lo mas que se echa de Paris á Corbeil.

—De Paris!.. acaso yo estoy en Paris?

—Sin duda.

—Pues aquella anciana me dijo que me hallaba en san Clàudio.

—Habrà vieja marrullera! murmurò Tintin sonriéndose con dulzura.

El convoy de hierro no andaba con aquella celeridad que Emelina y Felicia deseáran.

No obstante, llega á Corbeil: asi que la tierna jòven reconoce los sitios y las campiñas, su alegría es escesiva y los transportes de gozo son innumerables.

—Ya veo mi casa!.. sí, ya la veo... hallaciò Emelina llorando y riendo de alegría... Que sorpresa voy á darle!.. pobrecita mamá! cuanto habrá llorado en mi ausencia!

El convoy, para al fin: los viajeros bajan de él: Emelina toma el brazo de Felicia y no anda, sino vuela.

—Venid por aquí... por aquí... estos sitios sí que me son harto conocidos.

Un grito penetrante de Emelina hace conocer que ha llegado á su casa: Felicia no puede reprimir su emocion; por su parte reconoce el sitio desde el cual disparara á Isidoro cuando lo sorprendiera con la jöven.

En cuanto á Tintin corria tras de las jóvenes, á mas no poder, para alcanzarlas y no quedarse detrás.

Emelina mira las ventanas: todas están cerradas: es preciso llamar: la criada abre y dà un grito de alegría al reconocer á su señorita; viélvese para avisar á madama Clermont; pero Emelina la detiene.

—No, le dice, deja, yo quiero ser la primera.

Diciendo esto, corre al salon bajo de la calle; madama Clermont, sola y desconsolada, tenia la cabeza apoyada entre sus manos y estaba absorta en una meditacion profunda. Pronto unos delgados y torneados brazos rodean su cuello, mil besos le imprimen en la frente y una voz, para ella tan conocida como deseada de volverla á oir, resuena á sus oidos estas palabras:

—Mamá... mi adorada mamá... soy yo... sí... sí... yo soy... yo...

Clemencia no pudo hablar: miró á su hija y derramó copiosas lágrimas; pero estas lágrí-

mas eran de alegría y alborozo. Durante un cuarto de hora, ni la madre ni la hija pueden hablar; mil palabras entrecortadas de una y otra, se confunden con sus besos, con sus abrazos y con sus lágrimas.

Felicia, apoyada contra el quicio de la puerta, contemplaba este cuadro tan sentimental y murmuraba:

—Oh! Dios mío! que dicha es tener una buena madre!.. Cómo pueden existir esas otras que abandonan á sus hijos?

Luego que los primeros transportes de gozo se calmaron, sucedieron las preguntas. Emelina contó, en pocas palabras, á su madre: como habia pasado los dias de su cautividad y ausencia. Esta narracion, simple y sencilla, fué suficiente para tranquilizar á madama Clermont y hacerla comprender que su hija volvía á sus brazos tan pura y virginal como habia sido separada de ellos. Sin decirle el placer que esta narracion le causara, así que concluyó de hablar Emelina, Clemencia la estrecha de nuevo entre sus brazos y vuelve á colmarla de besos y caricias.

Despues, reparando en Felicia, que estaba, como hemos dicho, apoyada contra el quicio de la puerta, le pregunta á su hija, quien fuera aquella señora; y Emelina le dice

entonces que aquella fuera su libertadora, la que la habia sacado del casucho miserable donde la tenian escondida.

Entonces Clemencia dirigióse á Felicia y con lágrimas de regocijo, le dió gracias por el bien que acababa de hacerle. Felicia la interrumpe y bajando los ojos esclama:

—Señora, yo no merezco tantas muestras de agradecimiento, supuesto que lo que yo he hecho lleva la recompensa consigo... os lo aseguro, en toda mi vida he sido mas feliz que en el momento que os vi estrechar á vuestra hija entre vuestros brazos:

Concluidas estas palabras, Felicia se dispuso á retirarse: la madre y la hija corrieron hacia ella y la detuvieron por un brazo.

—A lo menos, señorita, decidnos vuestro nombre; exclamó Clemencia: que sepámos si quiera á quien le debemos el fin de nuestras penas.

—Mi nombre!.. no tengo ninguno; balbució Felicia volviendo la cabeza hacia otro lado. Pero preguntad á Creps quien soy y creed cuanto él os diga de mí.

Felicia inclinóse y besó respetuosamente una mano de Clemencia, y alejóse dejando á la madre y á la hija mudas y estupefactas con lo que acababa de decirles.

Al salir de la casa , Felicia se encontró con Tintin que la esperaba sentada en un poyo.

—Hija mia , le dijo Adela , me senté aquí porque no me encontraba con valor suficiente para entrar.

—Has hecho bien ; porque yo estoy conmovida terriblemente.

—Que dicha habrá experimentado esa pobre madre al ver à su hija!

—Sí , y yo tambien he sido feliz , porque le he procurado ese placer.

—Pues , mira , palabra de honor , pensando yo en lo que estaria pasando ahí dentro , tambien me he enternecido.

—Bien te decia yo que , tu corazon es muy generoso.

—El corazon lo tengo que se me quiere salir del pecho.

—Sí , Adela , esa es una felicidad para tí ; pues indica que , con poco trabajo , te harias tambien muy buena y virtuosa. Pero partámos para Paris.

—Sí , partámos. Vaya un dia ! jamás he llorado hasta hoy , y nunca me he conceptuado mas dichosa.

14.

Imprudencia.

MONVILLARS acaba de entrar en los salones de Mr. Riberprè, serian las diez; hora en que empezaba la reunion aquella noche. Despues de haber saludado con esquisita gallardia á la bella Camila y de haber dirigido casi con frialdad algunos cumplimientos á la jóven Elvina, dirigió sus rápidas miradas á todo el salon, buscando con ansia aquella muger, cuya imágen tenia grabada en el corazon y cuya destruccion habia jurado.

Pero lady Willmore no había llegado aun. Despues de haber recorrido tres piezas las mas frecuentadas , Monvillars se disponia á registrar aquel gabinetito secreto en donde la hallara la otra vez ; cuando sientese detenido por el brazo y una voz estremadamente dulce, murmura á sus oidos:

—Donde vais , bello aturdido?.. No está aquí , en vano la buskais , caballero.

Monvillars volvióse, y al reconocer à Camila , contestò sonriendo:

—Pero, Dios mio! yo no busco á nadie... y no sé , amiga mia , lo que quereis decir... Está quiza prohibido el pasear por las habitaciones?

—Disimulais con maestria , caballero ; pero no creais que engañais ni á mis ojos , ni á mi corazon. Os repito que no haceis mas que pensar en esa muger... que aborrezco... Oh! si en mí consistiera , os juro que no la habiais de volver á ver mas aquí... Sin embargo , me parece que ella huye de vos , os desilena y... no hay duda que esa muger os aborrece , ò hace muy bien su papel.

—Señora , delirais... con estos celos infundados estais , Camila , insoportable.

—Ah! mis celos os fastidian? ya lo creo! No obstante , vos mejor que nadie debiais es-

cusar este sentimiento; porque no debe seros desconocido. Vos tambien estais celoso, no de mí, sino de esa lady Willmore... de esa mujer, que se me antoja muy coqueta y que escucha con infinita amabilidad las lisonjas que le prodigan... y en verdad que no tiene nada de linda, nada de hermosa, nada de extraordinario. Pero os figurais que cuando alguno se acerca à ella y la galantea, no conozco yo que, os incomodais hasta el extremo?

—De veras?

—Ciertísimo.

—Vamos! Camila, embromais, y me parece que lo mejor que debo hacer, es reirme de vuestras chanzas.

—Sí, reios... reios... Cuando Mr. Fortincour se acerca à ella y la habla, entonces no temeis, ¡ya lo creo! ese pobre hombre no es rival peligroso, y no conceptuais à esa mujer con tan poco gusto... Pero, amigo mio, si supierais... oh! hay otro sujeto á quien vuestra apasionada no desdeña... otro sujeto que...

—Quien? preguntó Monvillars que en este momento no fué dueño de reprimir su emocion.

—Oh! Dios mio!.. Qué! no os reis?... estais ya incomodo otra vez?

—Cuidado, señora, que no aguanto ciertas bromas.

—Si no es broma, es realidad. Lady Willmore mira mucho à un cierto sujeto que la galantea y... en verdad que ella se derrite con él.

—Quién?... quien?

—Pero qué os importa á vos, caballero, si decís que esa jòven os es indiferente?

Monvillars mordiòse los lábios con còlera: Camila lo miró y continuó suspirando:

—Ah! mirad como no podeis reprimiros... Y es ese el amor que me habiais jurado?... Y todos los proyectos que me habiais propuesto para el porvenir, los habeis olvidado?... Debíais ir á Corbeil, y ahora que esa Clemencia està sepitada de su hija...

—Silencio... que se acerca Mr. Riberpré.

En efecto, el banquero entraba en el gabinete, hablando de negocios con otro comerciante como él. A pesar de su distracción, no pudo disimular una mueca singular al ver á Camila y Monvillars solos en esta pieza tan poco frecuentada. Pero Camila, forzando una estrepitosa carcajada, corriò al banquero diciéndole:

—Ah! amigo mio, si supierais lo que Mr. de Santa-Lucia me està proponiéndome! Me aconseja demos un baile de máscaras... es el

que todos vengan vestidos de osos! já! já! já!

El banquero no respondió sino con una sonrisa equívoca. El caballero que con él viniera, exclamó:

—Soy de la opinion de ese caballero. Seria una cosa chistosísima, mucho mas, si se disponia que bailáran las cuadrillas á cuatro pies.

—Ah! señores, que chistoso; pues hemos de hacerlo.

Diciendo estas palabras, la linda pelinegra pasó á otro salon. Riberpré siguió con su amigo su conversacion particular; y Fortincourt, cogiendo del brazo de Monvillars, le dijo con tono radiante de alegría:

—Ahora mismo ha llegado, amigo mio... ya está ahí... en este mismo instante acaba de entrar en el salon del baile.

—Quién?

—Y pregunta quien! Ah! querido Santa-Lucia, me sorprendeis; yo os creia instruido enteramente del secreto de mi pecho!

—Estais quizá enamorado?

—Enamorado?... como un africano, como un indio... por último, como todo lo mas cálido que pueda haber sobre la tierra.

—De lady Willmore?

—Pardiez! lo habeis adivinado. Y cómo?

—Toma! he visto vuestra aficion hacia esa

jóven; pero, la verdad, no lo extrañaba, pues como con todas os sucede lo mismo...

—Esta vez, amigo mio, es muy diferente... es cosa seria... porque esa deliciosa británica, me ha trastornado el juicio y...

—El corazon?

—Justamente, el corazon, las entrañas, los higados, las tripas...

—Por último, todo el menudillo.

—Sin la menor duda.

—Y cómo recibe ella vuestros galanteos?

—En un principio, con mucha frialdad; pero hace tiempo que se muestra mas amable conmigo... ya se rie... Oh! esta es buena señal: no es verdad?

—Sublime... pero tened cuidado, no haya otro que os la baile.

—Quiá!.. Lady Willmore no tiene preferencias con nadie... solamente conmigo.

—Ya!

—Eso aquí entre los dos y en confianza.

Monvillars respirò con mas desahogo y creyó que lo que Camila le dijera, de la *tercera persona*, no fuera mas que una broma ò un capricho de amor y celos.

—Entonces, mi querido Fortincourt, dijo Monvillars con alegría, me parece que vuestros negocios van en popa.

—Por supuesto que así es.

—Y ella no os habla de mí algunas veces?

—Jamás.

—Ah!

—Porqué me lo preguntais?

—Por nada... curiosidad y... nada mas.

—Al contrario, muchas veces, soy yo quien le hablo de vos, y entonces... sin contestarme, me vuelve la espalda y me deja con un palmo de narices.

—Fortincourt!

—Lo que ois: pero ya! tiene razon, jamás le hablais, ni aun de cumplimiento... jamás le dirigis la menor galanteria, y eso la tendrá picada de muerte.

—Me importa poco.

—Pero, querido, algunas veces es menester sacar fuerzas de flaqueza.

—Esa dama... no me gusta.

—Hombre!

—Y cuidado que confieso su mérito y belleza; pero... no me agrada lo mas mínimo.

—Es particular!.. vea usted que gustos tan diferentes!.. cuando yo me descarrillo por ella... cuando pienso casarme con ella...

—Casaros?

—Sí, dentro de pocos dias, haré mi declaracion... pero antes quiero agradecerla en to-

do. Para lisongear su amor propio ¿sabeis lo que he pensado?

—Qué?

—Dar en mi casa un baile y que ella sea la reina de él.

—Bien pensado... apruebo esa idea.

—Oh! yo lo arreglaré todo así que esté cierto que lady Willmore aceptará mi invitación... Pero, á Dios, amigo, me voy á su lado... no puedo estar separado un momento de sus dulces ojos.

Fortincourt volvió á entrar en el salon y Monvillars siguiólo de lejos; porque de este modo podia observar á Valeria, y aun que hubiera decretado su venganza, no estaba su corazon dispuesto aun al sacrificio.

Mr. Riberpré hablaba con Valeria. El banquero prodigaba siempre á la jöven lady la mas amable acogida, y le preponderaba que el manejo que estaba haciendo de su caudal, tardaria poco en doblarlo y triplicarlo; pues los fondos de su casa siempre iban bien.

Valeria escuchaba á Riberpré, como escuchaba uno todo lo que no le interesa; y sus miradas, atravesando la multitud, se dirigian siempre á la puerta de entrada.

Luego que Valeria apercibiera á Monvillars, una ligera contraccion operárase en su

rostro y harto manifestára que su corazon padecia ; pero este sobresalto no era hijo sino del primer momento , pues luego despues se dominaba y aparentaba la mayor indiferencia.

Esta noche , temiendo Monvillars despertar de nuevo los temores de Camila , dominòse tambien infinito, y aunque sus ojos no se apartaban de Valeria y escudriñara cuanto aconteciera , lo hacia de un modo tan frio è indiferente , que no daba que sospechar.

Para llevar à cabo su disimulo , Monvillars dirigióse à otro salon; pero he aquí que lo cojen del brazo: Monvillars vuelve la cara y reconoce á Isidoro Marcelay.

Un cambio estremado se había operado en todo el porte del doncel. En lugar de aquel aire triste y sombrío , de aquel rostro pálido y ojeroso . Isidoro manifestára ahora una fisonomia en la cual respirara la dicha y el mas intimo placer ; su tez estaba animada; sus ojos brillantes y relucientes espresaban la alegría de su corazon: el que lo viera antes tan decaído , apenas lo conociera en este momento.

Monvillars admiróse de este cambio tan repentino y antes que tuviera tiempo siquiera para preguntarle , le dijo Isidoro con efusion:

—Cuanto me alegro de encontraros aquí!... así como habeis participado de mis penas , es

justo participéis de mi alegría... Sabed, por lo pronto, que mi adorada ha parecido.

—Cómo!.. la señorita Emelina...

—Sí, Emelina, esa jóven que adoro con toda la fuerza de mi alma, ha vuelto otra vez á los brazos de su madre.

—Qué!.. su raptor!..

—Oh! en cuanto al caballero Almenor, ignoro donde está escondido... pero yo lo encontraré y... pida al cielo que jamás yo lo vea. Pero mi adorada Emelina ha vuelto otra vez á mis ternuras y caricias, siempre tan pura, siempre tan virgen como antes y siempre digna de mi amor... Ah! es preciso confesar que esto es un milagro patente del cielo.

—No hay duda que todo lo que me estais contando es milagro... Y donde habeis encontrado á la jóven?

—En Paris...

—En Paris!!!

—Sí, en casa de una malvada vieja, vendedora de esencias y perfumes... Miserables! ya las pagarán todas juntas... Mientras tanto, hemos tenido el gran placer de haberla vuelto á ver.

—Y hace mucho tiempo?

—Cuatro dias nada mas... Oh! pero desde ese tiempo no ha pasado un solo dia sin que

la haya visto... ahora mismo hará una hora que llego de Corbeil. Pobre Emelina, cuanto te amo!.. si supierais cuan contenta está su madre... pero perdonad, amigo mío, pero ya iré á vuestra casa y hablaremos de todo esto con desahogo.

—Cuando gustéis.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Imbéciles! murmuró Monvillars luego que Isidoro se separara. Traer á la muchacha á París!.. Habrá brutos! y eso que se lo habia prohibido... Diablos! diablos!.. vea usted un trabajo perdido... Y que diré á Camila?... Ella rabiará y con razon. He abandonado sus intereses por esa aborrecida muger... que siempre tengo tiempo de castigar y vengarme de su desden.

Diciendo estas palabras, Monvillars volvió al salon donde habia dejado á Valeria; pero la jóven viuda no estaba ya allí: la busca con avidez y devora el espacio con la vista: llega al salon de música y al fin la vé sentada hablando con dos individuos, de los cuales el uno es Fortincourt y el otro Isidoro Marcelay.

Fortincourt era el que solo charlaba mas que una cotorra; mientras que el jóven doncel no hacia mas que sonreirse de las barbaridades del elegante parisiense. No obstante, era so-

bre Isidoro en quien recayeran las miradas lánguidas y espresivas de lady Willmore; miradas que desesperaban á Monvillars y lo arrebatában al último extremo.

No había que dudarlo, Valeria miraba á Marcelay con una espresion tan melancólica y seductora, que si bien á Isidoro le era indiferente, había un tercero que rabiaba y se enfurecía atrozmente. Como era que el jóven doncel había sabido agradar á esta muger tan voluble? Era por que no le hacia caso? Era por aquella espresion tan triste y espresiva que cubriera antes su rostro? Monvillars se había hecho estas mismas preguntas y había concluido con decir:

—Acaso el amor necesita incentivo?... no se despierta sin saber como en nuestra alma?

No pudiendo resistir las angustias que le atormentaban, y olvidando toda su prudencia, Monvillars dió dos pasos y se adelantó al grupo. Valeria al verlo, tembló y palideció.

—Ah! he aquí el amado Santa-Lucia; exclamó Fortincourt. Acercaos, sabio Ulises, acercaos y contemplad á este sol vivificante que nos achicharra, y del cual nadie puede apartarse sin que tire.

Encantado de la frase que acaba de decir el babeioca seductor, se volvió hacia la jóven

y pasmado de su palidez , añadió con sorpresa:

—Dios mio! señora , què teneis?.. estais mala?.. que eclipse es este tan alarmante... Ay! esa palidez me pone en ascuas, me conmueve, me desespera, me...

—No tengo nada, contestó Valeria bajando los ojos al suelo. Son estremecimientos nerviosos... que se pasarán... no es nada alarmante, señores.

—Tal vez vuestra conversacion galante haya conmovido á milady; dijo Monvillars lanzando á Valeria una mirada devoradora.

—Ah! si yo fuera tan feliz que con solamente mis palabras estremeciera á este querube, me conceptuaria el mas dichoso de los nacidos.

Valeria levantó los ojos y mirò á Isidoro; el cual , callado y pensativo , no escuchaba nada; pues todos sus pensamientos estaban en Corbeil. Pero à pesar de que los ojos del doncel permanecieran frios è indiferentes, los de Valeria , como desafiando el furor de Monvillars , se clavaban en Isidoro con la mas dulce espresion.

Monvillars permanecia confuso: habia notado que desde un extremo de la sala lo observara Camila; así es, que para disimular en alguntanto, coge á Isidoro por un brazo y le dice:

—Venid, querido amigo, venid, tengo cosas interesantes que revelaros.

—Su querido amigo!!! murmuró Valeria al ver á Isidoro alejarse con Monvillars.

Despues, volviendose hacia Fortincourt, continuó:

—De veras, ese jóven que llamas Isidoro Marcelay, es amigo de ese otro... Santa-Lucia?

—Oh! contestò Fortincourt, son amigos inseparables... No se desde cuando se conocen; pero... De que estaba yo hablando?... No me acuerdo. Pero eso no es extraño cuando uno no se ocupa mas que de una muger tan hermosa.

—Qué es lo que hace ese Mr. Isidoro?

—Cómo! Qué qué hace?

—Sí, que en qué se ocupa?

—Yo lo supongo agente de cambio... abogado... procurador...

—Es decir, que lo ignorais completamente.

—Creo, milady, que teneis razon... pero me enagenais tanto!

—Ved á Mr. Riberpré que pasa; preguntadle algo acerca de ese jóven.

—Voy al momento á complaceros... He! mi querido banquero, tenga usted la bondad de oir una palabrita... pues milady Villamoire desea...

Valeria hizo un movimiento de impaciencia, murmurando á media voz:

—Para que me nombráis à mí? Què necesidad hay de que conozca soy yo la que deseo saber quien es ese jòven!

—Es muy justo, y confieso soy un botarate... pero esto no debeis estrañarlo, vuestra belleza tiene la culpa.

Riberpré llegòse á Fortincourt y Valeria, con aire amable dijo:

—Cómo! Lady Willmore me hace tan dichoso en ocuparse de mí?

—Mi querido banquero, replicò Valeria, este caballero se ha servido de mi nombre para haceros venir á él... y no obstante, me lisongeo de que este nombre tenga para vos tanto poder.

—Oh! bella lady, mucho mas del que podeis figuraros. Vámos, Fortincourt, para qué me llamabais?..

—Yo?.. No me acuerdo para qué...

—Entonces...

—Ah! sí... justamente. Para preguntaros sobre ese Mr. Isidoro Marcelay... Porque una persona... cuidado que no es señora, sino un caballero... Pues bien, ese caballero me ha suplicado tome informes de ese Mr. Isidoro, porque trata de casarse...

—Cómo! ese caballero quiere casarse con Mr. Isidoro?

—Hombre! he dicho eso?

—No, pero lo habeis dado á entender.

—Perdonad, querido banquero; pero estoy tan preocupado!.. Quiero decir, que ese caballero tiene una hija y... como yo no sé nada á cerca de ese jóven, no he podido contestarle lo mas mínimo sobre esta materia.

—Oh! ya lo creo! ese Mr. Isidoro es un partido ventajósísimo.

—No es abogado?... procurador?... escribano?... en fin, no es hombre de leyes?..

—No, no es nada; pero tiene un tio que posee veinte mil francos de renta y cuyo único heredero es él. Una usted á esto, la fortuna de su madre, que es inmensa, y ya vereis que es un novio á pedir de boca.

—En efecto.

—Lo que no hay duda es que es un hombre sábio y arreglado, porque jamás he visto su papel en circulacion... Perdonad, señores, pero creo me están llamando.

El banquero alejóse.

—Què tal! estais contenta?... Me parece que he hecho la pregunta con suma destreza.

Valeria no contestó sino por un movimiento de cabeza; pero sus miradas pensativas y

languidas no se dirigian á otro sitio mas que aquel por donde Monvillars desapareciera con Isidoro.

Al alejarse Monvillars con el doncel, su único deseo fué el separarlo de lady Willmore. Cuando se fueron à otra pieza, Isidoro le preguntó:

— Es concerniente à Emelina lo que teneis que contarme?

Al oir el nombre de Emelina, Monvillars conoció que los celos lo engañaban, y harto comprendiera, que en lo que menos pensara el jóven, era en Valeria; pues su corazon estaba todo entregado à la virtuosa hija de Clemencia.

—Perdonad, Mr. Marcelay... contestara Monvillars con infinita calma... Cuando os he llamado ahora poco, he cedido yo no sé á que feo ímpetu involuntario... Porque... quiero ser franco con vos, querido amigo... yo tambien estoy apasionado...

—Ah! tambien estais apasionado?... Yo seria muy indiscreto si os preguntase de quien... pero no... no quiero saberlo, basta vuestra confesion; pues no os conceptuo tan espresivo como yo, que quisiera contar á todo el mundo que la he hallado y cual es ahora mi dicha... Pero lo confieso, amigo mio, me voy... porque (aquí entre nosotros) estoy fastidia-

do... pues todo lo que no sea ella , me aburre y enoja... Conque , á Dios , hasta la vista, amigo mio.

Isidoro partió. Monvillars conceptuò cual seria el despecho de Valeria al ver que se habia ido su objeto ; pero al volver otra vez al salon de música , no encontró mas que á Fortincourt solo , al cual preguntò:

—Y lady Willmore?

—Se ha marchado.

—Cuando?

—Ahora mismo... yo no sè qué diablos le ha dado , quise detenerla ; pero no me hizo caso.

—Ha partido!... y al mismo tiempo que él!

—Cómo que él!... pues quien es él?

Monvillars no contestó á Fortincourt: atraviesa el salon de música , el del baile y al pasar por el gabinetito reservado , se siente cogido por el brazo.

—Oh! vais très ella? le dice Camila apareciendo como por encanto... No la sigais, cuidado que lo prohibo yo.

Monvillars experimentó un sentimiento de cólera que apenas pudo reprimir y en su despecho , no pudo mas que balbucir algunas palabras inconexas y sin sentido ; pero Camila , que en esta ocasion estaba furibunda-

mente escitada por los tormentos de sus celos, no le dejó tiempo ni aun de excusarse y exclamó:

—Me creéis quizá muy ciega como para que no conozca vuestros engaños? Creéis, á fé mia, que ya no os amo?... Ah! si, porque vuestra conducta es infame, porque no tenéis ni aun la destreza de disimular el amor que os arrastra á otra... esto es una perfidia!.. una ingratitud!.. Creiais que no lo conocia tal vez porque cuando os aprocsimais à esa mujer vuestro rostro se cubre de palidez y tiembla de furor vuestra boca?... Porque esa lady Willmore està apasionada de Mr. Isidoro Marcelay y os desprecia à vos... Ya veis que no he mentido, que mis conjeturas han salido ciertas... Ya conocéis á vuestro rival; y vos, sin embargo, estais enamorado tambien de esa mujer que os aborrece... que se rie de vuestros suspiros!.. Y por ella soy engañada... despreciada y aborrecida... Responded pues, caballero, y convenid conmigo en que sois un malvado.

Camila sacudia con furia á Monvillars y con sus miradas de fuego, parecia querer terminarlo; en esto una puertecita del gabinete se abre y Mr. Riberpré aparece entre ellos.

El banquero que , dotado de una enerjia atroz , sabe vencerse en el momento mismo que el furor lo combate , se dirige á Camila y cojiéndola de un brazo , le lanza una mirada terrible , que la deja yerta é inmóvil.

Monvillars conoció que la situacion era alarmante y comprendió que lo mejor que debia hacer era marcharse: saludó á Camila y al banquero con una arrogancia infinita y ganando las escaleras , partió al momento.

Al ver Camila que Riberprè habia dejado alejarse á Monvillars sin decirle nada , tomó un poco de valor y balbució:

—Dios mio! me habeis encontrado aqui hablando con Mr. de Santa-Lucía? pues era... para...

El banquero la tirò barbarsamente sobre un sitial y le dijo con apagado acento:

—Callaos... sois una...

—Caballero.

—Callaos ò lo digo mas alto , á fin de que todos lo oigan... hacia tiempo habia conocido que ese Santa-Lucía era vuestro amante ; pero ya no tengo que dudarlo.

—Os juro que...

—Silencio... Volved á los salones y seguid haciendo los honores de mi casa. . Entendedos?.. *de mi casa* y no de la vuestra. Vámos , pronto

y nada de lloros; porque esta vez serán inútiles; ya vereis pronto como me vengo yo... Vámos.

Y Riherpré volvió à empujar otra vez á Camila hacia los salones; à los cuales se volvió él por la misma puerta secreta por donde habia aparecido.



13.

Otra separacion.

AL dia siguiente de esta reunion , hacia las doce de la mañana, en la casita aislada de madama Clermont , habia cuatro personas sentadas en la sala de la calle hablando y riendo en amable compañía.

Estas cuatro personas eran: Clemencia. Emelina , Isidoro y Creps.

La espresion de la felicidad mas dulce y pura se pintara en el rostro de los tres primeros. Parecian gustar con delicia la dicha de es-

tar el uno junto al otro, de verse, de hablarse y de escucharse mutuamente. Era como el sol cuando aparece despues de la tempestad. Era un dulce beso despues de una larga separacion.

Si las facciones del Amante de la luna expresaban un contento menos vivo, el cuadro que tenia á su vista era bien dulce à su corazon. Sino experimentara por sí mismo una dicha tan perfecta, la contemplacion de los otros, le hacia no obstante olvidar sus desgracias pasadas y sus inquietudes por el porvenir.

Era por Felicia, por quien él supiera que Emelina habia vuelto á los brazos de su madre. Felicia le habia contado como, por Tintin la habia encontrado en aquella casucha, donde sus raptores la habian escondido. Creps, despues de haberla escuchado, la habia estrechado contra su corazon, diciéndole:

—Sí, sois mi hija. Despues de una accion como esa, no puedo dudarlo.

Y la jöven habia añadido bajando los ojos:

Decid á Isidoro que, he sido yo quien le he vuelto su adorada Emelina, y entonces puede ser que me perdone mi crimen pasado.

Al ser Creps un mudo espectador de las delicias de los que amaba y al considerar que era Felicia la autora de aquellas dichas, es-

perimentaba un dulce consuelo.

Y cuando Clemencia absorta contemplaba á su hija , entonces el Amante de la luna pasaba sus miradas lánguidas y tristes sobre aquella muger tan hermosa y divina aun. Entonces era cuando sus facciones se animaban y un nuevo fuego brillaba en sus ojos... pero cuando Clemencia dejara de contemplar á su hija , entonces Creps bajaba la cabeza y sus miradas se fijaban sobre la tierra.

Pero con la dicha, habia vuelto la calma; despues de la calma, la memoria y los recuerdos. Algunas veces al mirar á Creps que no llevara ya los miserables andrajos del Amante de la luna , Clemencia parecia herida por una súbita idea y sus miradas espresaban la turbacion que agitara su alma. Era lo que la sobrecojia un sentimiento vago y difícil de reprimir, cuanto imposible de explicar ; no era un sentimiento de temor ó de pena ; era mas bien de curiosidad.

Mas entonces era cuando Creps se apresuraba á bajar los ojos, y daba á su fisonomia un carácter tan violento , que era imposible reconocer á aquel Lutgardo de Clafuente , de otro tiempo, tan amado de la señorita Marigny. Clemencia entonces desechaba de sí aquellos melancólicos recuerdos. Pero como quiera que,

siempre la ropa impone, y Creps no representaba ya el antiguo Amante de la luna, sino un elegante parisiense de los mas apuestos, ya no le hablaba tan familiarmente y no era sino con el título de *caballero*, con el que le dirijiera la palabra.

—Asi pues, dijo Isidoro dirijiéndose á la madre de Emelina, creereis que madama Michellette ignora verdaderamente lo que le ha sucedido á su hijo?

—Si, estoy convencida. Madama Michellette no es una muger para guardar un secreto. Al saber que mi Emelina me habia sido vuelta, me vino á dar la enhorabuena y hacerme sus cumplidos. Ya comprendereis que no podria ocultarle la indignacion que sentia por su hijo. Ella contestóme, que comprendia perfectamente mi cólera; pero que no podia creer fuera su Almenor el que, por sí solo, fraguara esa intriga; pues afirma y sostiene, que su hijo no tenia un cuarto y su amigo Saucisard no es hombre para prestárselos.

—Cualquiera que sea la causa... cualquiera el motor de ella... Mr. Almenor pagará su infame accion: exclamó Isidoro.

—Quereis quizá batiros con él? preguntó Emelina á Isidoro con ansiedad.

—Que! no debe castigarse la temeridad de

ese hombre?... de ese miserable raptor?

—Dios mío!.. pero ahora que yo estoy con mamá... y al lado de las personas que me aman y que ya he olvidado todas mis aflicciones, me parece que todo cuanto me ha sucedido, lo he soñado y que todo ha sido una ilusión. Y tú, mamá?

—Ah! hija mía, yo he sido tan desgraciada, que bien diferente à tí, no me queda sino un terror vago que me obliga à velar más por tí. Pero al fin, ese Mr. Almenor no te ha violentado ni sacrificado tu pureza, de manera, que opino será mejor perdonarlo.

—Perdonarlo! exclamò Isidoro con impaciencia. Ah! señora, qué decis? Perdonar à aquel que os ha reducido à la desesperacion... que ha hecho correr vuestras lágrimas y que podía haber sido la causa de la muerte de la señorita?... porque esa enfermedad, à la cual felizmente no ha sucumbido, esa enfermedad, consecuencia precisa de los terrores, de los tormentos que padeciera la señorita durante su fatal viaje... No, no, señora, el miserable que ha sido causa de todo esto, es preciso que pague su temeridad... Además, yo me someto al parecer de nuestro comun protector: de nuestro amigo Creps, preguntadle y vereis como su opinion es como la mía.

Emelina volvióse entonces hacia aquel que escuchara sin despegar sus labios y dirigiéndole una dulce sonrisa, preguntóle:

—Vámos, Mr. Creps, ponednos acordes... siempre estais callado y, sin embargo, tenemos tanto placer en escucharos!

—Ese caballero habla poco, dijo Clemencia mirando à Creps; pero en su lugar obra, sino por sí mismo, por sus incógnitas amigas.

—Oh! sí, exclamò Emelina, y yo siento mucho que esa jóven que me volvió á mamá, no consintiera el quedarse mucho tiempo con nosotras. Alejóse con prontitud sin recibir las menores gracias... le preguntámos su nombre y nos dijo que no lo tenía; pero eso seria por no decírnoslo, porque todos nos llamamos algo. Es verdad, mamá?

—Y tú sabes bien, hija mia, que no todos llevamos el nuestro verdadero; murmurò Clemencia suspirando.

—Señorita, dijo Creps al fin, la persona que os ha vuelto á los brazos de vuestra adorada madre, ha sido muy dichosa con enjugar vuestras lágrimas. En cuanto á su nombre... no lo tiene, es verdad... porque no conoce aun á sus padres; pero tal vez algun dia... pueda deciros como se llama.

—Parece que esa jóven os interesa mucho,

caballero; dijo Clemencia contemplando á Creps.

Este volvió la cabeza y contestò:

—Mucho, señora.

Isidoro que, luego que se suscitara conversacion de Felicia sintiera un cierto embarazo, se apresuró á replicar.

—A todo esto, no me habeis contestado acerca de Mr. Almenor.

—El hijo de madama Michelette es un miserable y soy de vuestro parecer, Mr. Marcelay; la accion que ha cometido, merece que la castiguen sin piedad.

—Ah! lo veis, señoras?

—Pero, añadió Creps, me parece que ya habrá pagado ese caballero su infame accion... supuesto que la vieja vendedora donde estaba la señorita, no sabia nada, hacia diez dias, de él; de manera que le habrá acontecido algun accidente juntamente á su indigno compañero. Además que afirmo y sostengo que ese Mr. Almenor no es el culpable... ese joven es un bestia y no ha sido mas que el instrumento de una páfida trama que tengo de descubrir y cuyos autores deben ser castigados horrorosamente.

—Dios mio!.. para qué querrian separar me de mamá? exclamó Emelina rodeando á

Clemencia con sus brazos. Le causo quizá tedio á alguien porque esté junto á ella?.. Y por otra parte, aunque estuviéramos separadas, no nos habíamos de amar por eso? es-
verdad, mamá?

Por toda respuesta madama Clermont llenó de besos á su hija, la cual añadió sonriéndose:

—No hablémos mas de eso, porque nos allige y entristece. Escucha, mamá, en el tiempo que he estado separada de ti, habrás recibido mil consuelos de nuestros vecinos... madama Bouchonnier habrá sido una de tantos?

—Sí, una vez nada mas ha venido, y en el modo conque me dijo que el que te habia robado, no te retendria por mucho tiempo, encontré cierta cosa tan singular y tan positiva, que estube tentada por preguntarle si tenia razones particulares para expresarse así... pero como sabes tú, hace tiempo no somos santos de la devocion de esa dama.

—Es verdad!.. y yo quisiera saber el por qué; dijo Emelina.

Despues, dirigiéndose á Isidoro continuó:

—Mr. Isidoro, que es lo que hemos hecho á vuestra prima para que nos trate así? por qué no es tan amable como antes? Adivi-

naís de donde proceda este cambio?

Isidoro desconcertóse terriblemente: apenas concluyeran de hablar de Felicia, cuando se ocuparan de una persona con la cual habia tenido relaciones criminales, y cuyos motivos de desvío le eran tan conocidos; así es que pensando cada una de sus palabras, contestó:

— Mi prima escaprichosa hasta el extremo... ella varia sin saber porque y es maniática cual ninguna; padece de unos spleens crueles... pero ya se ha vuelto á Paris; pues encontré á Bouchonnier ayer... y me parece que me dijo... «El año que viene no vamos á Corbeil.»

Después, deseando mudar el objeto de la conversacion, continuó:

— Anoche estuve otra vez en la reunion de Mr. Riberpré...

(La frente de Clemencia obscurecióse repentinamente: Elnelina se aproximó á su madre y Creps escuchó con doblada atencion.)

— Estaba muy concurrida, añadió Isidoro; pero eso no es de extrañar, porque siempre está lo mismo. No hay duda, es preciso confesar que las reuniones que dá el banquero, son de las mejores de Paris... hay baile, juego, música, en fin, de todo... Por supuesto, yo me hubiese fastidiado terriblemente, sino hubiera dado con un muchacho amable, pu

elegante caballero llamado Santa-Lucía, el cual me dispensa la mas verdadera amistad.

—Y... Mr. Riberpré... es amable con vos? preguntó Emelina.

—Oh! en sumo grado; mas tampoco hay que estrafiar eso; su atencion es con todos lo mismo... Mas de una vez he tratado de entablar con él una conversacion mas íntima; pero al momento... aquella muger que está con él... esa Camila, nos ha interrumpido, ò bien ha mandado á su hija Elvina con cualquier pretexto.

—Es probable, dijo Crapa, que esa Camila conozca el interés que os inspira esta señora y su hija, y es por eso, sin duda, por lo que no quiere veros hablando con el banquero. Apostaria cualquier cosa á que esa muger os odia.

—Me parece que teneis razon; pues me mira con ironía y desden; pero no hay cuidado que yo por mi parte no me descuido: la desprecio terriblemente.

—Bien tonta es esa muger en inquietarse por mi causa, murmuró Clemencia con tristura: bien puede estar segura que jamás tomaré la plaza que ella ocupa.

Apenas concluyera Clemencia esta frase, cuando el ruido de un carruaje que se aproximaba, atrajo la atencion de cada uno.

En el sitio tan retirado donde viviera madama Clermont, un carruaje era una cosa bien rara; pero mas fué la admiracion de todos cuando oyeron que aquel carruaje paraba á la puerta. Al momento todos, por un movimiento espontáneo, se asomaron á la ventana.

El carruaje era una magnífica carretela, tirada por dos caballos negros, primorosamente enjaezados.

—Una carretela charolada! exclamó Eme-
lina; no hay duda que han equivocado la casa.

—Qué querrá decir esto, Dios mio? mur-
muró Clemencia asustada con aquella inesperada visita.

—Mamá, será quizá Elmonda?

—No, mi prima no gasta carretela; pero pronto veremos quien es; porque el lacayo abre ya la portezuela.

En efecto, el lacayo abrió la portezuela y vióse bajar de la carretela á un elegante caballero... Entonces Clemencia y su hija dieron un grito de terror, é Isidoro quedóse mudo por la sorpresa, mientras que el Amante de la luna, reconociendo en este personaje el individuo mismo que habia encontrado en la floresta, exclamó:

—Es Mr. Riberpré.

—Si, balbució Clemencia. El es... mi ma-

rido... Dios mio! Para qué vendrá à mi casa?

—Oh! mamá, mamá, esta visita me hace temblar; exclamó Emelina estrechando las manos de su madre.

En este momento sonò la campanilla.

—Mamá, no abras.

—Olvidas, hija mia, que ese hombre es tu padre?

—Además, dijo Isidoro, no hay por qué temblar. Yo creo que esta visita no tiene nada de alarmante y mas bien tiene trazas de reconciliacion.

La sirvienta que habia ido á abrir, entró en el salon diciendo:

—Ahí està un caballero que os desea hablar, señora: dice que se llama Mr. Riberpré, y me ha répétido tres veces su nombre para que no se me olvide.

Emelina miró á su madre con ansiedad: Clemencia la abrazó y le dijo:

—Sube arriba, hija mia, con nuestros dos amigos, interin yo recibo á Mr. Riberpré.

—Pero, mamá, qué tendrá él que decirte?

—Ya lo sabrás, hija mia, pues te lo contará todo.

—Pero, mamá, que no te vayas.

Clemencia sonrióse.

—No temas nada, mi vida. Esta vez es

tu padre en persona y me parece que no tiene ganas por cierto de llevarme consigo.

Isidoro cojió un brazo de Emelina , Creps tomó el otro, y entre los dos se llevaron á la jóven que no tenía ganas de abandonar á su madre.

—Haz entrar á ese caballero ; dijo Clemencia á la criada así que se quedó sola.

Un momento despues , entró Riberpré en el salon , saludó á su muger con política y sin manifestar la menor emocion: en seguida tomó un sillón , se sentó junto á la chimenea y dijo:

— Me permitireis , señora , esta pequeña confianza ; pero os aseguro que aquí no hace el menor calor.

Clemencia se contentó con inclinar la cabeza y sentóse á su vez ; pero á una distancia bastante considerable de su marido.

—Señora , dijo el banquero respaldándose en una silla , mi visita debe pareceros singular y ya estareis deseando de saber la causa. Voy al momento á satisfaceros. Bien sabeis que los negocios los despacho yo en un momento. Cuando vuestro querido amigo Mr. Duvalin vivia , vino mas de una vez á hablarme sobre vuestra... sobre nuestra hija , diciéndome que debia establecerla y dotarla ; por último , una

Infinidad de cosas que á él no le interesaban; causa por lo que la última vez que vino , lo mandé bruscamente à pascos ; porque bien sabéis , señora , que no me gusta se mezclen en mis asuntos. Hoy día, que ese pobrete ha muerto, y que espero no volverà ya mas nadie à calentarme los cascos con majaderías. En el día... me he acordado de Emelina , que á té mia es una linda jòven.

—Os parece divina , no es verdad , caballero? exclamò Clemencia con un sentimiento de orgullo y de alegría.

—Sí , me ha gustado. Así pues , madame, mi intencion ahora es el de pensar en su rehabilitacion... Yo la establecerè... la casarè y la dotaré; pero antes quiero tener el gusto de estar un poco á su lado y vengo por ella, señora.

Clemencia sobrecojióse de una mortal palidez y apenas pudo balbucir:

—Cómo! caballero... quereis privarme de mi hija... de mi sola dicha en el mundo...

—Poco à poco , señora , poco à poco , no andèmos con retòrica ; á mí me gusta hablar categóricamente y no con frases elegantes y estudiadas. Decís, que quiero privaros de vuestra hija... me parece que bastante tiempo la habeis tenido consigo, y bueno es que la tenga yo otro poco. No es justo que pase conui-

go algunos meses?... porque al fin soy su padre ¿no es verdad? Además que, me parece que vuestra hija y mia no tratará de ser monja; de consiguiente, cuando se case tendreis que abandonarla... que esto sea un poco antes ó un poco despues ¿qué importa, si al fin el resultado es el mismo?

—Pero, caballero, no podriais casar á vuestra hija sin apartarla antes de mi lado?

—Señora, vuelvo à repetir (y van tres veces) que quiero ¿lo ois? que quiero tener el gusto de estar con mi hija Emelina un poco de tiempo, y no es sino con esta condicion con la que consiento asegurar su fortuna, que está muy fácil se le escape, pues como lo decia Duvalin, yo puedo ser un padre desnaturalizado y enajenar mis bienes; y cuenta, madama, que la fortuna que yo poseo hoy dia, no es para que se anden con remilgos... En poco tiempo he aumentado considerablemente mis fondos. En cuanto á vos, madama, harto conocereis que no trato, ni por pienso, el llevaros conmigo. No, nuestros genios son encontrados y opuestos; y así, separados como estamos, vivimos con paz y tranquilidad.

Clemencia no sabia que resolver ni que responder: separarse de su hija era para ella la pena mas amarga; pero asegurar su fortuna

na, su porvenir, era un deber tan grande, que debia sacrificarlo todo.

—Y bien, señora, dijo Riberpré al cabo de algunos instantes: ¿cual es el resultado de vuestras reflexiones? Me parece, supuesto que tanto amais à vuestra hija, que no debiais de dudar, cuando se trata de enriquecerla.

Clemencia, herida de una repentina idea, contestò:

—Caballero, creo es mi deber hablaros con franqueza. Vuestra intencion es la de establecer à Emelina; pero para que sea dichosa, es preciso que no se case mas que con aquel que ha tocado su corazon... el corazon de Emelina no es libre, caballero, ya pertenece à otro.

—Disblo! ya?... pues buen cuidado teneis con ella, señora... Pero ese amorcillo no merece la pena que uno se ocupe de él.

—No es un amorcillo, caballero, es un sentimiento verdadero y puro, al cual no me he opuesto porque era digno de él.

—De veras? me parece, señora, que contábais sin la huéspeda.

—Cómo?

—Sin mi consentimiento. Y quien es el amante de mi Emelina? algun campezino leñador, ó algun trovador sensible?

—El hombre que ama à mi hija , el que aspira à ser su esposo , lo conoceis vos , caballero.

—Yo lo conozco?

—Sí , es Mr. Isidoro Marcelay.

—Qué! esclamò Riberprè con sorpresa, vos conoceis á Mr. Isidoro Marcelay?

—Sí , caballero.

—Y cómo diablos habeis hecho ese conocimiento?

—En una visita que hice á una prima suya, que posee aquí una linda casa de campo. Allí fuè donde ese jóven viò á mi hija , se enamoró de ella y...

—Comprendo: Mr. Isidoro Marcelay es un partido ventajosísimo. Pardiez! que me alegro!.. Y sabe que Emelina es mi hija?

—Lo sabe todo , caballero.

—Tanto mejor , con eso me ahorro de esplicaciones.

—Entonces , caballero , ese amor de mi hija...

—Lo apruebo , señora , lo apruebo y os doy palabra de que Mr. Marcelay será su esposo.

Una alegría excesiva sobrecojió à Clemencia.

—En ese caso , caballero , siendo así que aprobais el amor de mi hija ¿por que difenis

la dicha de esos jóvenes? por qué no casarlos al momento?

—Vive Dios! Señora, vuelvo à decir (y cuenta que es la última vez) que quiero tener el gusto de tener à mi hija Emelina á mi lado algunos meses. No vá á su casa, madama? Cualquiera creeria que la voy á meter en alguna leonera... Tranquilizaos, allí no le faltará nada, nada, ni aun su amante Mr. Isidoro; pues le daré permiso para que vaya á verla y esté à su lado cuantas veces quiera. Què mas quereis? Ea, acabémos, id y avisad á mi hija; pues la carretela me espera y tengo que hacer.

—Qué! caballero, hoy mismo?... tan pronto?

—Sobre la marcha; de ese modo hago yo los negocios. Una de dos, ò mi hija se viene conmigo; ó que no cuente para nada con su padre... he aquí mi determinacion irrevocable... Pero, vâmos, madama, id y avisad à mi hija, mientras yo me caliento un poco.

El banquero se acercó mas á la chimenea. Clemencia salió del salon y se dirigió à donde la aguardaban sus amigos, à los que en pocas palabras contó lo que Mr. Riberprè acababa de proponerle.

No, no, exclamò Emelina, que se guarde su fortuna... yo no quiero abandonarte, mamá... yo no quiero.

Para calmar en algun tanto el dolor de su hija , Clemencia le refiere que su padre conoce el amor que profesa à Isidoro y que lejos de oponerse á él, aprueba y efectuará su enlace.

Estas palabras eran en efecto, un dulce calmante: Isidoro mirò tiernamente à Emelina y le dijo:

—Siendo así, que vuestra madre consiente en esta separacion que será de corta duracion... porque en seguida nos enlazarémos y volverémos á su lado para no se pararnos nunca... se necesita, Emelina , un poco de valor.

Clemencia , dirijiéndose á Creps, le preguntò con la mayor emocion:

—Qué debe hacer?... decidsele , caballero.

—Irse con su padre, contesta el Amante de la luna estrechando las manos de Emelina. Si, señorita, marchaos , porque de esta separacion depende no solo vuestra dicha futura, sino tambien la de vuestra madre... porque cierta cosa me dice que Mr. Riberpré tiene otras intenciones que no quiere dejar penetrar. Figuraos que esta separacion es momentánea y que por ningun concepto puede compararse con la otra de la que habeis sido victima. Madama, vuestra madre, sabe donde estais... de allí podeis escribirla; luego, Mr. Isidoro os dará to-

dos los días noticias de ella... Por último, si mi amistad os dá alguna confianza, podeis estar tranquila que aun allí mismo velaré por vos. No creais que os dejaré sin apoyo ni defensa en medio de ese mundo que os es tan desconocido... Para protejerlos, señorita, volveré otra vez á él... á él, á quien odio y detesto y... yo trataré de espiar á esa Camila, que segun me figuro, es la sola enemiga que teneis y... os preservaré de los lazos que os tienda.

—Y bien, dijo Emelina, porque todos vosotros lo quereis partiré... sí, partiré al momento... Pero tan pronto, cuando apenas he vuelto á sus caricias!..

— Un pesar no debe esperarse, es preciso correr hácia él, para que pase mas pronto.

— Amada Emelina, le dijo Isidoro, haced un esfuerzo, yo os lo suplico.

Clemencia hizo á su vez un esfuerzo sobre sí misma y dijo á su hija:

— Anda, vida mia, no hagamos esperar mas tiempo á tu padre.

Emelina se decide entonces á bajar; pero antes de marchar, dirige una mirada á Isidoro y otra á Creps diciéndoles:

— No os marchéis, para consolar á mamá, cuando yo me vaya.

Después la joven, sostenida por su ma-

dre, aparece ante su padre pálida y temblorosa.

Riberprè se levanta y abraza á su hija.

— Qué llorais! esclama el banquero: vamos, ya lo entiendo, os cuesta trabajillo el separaros de vuestra madre... pero á mi lado, hija mia, no os faltará nada.

Emelina trató de pronunciar algunas palabras, pero espiraron en sus lábios. Clemencia miró á su esposo y le dijo:

—Ella no lleva ropa ninguna... si quereis aguardaros...

—Es inútil, señora, mi hija tendrá todo cuanto desee. Vamos, Emelina, dad un á Dios á vuestra madre y partámos.

—Mamá! querida mamá! balbució Emelina abrazándola y besándola.

—Valor, hija mia, valor.

Riberprè desapareció con su hija.

Un momento despues estaba Clemencia casi desmayada sobre un sitial rodeada de sus dos amigos Isidoro y Creps, que le repetian sin cesar.

—Nosotros velarémos sobre ella. Tened valor, señora.

Fín del tomo quinto.

